

SIMENON



MAIGRET

La casa del juez



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



El anciano matrimonio Hulot mata el tiempo espiando a su vecino, un honorable juez jubilado, porque ha visto extraños movimientos en su casa. Tras montar vigilancia día y noche, sus expectativas no se ven defraudadas: el juez oculta un cadáver en la habitación, y puede querer desembarazarse de él en cualquier momento. Es entonces cuando Maigret entra en acción.

Georges Simenon

La casa del juez

Comisario Maigret - 21

Título original: *La maison du juge*
Georges Simenon, 1942

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Cebes



Índice de contenido

La mujer del aduanero

«Dígame, amigo mío...»

La pista Airaud

Bajo la mirada de la República

Alguien quiere ir a la cárcel

Las dos inglesas de Versalles

«Pregúnteselo al comisario»

Los devoradores de patatas

Interrogatorio

Los guisos de Didine

La sirvienta del doctor Janin

LA MUJER DEL ADUANERO

—Cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho... —contaba Maigret. Y no quería contar. Era automático. No pensaba en nada, y tenía los párpados pesados—. Sesenta y uno, sesenta y dos... —Eché una mirada al exterior. Las cristaleras del Café Français estaban esmeriladas hasta la mitad; por encima del esmerilado sólo se veían los árboles desnudos de la plaza y la lluvia, la incesante lluvia—. Ochenta y tres, ochenta y cuatro...

Estaba de pie, con el taco de billar en la mano, y se veía reflejado en todos los espejos del café.

Monsieur Le Flem, el propietario del local, proseguía su serie con las mandíbulas apretadas y un aire desenvuelto, como si fuera lo más natural del mundo. Iba de un lado a otro del paño verde, se inclinaba, se incorporaba y seguía las bolas con una mirada vaga.

—Ciento veintidós, ciento veintitrés...

La sala era amplia. Junto a la ventana cosía una empleada de mediana edad. Eso era todo. ¡Sólo ellos tres! Además de un gato sentado cerca de la estufa.

¡Y sólo eran las tres de la tarde! ¡Y sólo estaban a 13 de enero! Maigret veía la cifra en un gran calendario pegado en la caja registradora. ¡Y ya llevaba tres meses así! Y...

No se había quejado a nadie. Incluso Madame Maigret ignoraba por qué su marido había caído en desgracia y había sido nombrado comisario principal de Luçon. Eran los entresijos del oficio, que no interesan a los demás.

Madame Maigret también estaba en Luçon, en un pisito que habían alquilado encima de un vendedor de pianos, y ya habían tenido alguna

disputa con la propietaria porque... En fin, ¡daba igual!

—¿A cuántas carambolas jugamos? —preguntó Monsieur Le Flem, para saber cuándo tenía que pararse.

—A ciento cincuenta.

Maigret fumaba lentamente su pipa. ¡Ánimo! Ciento cuarenta y siete, ciento cuarenta y ocho, ciento cuarenta y nueve, ¡ciento cincuenta! Las bolas se inmovilizaron en el tapete; las blancas tenían un color amarillo sucio y la roja era de un rosa enfermizo. Devolvieron los tacos a la taquera. Monsieur Le Flem se acercó al grifo de la cerveza y llenó dos vasos; quitó la espuma sobrante con ayuda de un cuchillo de madera.

—A su salud.

¿Qué otra cosa podían decirse?

—Sigue lloviendo.

Maigret se puso el abrigo, se colocó el sombrero hongo muy inclinado hacia delante, e instantes después, con las manos en los bolsillos, caminaba por las calles de la pequeña ciudad, azotadas por ráfagas de lluvia.

Después empujó la puerta de su oficina, con las paredes cubiertas de anuncios administrativos. Arrugó la nariz a causa de la brillantina del inspector Méjat, un olor dulzón que diez pipas no conseguían sofocar.

Una anciana menuda, tocada con cofia y la cara apergaminada, estaba sentada en una silla sosteniendo un inmenso paraguas, típico de La Vendée, que goteaba. Ya había un largo reguero de agua en el suelo, como si un perro hubiera hecho sus necesidades.

—¿Qué quiere? —masculló Maigret tras cruzar la barrera, inclinándose hacia su único inspector.

—Le espera. Sólo quiere hablar con usted.

—¿Cómo, conmigo? ¿Ha dicho mi nombre?

—Ha preguntado por el comisario Maigret.

La vieja, comprendiendo que hablaban de ella, contraía los labios con dignidad. Maigret, como siempre, antes de quitarse el abrigo manoseó los papeles que le esperaban sobre el escritorio; siempre la misma rutina: la vigilancia de algunos polacos sin documentos, tramitación de permisos de residencia...

—Le escucho, señora. No se levante, por favor. Pero, en primer lugar, una pregunta: ¿quién le ha dado mi nombre?

—Mi marido, señor comisario. Se llama Justin Hulot. Cuando le vea, seguramente se acordará de él, porque tiene una cara inolvidable. Era aduanero en Concarneau cuando fue usted allí para resolver un caso. Leyó en el periódico que le habían destinado a Luçon, y ayer, al comprobar que el cadáver seguía en la habitación, me dijo...

—Disculpe. ¿De qué cadáver habla?

—Del que está en casa del señor juez.

¡Era de esas que no se dejan impresionar! En ese momento, Maigret la contemplaba con escaso interés, sin imaginarse que la mujer que tenía delante, Adine Hulot, de sesenta y cuatro años, acabaría por resultarle mucho más familiar y que él, como los demás, acabaría llamándola Didine.

—Antes que nada, debe saber que mi marido se jubiló y que nos fuimos a vivir a mi pueblo, L'Aiguillon. Allí poseo una casita, cerca del puerto, que heredé de mi difunto tío. Supongo que no conoce L'Aiguillon, ¿no? Estaba segura. En ese caso, le costará entenderlo. Pero ¿a quién podía dirigirme? Al guarda rural no, pues está borracho de la mañana a la noche y no puede ni oírnos. El alcalde, por su parte, sólo se ocupa de sus mejillones.

—¿De sus mejillones? —repitió Maigret.

—Es mejillonero, como mi difunto tío, igual que casi todo el mundo en L'Aiguillon. Cultiva mejillones.

El idiota del inspector Méjat se creyó en la obligación de reírse con aire de listillo, y Maigret le dirigió una mirada glacial.

—Siga, señora, siga.

No necesitaba que la animaran. Se tomaba su tiempo. También había subrayado con una mirada la inconveniencia de la risa de Méjat.

—No hay oficio malo.

—¡Claro que no! Siga.

—El pueblo de L'Aiguillon queda bastante lejos del puerto, donde sólo vivimos unos pocos; en fin, hay unas veinte casas. La mayor es la del juez.

—Un momento. ¿De qué juez habla?

—Le llaman Forlacroix. Tiempo atrás fue juez de paz en Versailles. En mi opinión, allí tuvo algunos problemas, y no me sorprendería que el Ministerio

le hubiera obligado a presentar la dimisión.

A la mujer no le gustaba el juez. ¡Y esa viejecita menuda y arrugada no era de las que vacilan en dar su opinión sobre la gente!

—Hábleme, pues, del cadáver. ¿Es el del juez?

—¡No, ojalá! Ésos nunca mueren.

¡Muy bien! Maigret estaba informado y Méjat se reprimía la risa con el pañuelo.

—Si no me deja hablar a mi manera, acabará por liarme. ¿A qué día estamos? A 13, sí. ¡Dios mío! No había caído en la cuenta. —Se apresuró a tocar madera y después se santiguó—. Lo descubrimos anteayer, por lo tanto fue el 11... Sí, y el día antes, el martes 10 por la noche, habían tenido visitas.

—¿Quiénes habían tenido visitas?

—Los Forlacroix. Les visitaron el doctor Brénéol, su esposa y su hija, quiero decir la hija de su esposa, porque... Pero eso sería demasiado largo. En suma, celebraron su fiestecita, como hacen cada quince días. Juegan a las cartas hasta medianoche y después montan un jaleo de mil demonios para poner los coches en marcha.

—Veo que usted está muy enterada de lo que ocurre en casa de sus vecinos.

—Ya le he dicho que nuestra casa..., en fin, que la casa de mi difunto tío, está, como quien dice, detrás de la del juez. Aunque no quiera oírles...

Una llamita que habría alegrado a Madame Maigret empezaba a brillar en las pupilas del comisario. Fumaba de una manera especial, a bocanadas muy breves; se levantó para atizar la estufa y se quedó de pie, sintiendo el calor a sus espaldas.

—Así que ese cadáver...

—A la mañana siguiente... ¿He dicho que era día 11? Pues a la mañana siguiente, mi marido aprovechó que no llovía para podar los manzanos. Yo le sostenía la escalera. Desde arriba, él podía ver por encima del muro. Quedaba exactamente a la altura del primer piso de la casa del juez, y había una ventana abierta. Pues bien, el caso es que de repente baja y me dice: «Didine...». Mi nombre es Adine, pero todos me llaman Didine. «Didine», me dice, «hay alguien tumbado en el suelo de la habitación». «¿Tumbado en el suelo?», repetí sin creerle. «¿Por qué tendría que haber alguien tumbado en

el suelo cuando la casa está llena de camas?». «No te miento. Subiré para comprobarlo». Sube, baja. Es un hombre que nunca bebe y que cuando dice algo... Además, es un hombre que piensa, no en vano ha sido funcionario durante treinta y cinco años. A lo largo de todo el día, mi marido no paró de pensar. Después del almuerzo salió a dar una vuelta y entró en el Hôtel du Port. «¡Qué curioso!», me dijo a la vuelta. «Ayer no llegó nadie en el autobús y en el pueblo no han visto ningún coche». Le preocupaba, ¿me entiende? Me pidió que le sostuviera de nuevo la escalera y me aseguró que el hombre seguía en el suelo. De noche, vigiló las luces hasta que todas estuvieron apagadas.

—¿Qué luces?

—Las luces de la casa del juez. Tengo que decirle que nunca cierran los postigos de la parte trasera; no se les ocurre que se les puede ver desde fuera. ¡Pues bien! El juez entró en la habitación y pasó en ella largo rato. Mi marido se vistió y salió corriendo al exterior.

—¿Por qué?

—Por si el juez intentaba arrojar el cadáver al mar; pero regresó en seguida. «Hay marea baja», me dijo. «Tendría que caminar con el cieno hasta el cuello». Y a la mañana siguiente...

Maigret estaba anonadado. Había visto de todo a lo largo de su carrera, pero esos dos ancianos, el aduanero jubilado y Didine, que desde su casucha espiaban la mansión del juez y se subían a una escalera...

—A la mañana siguiente, el cadáver seguía allí, en la misma posición. — Miró a Maigret con el aspecto de proclamar: «¡Ve cómo teníamos razón!»—. Mi marido vigiló la casa todo el día. A las dos de la tarde, el juez dio su paseo habitual con su hija.

—¡Ah! El juez tiene una hija...

—Le hablaré de ella en otra ocasión. ¡Vaya número, ésa! El juez también tiene un hijo, pero sería demasiado complicado... Cuando el agente que tenemos detrás haya acabado de aguantarse la risa, podré continuar.

¡Méjat se lo merecía!

—Anoche, la pleamar era a las nueve y veintiséis minutos. Todavía no podía, ¿me entiende?

Hasta medianoche hay gente merodeando, y pasada la medianoche ya no habría suficiente agua. De modo que mi marido y yo decidimos que, mientras él los vigilaba, yo acudiría a verle a usted. He tomado el autobús de las nueve. Este agente me ha dicho que probablemente no vendría usted hoy, pero me he dado cuenta de que intentaba librarse de mí. Mi marido me ha aconsejado: «Dile al comisario que se trata del aduanero de Concarneau, el que tiene un pequeño defecto en el ojo. Dile también que he examinado el cadáver con unos gemelos de la Marina y que se trata de un hombre al que nadie ha visto jamás en la comarca. En el suelo hay una mancha que a todas luces es de sangre».

—Perdone —interrumpió Maigret—. ¿A qué hora hay un autobús para L'Aiguillon?

—Ya ha salido.

—¿Cuántos kilómetros hay, Méjat?

Méjat se levantó a consultar el mapa de la provincia, que colgaba en una pared.

—Unos treinta.

—Llama y pide un taxi.

¡Mala suerte si Didine y su aduanero estaban chiflados! Le bastaría con pagar el taxi de su bolsillo.

—Le ruego que haga parar el taxi un poco antes del puerto para que yo pueda bajar y no me vean con usted. Es mejor fingir que no nos conocemos, porque la gente de L'Aiguillon es muy desconfiada. Puede usted instalarse en el Hôtel du Port, es el mejor de los dos. Allí, después de cenar, verá a casi todo el mundo; y si puede conseguir la habitación que da sobre el tejado de la sala de baile, verá la casa del juez.

—Avise a mi mujer, Méjat.

Había caído la noche y el universo entero parecía haberse convertido en agua. La anciana apreció la comodidad del taxi, antiguo coche señorial. El búcaro de cristal la fascinó, así como la lucecita del techo.

—¡Hay que ver las cosas que se hacen! Qué suerte tienen los ricos...

Las marismas. Inmensas extensiones llanas surcadas por canales, a veces con granjas de una sola planta, las cabañas, como las llaman en La Vendée, y

montones de estiércol de vaca que, secado en forma de tarta, sirve de combustible.

Algo se removía débilmente en la mente de Maigret, una especie de esperanza. Todavía no se atrevía a darle entrada. ¿Qué iba a aportarle la casualidad, en lo más profundo de La Vendée, donde había sido exiliado?

—Me olvidaba: hoy la pleamar será a las diez y cincuenta y un minutos.

¿No era asombroso oír hablar a esa ancianita con tanta precisión?

—Si el juez quiere librarse del cadáver, aprovechará la pleamar. Hay un puente encima del río Lay que desemboca en el puerto. A partir de las once, mi marido estará en el puente. Si quiere hablar con él, ya lo sabe. —Golpeó en el cristal de separación—. Déjeme aquí. Seguiré a pie.

Y se perdió en la noche húmeda, donde su paraguas se hinchó como un globo. Poco después, Maigret se apeaba del taxi delante del Hôtel du Port.

—¿Le espero?

—No. Será mejor que regrese a Luçon.

Hombres vestidos de azul, pescadores o mejilloneros, y botellas de vino blanco y rosado sobre las largas mesas de pino de Virginia barnizado. Después, una cocina. A continuación, una sala de baile que sólo se utilizaba los domingos. Todo olía a nuevo. Paredes blancas; techo de abeto claro; una escalera frágil, como de juguete, y una habitación también blanca, con una cama de hierro esmaltado y cortinas de cretona.

—¿Eso que se ve allí es la casa del juez? —preguntó a la pequeña empleada.

Había luz en un ventanuco que debía de iluminar la escalera.

Quisieron instalarle en el comedor reservado a los clientes veraniegos, pero él prefirió la sala común. Le sirvieron ostras, mejillones, gambas, pescado y pierna de cordero; mientras él comía, los hombres hablaban entre sí, con marcado acento, de cosas del mar, y sobre todo de problemas relacionados con los mejillones, de los que Maigret no entendía nada.

—¿Han tenido viajeros últimamente?

—Ninguno desde hace ocho días. Bueno, sí, anteayer. No, fue el día antes. Alguien bajó del autobús; entró aquí para avisarnos que vendría a cenar, pero no hemos vuelto a verle.

Maigret tropezó con cientos de cosas: rieles, cestos, cabos de acero, cajas y conchas de ostras. Toda la orilla estaba atestada de casetas en las que los mejilloneros guardaban su material; una especie de aldea de madera, pero sin habitantes. Un mugido cada dos minutos: la sirena de la Pointe des Baleines, según le habían dicho, situada al otro lado del estrecho, en la isla de Ré.

Se veían además en el cielo unos resplandores confusos, intermitentes: las luces de dos o tres faros que se perdían en lo profundo.

Un murmullo de agua en movimiento. La marea rechazaba la corriente del riachuelo, agitándola, y dentro de un momento —a las diez y cincuenta y un minutos, había dicho la vieja— se alcanzaría la pleamar. Pese a la lluvia, dos enamorados estaban pegados a una caseta, con los labios unidos, sin una palabra, sin un movimiento.

Buscó el puente, un interminable puente de madera, con la anchura justa para dejar pasar un coche. Adivinó unos mástiles y barcas que la marea balanceaba. Al volverse, vio las luces del hotel que acababa de abandonar, y después, a unos cien metros, otras dos luces, las de la casa del juez.

—¿Es usted, señor comisario?

Se sobresaltó. Casi había tropezado con un hombre del que veía, a muy escasa distancia, unos ojos que bizqueaban.

—Soy Justin Hulot. Mi mujer me ha dicho... Ya llevo una hora aquí, por si se le ocurría... —La lluvia era fría. Un aire helado subía del agua del puerto. Las poleas chirriaban; cosas invisibles vivían su existencia nocturna—. Tengo que ponerle al corriente. A las tres de la tarde, cuando me subí a la escalera, el cadáver seguía allí. A las cuatro, antes de que se hiciera de noche, quise verlo de nuevo. Pues bien, ya había desaparecido: *él* ha debido de sacarlo; sin duda lo tiene detrás de la puerta para perder el menor tiempo posible cuando llegue el momento. Me pregunto cómo lo transportará, pues el juez es más pequeño y más delgado que yo. Mire, tiene más o menos la estatura y el peso de mi mujer. El otro, el cadáver, en cambio... ¡Silencio!

Alguien pasó, envuelto en la oscuridad. Todos los maderos del puente temblaron. Cuando el peligro hubo pasado, el aduanero continuó:

—Al otro lado del puente está La Faute. No llega ni a ser un pueblecito: cuatro casitas con jardín para la gente que viene en verano; ya lo verá de día.

Me he enterado de un detalle que tal vez resulte interesante: la noche de la partida de cartas, Albert fue a ver a su padre. ¡Cuidado!

Esta vez eran los enamorados, que apoyaban los codos en el parapeto del puente y contemplaban cómo el río se deslizaba en la oscuridad. Maigret tenía frío en los pies; se le había metido agua en los zapatos. Descubrió que el aduanero llevaba botas de goma.

—Es una marea de ciento ocho. A las seis de la mañana verá cómo corren todos a los viveros.

Hablaba bajo, como si se hallara en una iglesia. La escena era a la vez impresionante y un poco grotesca. Maigret se preguntaba si no habría sido mejor quedarse en Luçon, en el Café Français, jugando a cartas con el dueño y con el doctor Jamet, con Bourdeuille, el chatarrero, y el vejete Memimot que, sentado detrás de ellos, movía la cabeza a cada jugada.

—Mi mujer vigila la parte trasera de la casa.

¿Así que la ancianita también participaba en el juego?

—Nunca se sabe. Tal vez el juez saque el coche para trasladar el cadáver más lejos.

¿El cadáver, el cadáver! ¿Existía realmente un cadáver en este caso?

Tres pipas, cuatro pipas... A veces la puerta del hotel se abría, se cerraba, y se oían alejarse pasos y voces. Después las luces se apagaron. Una barca de remos pasó bajo el puente.

—Es el abuelo Bariteau, que va a colocar sus nasas para anguilas. Tardará unas dos horas en volver.

¿Cómo se orientaba el abuelo Bariteau en la oscuridad? Misterio. Y se notaba que el mar estaba ahí, muy próximo, al final de la bocana. Podía respirarse su aliento. El mar se hinchaba e invadía irresistiblemente el estrecho.

Maigret sintió como si de pronto se hallara en otro lugar, aunque no hubiera podido explicar cómo ocurrió. Pensó en la reciente fusión entre la Policía Judicial y la Sûreté Générale, y en ciertas fricciones que... ¡Luçon! Le habían mandado a Luçon, donde...

—Mire.

La mano nerviosa del antiguo aduanero le agarró el brazo.

Que no, que aquello no era verosímil. Esos dos viejos, la escalera sujeta por Didine, los prismáticos, ¡y esos cálculos de mareas!...

—Se han apagado.

¿Qué tenía de extraño que a esa hora se apagaran todas las luces en casa del juez?

—Venga. Desde aquí no vemos bien.

Maigret caminaba de puntillas para que las tablas del puente no rechinaran. Esa sirena que mugía como una vaca ronca...

El agua casi alcanzaba las casetas de madera. Un pie tropezó con una cesta agujereada.

—¡Chist!

Entonces vieron cómo se abría la puerta de la casa del juez.

Un hombrecillo saltarín apareció en el umbral, miró a derecha e izquierda y se metió de nuevo en la casa. Y al instante siguiente se produjo algo inverosímil: el hombrecillo estaba de nuevo allí, agachado y agarrando un largo bulto que arrastraba por el barro; debía de pesar mucho. Tras avanzar cuatro metros se detuvo para recuperar el aliento. La puerta de la casa había quedado abierta. El mar estaba a veinte, a treinta metros.

—Ah...

Adivinaron ese «Ah» y el esfuerzo de todos los músculos. Seguía lloviendo. La mano del aduanero temblaba convulsivamente sobre la gruesa manga de Maigret.

—¿Lo ve?

Pues sí. Había ocurrido lo que la vieja le había dicho, lo que el antiguo aduanero había previsto. Ese hombrecillo era sin duda el juez Forlacroix. Y lo que arrastraba por el barro... ¡era a buen seguro el cuerpo inerte de un hombre!

«DÍGAME, AMIGO MÍO...»

Que el juez no se percatara de nada otorgaba a la escena un carácter algo fantasmal. El hombre se creía solo en la noche. A veces el halo de un faro le rozaba, y se distinguía una vieja gabardina y un sombrero de fieltro. Maigret incluso descubrió que el hombre conservaba un cigarrillo en los labios, pero la lluvia debía de haberlo apagado.

No les separaban más de cuatro metros. El comisario y el marido de Didine estaban de pie junto a una especie de garita. Ni se les ocurría ocultarse. Si el juez no los veía, se debía simplemente a que no volvía la cabeza hacia ellos. Se enfrentaba a serias dificultades; el fardo que arrastraba había tropezado con un alambre tendido a través del muelle, a unos veinte centímetros de altura, y el juez intentaba hacerlo pasar por debajo. Le costaba trabajo. Se notaba que no estaba acostumbrado a realizar esfuerzos violentos y que se acaloraba, porque se pasó una mano por la frente.

Entonces Maigret, sin elegir el momento, sin pensar en si convenía hacer esto o aquello, se limitó a decir:

—Dígame, amigo mío...

El juez volvió la cabeza y vio a los dos hombres: al enorme Maigret y al aduanero minúsculo. Estaba demasiado oscuro. No se podía leer ningún sentimiento en su rostro. Pasaron unos segundos que se hicieron eternos. Después se oyó una voz. Una voz que parecía carecer de firmeza.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—Comisario Maigret.

El juez se había acercado, pero aún no se le veía todo el rostro. Los pies casi tocaban el fardo, que parecía envuelto en unos sacos. De manera

imprevisible, en ese momento, el juez reaccionó exclamando con un asombro teñido de consideración:

—¿El Maigret de la Policía Judicial?

En las casas del vecindario, la gente dormía. El abuelo Bariteau, a lo lejos, en la zona donde la noche se poblaba de rumores, buscaba pozas en las profundidades para colocar sus nasas de anguilas.

—Tal vez sea lo mejor —prosiguió el juez—. ¿Quiere entrar en mi casa? —Dio varios pasos, como si se hubiera olvidado de su bulto. Lo envolvía una calma tan aplastante que los otros dos tuvieron la impresión de vivir a cámara lenta—. Quizá lo más conveniente sea entrar el cadáver en la casa —propuso, pesaroso, el juez.

Y se agachó. Maigret le ayudó. La puerta no estaba cerrada. Al ver que el aduanero seguía en el umbral, Forlacroix, que no le había reconocido, se preguntaba si se decidiría a entrar.

—¡Muchas gracias, Hulot! —exclamó Maigret—. Le veré mañana por la mañana. Hasta entonces, preferiría que no comentara nada. ¿Tiene teléfono, Monsieur Forlacroix?

—Sí, pero a partir de las nueve de la noche estamos incomunicados.

—Un momento, Hulot. Vaya a la oficina de correos y pida comunicación con el número 23 de Luçon. Es un hotel. Hable con el inspector Méjat y dígale que venga cuanto antes.

¡Bueno! Ahora sólo eran dos hombres cara a cara en un pasillo, y el juez había encendido la luz. Se quitó el sombrero, que chorreaba agua, y el impermeable. Los misterios de la noche se habían disipado. Bajo la luz apareció un hombrecillo flaco, de rasgos regulares, con la cara aureolada por largos cabellos rubios y grises, muy finos, que hacían pensar en una peluca.

Se miró las manos, que estaban sucias, y después dirigió los ojos al fardo. Maigret observó entonces que el cadáver había sido introducido en dos sacos de carbón: uno cubría la cabeza y el busto, y otro las piernas. Habían cosido groseramente los dos sacos con un cordel.

—¿Quiere verlo ahora mismo?

—¿Quién es? —preguntó Maigret.

—No lo sé. Quítese el abrigo y sígame, por favor.

El juez se limpió las manos con su pañuelo, abrió la puerta, encendió otra luz y se encontraron en el umbral de una amplia estancia donde unos troncos crepitaban en la chimenea, situada al fondo de la pieza.

En ese instante, nada habría podido sorprender más a Maigret que el tibio calor de la habitación, su claridad y la armonía del conjunto. Unas vigas de encina daban la sensación de que el techo era muy bajo. Además, al entrar, había que bajar dos escalones. El suelo era de baldosas blancas parcialmente cubiertas por dos o tres alfombras. Y, a lo largo de las paredes blancas, sólo se veían estanterías con miles de libros.

—Siéntese, comisario. Creo recordar que le gusta el calor.

Más libros encima de una mesa antigua. Dos butacas delante de la chimenea. Parecía imposible que, detrás de la puerta, metido en dos sacos de carbón cosidos...

—He tenido mucha suerte al tropezarme con un hombre como usted. Por otra parte, no acabo de entenderlo. Pensaba que estaba en París y...

—Me han enviado a Luçon.

—Mejor para mí, porque habría sido difícil explicarme con un policía corriente. ¿Me permite?

De un bargeño de estilo renacentista sacó una bandeja de plata, una botella y unas copas de cristal, y esos objetos, bajo la iluminación bien calculada, lanzaban reflejos suntuosos. Desprendían una atmósfera de paz refinada y confortable.

—Acepte una copa de *armagnac*, por favor. En fin, ahora que lo pienso, ¿qué pinta ese desagradable tuerto, el aduanero, en...?

En ese preciso instante Maigret comprendió la situación. Se vio a sí mismo, cómodamente arrellanado en la butaca, con las piernas estiradas hacia el fuego, caldeando su copa de *armagnac* en la palma de la mano. Se dio cuenta de que no era él quien hablaba, quien interrogaba, sino ese hombrecillo inteligente y tranquilo, el mismo que minutos antes arrastraba un cadáver hacia el mar.

—Discúlpeme, Monsieur Forlacroix, pero tal vez sería oportuno que le hiciera algunas preguntas.

El juez, entre sorprendido y reprobador, volvió hacia él sus pupilas de color azul miosotis. Parecía decirle: «¿Por qué? No me esperaba eso de usted. En fin, como usted quiera». Pero no dijo nada. Inclino un poco la cabeza, cortésmente, para escuchar mejor. Era un gesto que realizaba a menudo y que indicaba que era un poco duro de oído.

—Me dijo hace un momento que no conocía a... ese hombre.

¡Qué difícil resultaba, Dios mío! ¡Qué delicadas se vuelven las cosas más sencillas cuando uno se ha dejado llevar por esa placidez!

—No le he visto en mi vida, puedo asegurárselo.

—En ese caso, ¿por qué...?

¡Era necesario! ¡Adelante! Maigret estuvo a punto de cerrar los ojos, como cuando se ingiere una medicina amarga.

—¿Por qué lo ha matado?

Miró. Y volvió a descubrir en el rostro del juez la misma expresión de asombro y reprobación.

—¡Pero si yo no lo he matado, comisario! Veamos. ¿Por qué tendría que haber matado a un individuo que no conozco y al que jamás he visto? Sé que no lo admitirán fácilmente, pero estoy seguro de que una persona como usted me creerá.

Lo peor del caso era que Maigret ya le creía. En esa casa silenciosa, donde sólo se oía el crepitar de los leños y donde durante los silencios se percibía, lejano, el rumor del mar, el comisario experimentaba una especie de hechizo.

—Si le parece bien, le contaré los acontecimientos tal como se han desarrollado. ¿Un poco más de *armagnac*? Me lo envía un viejo amigo, que ha sido largo tiempo procurador en Versalles, desde su castillo del Gers.

—Usted también ha vivido en Versalles, ¿no?

—Casi toda mi vida. Una ciudad encantadora; sus habitantes parecen experimentar la influencia del siglo de Luis XIV, y creo que sería difícil encontrar en cualquier otro lugar una sociedad tan civilizada en el antiguo sentido de la palabra. Formábamos un grupito que... —Un gesto con la mano, como para ahuyentar recuerdos inútiles—. No tiene importancia. Era..., veamos, era martes.

—El martes 10 —precisó Maigret—. Y, si no me equivoco, recibió a unos amigos en casa.

El juez sonrió levemente.

—Veo que ya se ha informado. Hace un momento estaba usted con Hulot, y no me sorprendería que hubiera hablado con Didine; ella sabe mejor que yo lo que ocurre en mi casa.

Una idea asaltó de repente a Maigret. Miró a su alrededor con la impresión de que en aquella casa faltaba algo.

—¿No tiene servicio? —preguntó asombrado.

—Sí, pero no duerme aquí. Una anciana y su hija, que viven en L'Aiguillon, vienen cada mañana y se van inmediatamente después de la cena. Le decía que el martes vinieron mis amigos, como cada quince días. El doctor Brénéol, que vive a un kilómetro de aquí, su esposa y su hija Françoise, y...

—¿Françoise es hija de Madame Brénéol?

—Exacto. De su primer matrimonio. Pero eso no tiene ninguna importancia, salvo para Brénéol. —Una imperceptible sonrisa flotó de nuevo en sus labios—. Los Marsac, que viven en Saint-Michel-en-l'Hermitage, llegaron algo después. Jugamos una partida de bridge.

—¿Su hija, Monsieur Forlacroix, estaba con ustedes?

Un segundo de vacilación, de titubeo. Una mayor gravedad en la mirada.

—No. Estaba acostada.

—¿Y esta noche?

—Está acostada.

—¿No ha oído ella nada?

—Nada. He procurado hacer el menor ruido posible. El martes, en fin, se marcharon todos hacia la medianoche.

—Y recibió usted otra visita —dijo Maigret volviéndose hacia la chimenea—. La de su hijo.

—De Albert, sí. Sólo se quedó algunos minutos.

—¿No vive él con ustedes?

—Vive cerca del Ayuntamiento. No compartimos los mismos gustos. Mi hijo es mejillonero. Ya han debido de contarle que ésa es la principal actividad local.

—¿Sería una indiscreción preguntarle por qué su hijo le visitó en plena noche?

El juez contempló su copa, permaneció un instante en silencio y al fin exclamó:

—¡Sí!

Y esperó.

—¿Subió su hijo al primer piso?

—Allí estaba cuando me lo encontré.

—Subió para saludar a su hermana, ¿no es así?

—No, no la vio.

—¿Cómo lo sabe?

—Es mejor que se lo diga cuanto antes, ya que otras personas se lo contarán: por la noche, tengo la costumbre de encerrar a mi hija en su habitación. Digamos que es sonámbula.

—¿Para qué subió su hijo?

—Para esperarme, porque yo tenía visitas abajo. Estaba sentado en el último peldaño de la escalera. Tuvimos una breve conversación.

—¿En la escalera?

El juez asintió. ¿Acaso lo inverosímil no comenzaba a envolverles? Maigret se bebió de un trago el contenido de su copa y Forlacroix se la llenó de nuevo.

—Bajé para poner la cadena en la puerta. Me acosté casi en el acto, después de leer unas páginas. A la mañana siguiente entré en el maduradero para recoger... A decir verdad, no consigo recordar qué fui a recoger allí. Es un cuartito que llamamos maduradero porque en él guardamos la fruta hasta que madura, pero contiene un poco de todo; un trastero, si lo prefiere. Había un hombre tendido en el suelo, un hombre al que yo nunca había visto. Estaba muerto, con el cráneo roto con eso que ustedes llaman un «agente contundente». Le registré los bolsillos, y ahora le enseñaré los objetos que encontré, pero no llevaba cartera; ni un solo documento que permitiera identificarlo.

—Lo que no entiendo... —comenzó a decir Maigret.

—Lo sé, y sé que será difícil que lo entiendan. No avisé a la policía, conservé el cadáver en casa durante tres días, y esperé a que la marea fuera

propicia para librarme de él, de noche, furtivamente, como un asesino. Sin embargo, estoy contándole la verdad. Yo no maté a ese hombre; carecía de motivo alguno para hacerlo. No tengo la menor idea de por qué estaba en mi casa, ni de si entró en ella vivo o lo trajeron muerto.

Regresó el silencio. Se oyó de nuevo el mugido lejano de la sirena. Había barcos en el mar. Los pescadores subían a la cubierta la traína hormigueante de peces. Y el aduanero Hulot, ¿habría conseguido llamar por teléfono? En ese caso, el insoportable Méjat, con sus cabellos pegajosos de brillantina, debía de estar vistiéndose a toda prisa. ¿Abandonaba a alguna conquista en su cama, tal como le gustaba pregonar?

—Bueno —suspiró Maigret, amodorrado por el calor—, mucho me temo que este asunto no terminará aquí.

—Eso mismo creo yo. Tal como estaban las cosas, es decir, dado que el hombre ya había muerto, hubiera sido preferible...

No acabó la frase, pero miró hacia las ventanas. ¡La marea se habría llevado el cadáver, y asunto liquidado! Maigret empezó a moverse; removió una pierna, después otra, y al final pudo salir de la butaca, excesivamente profunda. Tuvo la impresión de que iba a tocar las vigas con la cabeza.

—¿Y si fuéramos a verlo?

No podía dejar de admirar esa habitación de techo bajo, tan cómoda y en la que todo ocupaba su sitio exacto. Alzó los ojos hacia el techo: ¿cómo sería esa joven a la que encerraban por las noches?

—Podríamos llevarlo al lavadero —propuso el menudo juez—. Está al fondo del pasillo.

Ahora ambos ponían especial cuidado en no ensuciarse. Ya no estaban en la noche húmeda; se habían convertido de nuevo en personas civilizadas.

El lavadero era espacioso, con baldosas rojas. Se veía ropa secándose sobre unos alambres.

—¿Tiene unas tijeras? —gruñó Maigret, manoseando los dos sacos, de los que salía un agua negruzca debido al carbón que habían contenido.

El juez no encontró las tijeras, pero regresó con un cuchillo de cocina. El fuego de la chimenea se había apagado. Hacía frío. Los dedos mojados se amorataban.

Lo más extraordinario de la escena es que no era trágica. El juez no manifestaba el menor horror ante la perspectiva de volver a ver el rostro del hombre al que él mismo había introducido en los sacos. El comisario mostraba su expresión más obstinada y gruñona, pero tenía que reconocer que se metía casi con voluptuosidad en esa investigación que le caía del cielo, en aquel Luçon al que le habían exiliado. ¡Como una foca que, después de haber actuado en los circos, regresara al agua glacial de los mares del Norte!

¿Cuánto tiempo llevaba sin entrar en una casa, como acababa de hacer, sin husmear, ir y venir, pesado y paciente, hasta que el alma de las personas careciera de secretos para él? Y esa Didine con su Hulot..., y ese hijo que esperaba a su padre a medianoche sentado en un peldaño de la escalera... Ahora le tocaba el turno al otro, a la víctima. ¿Qué saldría de los mugrientos sacos?

Por un instante resultó casi cómico. Cabría esperarlo todo, salvo las fantasías que proporciona la realidad. Pues bien, cuando retiraron el primer saco descubrieron un rostro completamente negro. ¡A causa del carbón, evidentemente! Era lógico. Pero eso no impidió que los dos hombres se miraran un segundo y pensarán lo mismo; habían tenido la descabellada impresión de hallarse en presencia de un negro.

—¿Tiene una toalla y un poco de agua?

El grifo hizo un ruido tremendo. Cuando cesó el estruendo, Maigret prestó atención. En el exterior se oía otro ruido, el de un motor. Se cerró una portezuela. De pronto una campanilla comenzó a repiquetear en el pasillo. ¡Había que reconocer que Méjat se había dado prisa!

—¿Dónde está el comisario? —Lo vio delante de él. El inspector tenía la nariz colorada y un mechón le caía a contrapelo—. ¿He llegado a tiempo? ¿Le digo al taxista que espere, jefe? ¿Hay realmente un fiambre? ¿Dónde está la vieja chiflada?

Su persona, las arrugas de su ropa, todo él desprendía el frío aire húmedo del exterior, así como cierta crudeza que alteraba la atmósfera. Ahora todo resultaba menos sordo y afelpado. Méjat, con su sonoro acento de Toulouse, no era sensible a los matices.

—¿Lo ha identificado, jefe?

—¡En absoluto!

El propio Maigret se sorprendió de su expresión, una expresión que venía de lejos, que él repetía con frecuencia tiempo atrás, cuando se atascaba en una investigación muy complicada y unos imbéciles como Méjat...

—¡Menudo porrazo le han propinado al pobre en la cabeza!

El juez miró a Maigret, Maigret le devolvió la mirada, y ambos pensaron lo mismo: echaban a faltar la paz casi íntima de hacía un momento. Méjat registró los bolsillos del muerto y, claro está, no encontró nada.

—¿Qué edad le echa, jefe? Yo, unos cuarenta años. ¿Lleva etiquetas la ropa? ¿Quiere que lo desnude?

—Eso es. Desnúdalo. —El comisario, mientras llenaba una pipa, empezó a pasear de un lado a otro del lavadero. Hablaba a solas, a media voz—. Tengo que llamar al fiscal de La Roche-sur-Yon. Me pregunto qué decidirá.

Y el juez, delante de él, exclamó con toda seriedad, sin percatarse de la comicidad de sus palabras:

—Sería *desastroso* que me metieran en la cárcel.

Al punto todo estalló como una mala tufarada:

—Dígame, Monsieur Forlacroix, ¿no le parece *desastroso* que ese hombre haya pasado de vivo a difunto y que ahora esté tendido sobre las baldosas? ¿No le parece *desastroso* que una esposa, unos hijos, qué sé yo, se pregunten qué ha sido de él? ¿Y no habría sido todavía más *desastroso* no llegar a saberlo nunca, porque alguien ha preferido no complicarse la vida?

El comisario no era agradecido: le habían ofrecido un *armagnac* memorable, un fuego de leña penetrante como un bálsamo, una hora de relajada tranquilidad, y he aquí que se enfrentaba a su anfitrión, que volvía a ser el Maigret implacable del *Quai des Orfèvres*.

El apacible Monsieur Forlacroix le lanzó una mirada de reproche a modo de respuesta.

—¡Hay una etiqueta en la chaqueta! —exclamó Méjat, triunfante—. Espere que la lea. Pa..., Pa..., Pana...

—¡Panamá! —gruñó Maigret, arrebatándole la prenda de la mano—. Eso nos facilitará mucho el trabajo, ¿no? El caballero vestía ropa confeccionada en la República de Panamá. ¿Por qué no en China?

Hubo que cortar el empeine de los zapatos para quitárselos. Méjat se encargaba de todo; ese joven petimetre, que presumía de guapetón, realizaba

su trabajo con la misma naturalidad con que redactaba los informes, con los nombres propios en redondilla, como tenía la manía de hacer.

—Los zapatos proceden de París, del Boulevard des Capucines. Los tacones están un poco gastados. En mi opinión, los llevó por lo menos un mes. ¿Qué le parece que podía ser, jefe? ¿Francés? Sí, creo que francés. Un tipo bastante rico, que no trabajaba con las manos. Mírelas.

Ninguno de los dos pensaba en el taxi que aguardaba fuera ni en el taxista, que se paseaba por la calle para combatir el frío. De pronto, alguien abrió la puerta de entrada bruscamente. Apareció un hombre en el extremo del pasillo, alto y ancho como Maigret, calzado con botas de goma tan altas que le llegaban hasta los muslos. Se cubría la cabeza con un suéter de marinero. Y se había embutido en un chaquetón impermeable, debajo del cual se adivinaban gruesos jerseys.

Avanzó unos pasos, pesado y suspicaz. Miró a Maigret; después, de pies a cabeza, a Méjat; se agachó sobre el cadáver, y finalmente contempló al pequeño juez.

—¿Qué es esto? —preguntó, malhumorado y casi amenazador.

Forlacroix se volvió hacia Maigret.

—Mi hijo —presentó—. Le agradecería que le explicara... —empezó, y salió rápidamente del lavadero, con pasitos de ratón, y entró en el salón de techo bajo en que poco antes había recibido al comisario.

—¿Qué es esto? —repitió el joven, dirigiéndose esta vez a Maigret—. ¿Quién es? ¿Quién lo ha matado? Usted es de la policía, ¿verdad? Cuando vi un coche frente a la casa... —Eran las cinco de la madrugada. Albert Forlacroix se dirigía al vivero cuando vio el taxi—. El taxista me ha dicho que había traído a un inspector de Luçon. —De repente, frunciendo el ceño, preguntó—: Mi hermana, ¿qué ha hecho con mi hermana?

Se lo veía tan ansioso que Maigret sintió como un impacto. ¿Acaso mientras los dos, Forlacroix y él, en unas mullidas butacas, delante de los troncos crepitantes...?

—Ya que lo dice, sí, me gustaría ver a su hermana —dijo el comisario con voz alterada—. ¿Tiene la llave de su habitación?

Albert se limitó a señalar su hombro hercúleo.

—Méjat, quédate abajo.

Sus pasos resonaron en la escalera y después en un largo pasillo fragmentado por varios recodos.

—Es aquí. Retroceda un poco, por favor.

Y Albert Forlacroix se arrojó sobre la puerta.

LA PISTA AIRAUD

Fue un minuto excepcional, cuyo sabor Maigret no olvidaría jamás. En primer lugar, la fatiga de toda la noche y ese olor a lana mojada. Un pasillo desconocido que parecía extenderse hasta el infinito. Se oía de nuevo la sirena. En el momento en que Albert Forlacroix se arrojó sobre la puerta, Maigret echó una mirada a la escalera y vio que el juez había subido en silencio. Detrás de él, todavía en el hueco de la escalera, descubrió la cara de Méjat.

La puerta cedió, y el coloso, arrastrado por su ímpetu, se encontró en el centro de la habitación.

Lo que vieron resultó inesperado. No se parecía a nada de lo que era previsible encontrar. La habitación estaba iluminada por una lamparilla con la pantalla de seda rosa finamente fruncida. Una muchacha estaba tendida en una cama Luis XVI, casi sentada, porque se apoyaba en un codo; al volverse hacia la puerta, un seno turgente, henchido de savia, escapó de su camisón.

Maigret no habría sabido decir si era hermosa. Tal vez la cara fuera demasiado ancha, la frente demasiado estrecha, la nariz infantil; pero sus espesos labios hacían pensar en un fruto jugoso, y sus ojos eran inmensos.

¿Había encendido la luz al oír ruidos en el pasillo? ¿Acababa de despertarse? Imposible saberlo. No parecía muy asombrada, aunque tenía delante al macizo Maigret, en el marco de la puerta, y a su hermano de pie, con botas de goma, en medio de la habitación.

La muchacha se limitó a murmurar con voz tranquila:

—¿Qué ocurre, Albert?

Su padre no había entrado en la habitación, pero se había acercado a la puerta y había oído la pregunta. Maigret estaba nervioso porque su mirada no

podía apartarse de aquel seno, y el joven se había dado cuenta. Aunque, a decir verdad, a Albert no le preocupaba. Éste inspeccionó la habitación con desconfianza y abrió una puerta.

¿Intuición? Maigret, con la seguridad de que esa puerta comunicaba con el famoso maduradero, avanzó unos pasos.

—¿Qué busca? —preguntó a Albert.

No hubo respuesta; sólo una mirada malintencionada. Después, bruscamente, Albert Forlacroix se agachó. En el suelo del dormitorio, así como en el del maduradero, se veían huellas de pasos. Unos zapatos masculinos habían dejado finos cercos de barro que todavía no estaban del todo secos.

—¿Quién es?

Albert se dirigió a la ventana del maduradero, que estaba entornada y dejaba pasar el aire frío.

Maigret miró de nuevo a la muchacha, que permanecía en la cama con el seno descubierto. ¿De modo que esa noche, quizá cuando Maigret se hallaba ya en la casa, un hombre había entrado en esa habitación, en esa cama?

Albert cruzó el dormitorio a grandes zancadas. Maigret le seguía. El juez aguardaba en el pasillo y murmuraba:

—Ahora ya no podré cerrar la puerta.

Su hijo, encogiéndose de hombros y sin prestar atención a nadie, bajó las escaleras. Maigret lo imitó.

—¡Méjat!

—Sí, jefe.

—Vigila la casa... desde fuera.

El tiempo de descolgar el abrigo y agarrar el sombrero. Aún no había amanecido, pero el puerto estaba animado y se oían voces, rumores por todas partes.

—Hace un momento no contestó a mi pregunta. ¿Sabe quién es ese hombre?

Maigret pasó, fingiendo no verle, ante el pequeño aduanero; éste, que acechaba su paso, se desconcertó. En cuanto a Albert, no tenía prisa por hablar. ¡Extraño muchacho!

—¿Puedo ir a controlar mi vivero? —le preguntó el joven—. ¿O tiene intención de detenerme?

—Vaya, sí, a menos que quiera hablarme. ¿De quién son las huellas que ha descubierto en el dormitorio de su hermana?

Albert se paró de repente y puso una mano en el hombro de Maigret. Habían llegado a la orilla del agua, que descendía rápidamente, descubriendo tras de sí un cieno parduzco y como en ebullición. Hombres y mujeres con pantalones, todos con botas de goma, cargaban cestas vacías en barcas muy planas que empujaban con pértigas.

—¿De quién son? Pues mire, de aquél.

Se refería a un mozo casi tan alto y fuerte como Albert, vestido de igual manera, que ayudaba a una anciana a subirse a su embarcación; alejó la barca de la orilla.

—Se llama Airaud, Marcel Airaud.

Albert, por su parte, empujó la puerta de una caseta y reapareció con una pila de cestas.

La empleada del Hôtel du Port, que ya se había levantado, fregaba a conciencia las baldosas de la sala cuando Maigret regresó.

—¿Dónde se ha metido esta noche? —preguntó asombrada—. ¿No ha dormido en su cama?

El comisario se sentó cerca de la estufa y pidió café, pan, salchichón y queso. Sólo entonces, sentado cómodamente en la banqueta, preguntó sin dejar de masticar:

—¿Conoce a un tal Airaud?

—¿A Marcel? —contestó ella con tal rapidez que Maigret la miró con mayor atención.

—Marcel Airaud, sí.

—Es un chico de aquí. ¿Por qué me habla de él?

Sea como fuere, a la muchacha le costaba fingir que el tal Airaud le era indiferente.

—¿Es mejillonero? ¿Casado?

—¡No, no!

—¿Tiene novia?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada. Creo que ronda a la hija del juez.

—¡Eso no es cierto! —exclamó ella, apretando los dientes—. ¡No digo que otros no la ronden! Y no necesitan rondarla ni andarse con remilgos, porque esa chica, por si quiere saberlo, es..., es... —Buscaba una palabra grosera, pero sus labios soltaron una palabra muy anodina—: ¡Muy poca cosa! Todos lo saben. Si su hermano tuviera que partirles la cara a todos los hombres que van a verla a su dormitorio...

—¿Son muchos?

—¡Casi todos los del pueblo! Una vez incluso se escapó a Poitiers, donde la encontraron en un estado lamentable. Si han intentado hacerle creer que Marcel y ella...

—Sírname un poco más de café, por favor. Otra pregunta: el hombre que vino el martes en el autobús, ¿a qué hora llegó?

—En el autobús de las cuatro y media.

—¿Se fue en seguida?

—Dijo que volvería a la hora de la cena, y se alejó hacia el puente; bueno, no sé hacia adonde, ya estaba oscuro.

—¿Lo reconocería si le enseñara una fotografía de él?

—Creo que sí.

—De acuerdo. Me voy a dormir.

Ella lo miró con estupor.

—Veamos, son las seis. Despiérteme a las ocho de la mañana, con un café muy cargado. ¿Puedo fiarme de usted, jovencita? ¿No está enfadada conmigo por culpa de Marcel?

—¿Y a mí qué más me da todo eso?

Durmió profundamente. Tenía esa gran ventaja: podía dormir en cualquier lugar, en cualquier momento, olvidar de un segundo a otro sus preocupaciones.

Y cuando la empleada, que se llamaba Thérèse, lo despertó con el café ardiente, a Maigret le esperaba una agradable sorpresa. Todo había cambiado.

El sol entraba por la ventana; el rumor de la vida llenaba la habitación, un bullicio hecho de mil ruidos procedentes de todas partes.

—¿Podría subirme jabón, hija mía? Y si por el pueblo venden maquinillas de afeitar, cómpreme una, y una brocha.

Mientras esperaba, se acodó en la ventana; entraba un aire frío y sabroso que podía beberse como el agua de un manantial. ¿Así que aquello que de noche le había parecido tan negro y viscoso era el puerto? ¿Aquella, la casa del juez? ¿Y las casetas de la orilla...?

Todo lo sumía en un maravillado asombro. Las casetas, por ejemplo, eran claras, pintadas de color blanco, azul, verde. La casa del juez era completamente blanca, con tejas de un rosa delicado. La mansión, muy antigua, debían de haberla transformado varias veces en el curso de los siglos; por ejemplo, al lado de la ventana del maduradero, sorprendía descubrir una terraza bastante amplia, rodeada de balaustradas, con una enorme tinaja verde en cada esquina.

Más abajo, al otro lado del jardín, se alzaba una casucha también blanca, de una sola planta, sin duda con dos habitaciones, rodeada de un jardincillo y una valla, y con una escalera apoyada en un manzano. ¿Acaso no era Didine en persona, con su cofia blanca, la que estaba de pie en la puerta, con las manos sobre el vientre, mirando a Maigret?

Los mejilloneros ya regresaban. Veinte, treinta barcas —unas extrañas embarcaciones planas denominadas *acons*— se alineaban en el muelle; los hombres cargaban cestas y más cestas de mejillones azulados en unos grandes y ruidosos camiones.

—Sólo he encontrado una maquinilla de oferta que sólo vale tres francos y medio, pero el tendero dice...

¡Bien por la maquinilla de oferta! Maigret ya no tenía sueño. Estaba tan fresco como si se hubiera pasado toda la noche durmiendo. ¿Un vasito de vino blanco en el bar antes de salir? ¿Por qué no?

—¿No quiere que le limpie los zapatos?

Claro que sí. ¡Se acabó el barro! ¡Las cosas limpias! No pudo evitar sonreír al ver que se acercaba el inspector Méjat, que parecía un pollito mojado secando sus plumas al sol.

—¿Ninguna novedad, amigo mío?

—Nada, jefe. Han llegado dos mujeres, una vieja y otra joven; supongo que son las sirvientas. Además, mire...

Las tres ventanas de la planta baja estaban abiertas. Eran las de la biblioteca, donde Maigret y el juez habían pasado parte de la noche, delante de la chimenea. Una anciana tocada con cofia blanca sacudía las alfombras, y un fino polvo dorado subía hacia el sol.

—¿El juez?

—No le he visto. Ni a la señorita. En cambio, ese pajarraco no ha dejado de darme la tabarra.

Maigret miró en la dirección que le señalaba y descubrió a su aduanero, quien, bajo la luz del sol, bizqueaba aún más que de noche. El hombre confiaba en que Maigret le llamara; sólo aguardaba una señal para acudir corriendo.

—Quédate aquí hasta que vuelva. No tardaré mucho.

—¿Me da tiempo de tomar una taza de café?

¡De acuerdo! Maigret se sentía bondadoso. Poco después entraba en los locales de la gendarmería y se presentaba al brigada.

—En primer lugar, tengo que hablar por teléfono. ¿Quiere llamar al juzgado de La Roche-sur-Yon?

El fiscal todavía no había llegado; su sustituto escuchó el informe y lo aprobó. Después Maigret llamó a Luçon; luego hizo dos o tres llamadas más.

¡Adelante! De un momento a otro, Maigret conseguiría ponerse en marcha. Sentía un poco de nostalgia, claro. En París habría tenido a todo su equipo alrededor, tipos que conocían sus métodos y con los que apenas habría necesitado hablar: a Lucas, que había sido ascendido, a Janvier, a Torrence, a los de Identidad Judicial...

Aquí, en cambio, tuvo que esperar hasta el mediodía a que llegara el fotógrafo, y el gendarme que apostaron en las cercanías de la casa del juez miraba a los transeúntes con expresión tan feroz que en el café de la esquina empezaron a olerse algo.

Maigret llamó a la puerta. Le abrió la vieja.

—Pregúntele al señor juez si puede...

—Hágale pasar, Elisa.

Lo recibió en la amplia biblioteca, donde reinaba un orden perfecto y el sol penetraba por las tres ventanas.

—He venido para fotografiar el cadáver. Supongo que lo ha dejado en el lavadero, ¿no?

—Le daré la llave. He cerrado para evitar que las sirvientas...

—¿No saben nada?

—Todavía no. Prefiero que...

—¿Se ha levantado su hija? —¡Vaya pregunta! ¿Acaso Maigret no la oía tocar el piano en el primer piso?—. ¿Tampoco ella sabe nada?

—Nada en absoluto.

Maigret jamás se había tropezado con tanta resistencia ante la tragedia.

Un hombre de modales refinados, un hombre culto y tranquilo que, al término de una partida de bridge, se encuentra al gigantón de su hijo en el último peldaño de la escalera... ¡y eso le parece de lo más natural! A la mañana siguiente abre una puerta y descubre el cadáver de un desconocido, el cadáver de un hombre asesinado. ¡Sigue sin inmutarse, no se lo cuenta a nadie y da su paseo habitual con su hija! Espera una marea favorable; mete el cadáver en unos sacos y los cose. Y...

Mientras la policía se halla en su casa, aparece su hijo, nerviosísimo. Revientan la puerta del dormitorio de su hija y averiguan que un hombre ha pasado parte de la noche en esa habitación. Sigue tan tranquilo. Llegan las sirvientas, como de costumbre, y limpian y ordenan la casa. La joven del seno desnudo toca el piano. El padre se limita a cerrar con llave la puerta del lavadero, donde se encuentra el cadáver.

Mientras el fotógrafo realizaba su tarea, el juez lo contempló como si sentara a un hombre muerto e intentar que pareciera vivo fuera lo más natural del mundo.

—Le advierto —gruñó Maigret— que los del juzgado llegarán a las tres de la tarde. Hasta entonces, no debe usted abandonar la casa; eso vale también para Mademoiselle Forlacroix.

¡Vaya! ¿Por qué le sonaba extraño decir «Mademoiselle Forlacroix»? ¿Acaso porque la había visto en la cama, con un pecho fuera del camisón?

¿Porque un hombre había dejado huellas de barro en su dormitorio?

—Comisario, ¿puedo preguntarle si mi hijo le ha contado algo? ¿Le apetece una copa de oporto?

—No, gracias. Su hijo se ha limitado a señalarme a un tal Marcel Airaud. ¿Le conoce usted?

El juez parpadeó y arrugó un poco la nariz.

—¿También usted, señor juez, cree que el tal Marcel estaba la pasada noche en el dormitorio de su...?

Una voz muy baja, un susurro:

—No lo sé. —La puerta que daba al salón-biblioteca estaba abierta. Ardían unos troncos—. Entre un momento, por favor.

Era un ruego. El comisario despidió al fotógrafo en la puerta.

—Supongo que lo ha entendido, ¿verdad? —le preguntó el juez.

Maigret no dijo ni que sí ni que no. Era una situación incómoda, sobre todo porque se hallaba ante el padre de la muchacha.

—Abandoné Versalles y vine a instalarme a esta casa, que pertenece desde hace tiempo a mi familia y donde pasábamos a veces un mes en verano, por mi hija.

—¿Qué edad tenía ella entonces?

—Dieciséis años. Los médicos me advirtieron que las crisis serían cada vez más frecuentes. Salvo durante las crisis, es una chica completamente normal. —Desvió la mirada. Después, encogiéndose de hombros, prosiguió —: No se lo conté a usted de inmediato, aunque no sé muy bien qué estaba esperando... ¿Entiende ahora por qué habría sido mejor que el mar se hubiera llevado el cadáver? Dirán..., ¡sólo Dios sabe lo que inventará la imaginación de la gente! Sin contar con que el imbécil de Albert...

—¿Qué vino a hacer aquí Albert la noche del día 10?

Demasiado tarde. La emoción del juez ya se había disipado. Por unos instantes había parecido que el hombre perdía su frialdad, que se disponía a abandonarse a las confidencias.

Tal vez se debió a la pregunta excesivamente precisa de Maigret; lo cierto es que el juez le miró de nuevo con sus ojos fríos, con esas pupilas que el sol volvía casi incoloras.

—No, él no tiene nada que ver con este asunto. Lo que le trajo aquí no tiene la menor importancia. ¿De veras no quiere un poco de oporto? Un amigo portugués me lo... —Un amigo le mandaba *armagnac*; otro, oporto. ¿Acaso no parecía únicamente preocupado por dar a su vida el mayor refinamiento posible? Por una abertura de la cortina vio de repente al gendarme que estaba de guardia y soltó una risita nerviosa—. ¿Es por mí?

—Uste sabe que estoy obligado a hacerlo.

El juez suspiró y soltó una frase inesperada:

—¡Todo esto es muy lamentable, comisario! En fin...

El piano, encima de sus cabezas, seguía desgranando notas, y los acordes de Chopin armonizaban admirablemente con la atmosfera de esa mansión, propia de un rico burgués, donde por fuerza la vida tenía que ser muy fácil.

—¡Hasta luego! —exclamó de repente Maigret, como un hombre que escapa a una tentación.

Los hombres que habían vuelto de los viveros llenaban el café del Hôtel du Port. ¿Quién había hablado? El caso es que miraban a Maigret, quien se había sentado a una mesa en compañía de Méjat y pedía el almuerzo.

Las ropas de lona azul, desteñidas por la lluvia y el agua salada, tenían tonalidades suntuosas. Thérèse, la pequeña empleada, estaba nerviosa y, siguiendo su mirada, Maigret reconoció a Marcel Airaud, que bebía vino rosado rodeado de un grupo de hombres: un mozo corpulento, de unos veinticinco años, de aspecto tan cachazudo como los demás, sobre todo debido a las botas, a la mirada tranquila y los gestos lentos.

Las conversaciones, animadas hasta entonces, cesaron. Los hombres volvían la cabeza hacia Maigret; después tomaban un trago, se limpiaban la boca e intentaban decir algo, lo que fuera, para romper el embarazoso silencio.

Un viejo se marchó, y a continuación otro lo imitó.

—¡A comer! Mi parienta ya debe de estar protestando...

Marcel fue uno de los pocos que se quedaron en el café, con un codo en la mesa y la mejilla apoyada en la palma de la mano. Thérèse acudió a preguntar a Maigret:

—¿Le gusta la *mouclade*?

—¿Qué es?

—Mejillones con crema de leche, un plato típico de aquí.

—No soporto la crema de leche —manifestó Méjat.

Cuando Thérèse se alejó, Marcel ocupó el lugar de ésta, de pie junto al comisario. Luego acercó una silla con el asiento de paja, se acomodó a horcajadas y se llevó la mano al borde de la gorra.

—¿Puedo hablar un momento con usted, señor comisario?

Ni una pizca de humildad. Tampoco de fanfarronería. Se le veía cómodo.

—¿Cómo sabe que soy comisario?

El otro se encogió de hombros.

—Se comenta por ahí. Al volver del mar, la gente habla... —Sólo quedaban dos pescadores, en un rincón, escuchando a distancia. De la cocina llegaba un ruido de platos—. ¿Es cierto que han asesinado a un hombre en la casa del juez?

Debajo de la mesa, la rodilla de Méjat tocó la de Maigret. Éste, con la boca llena, alzó la cabeza y miró con toda tranquilidad a su interlocutor, que no bajó los ojos.

—Es cierto.

—¿En el maduradero? —Esta vez apareció una gota de sudor en su labio superior.

—¿Conoce el maduradero?

El joven no contestó y dirigió una mirada a Thérèse, que traía la humeante *mouclade*.

—¿Qué día ocurrió?

—Me gustaría que contestara antes a una pregunta. ¿A qué hora volvió usted a su casa ayer por la noche? Vive usted con su madre, ¿verdad?

—¿Le ha dicho algo Albert?

—Le he hecho una pregunta.

—Poco después de medianoche.

—¿Suele abandonar la casa del juez tan pronto?

Nueva mirada, esta vez hacia la puerta de la cocina, por donde Thérèse acababa de desaparecer.

—Eso depende.

Lástima que lo abordara justo en el momento de la *mouclade*, que era una obra maestra. No obstante, Maigret intentaba identificar un sabor a..., ¿a qué, veamos? Un ligero matiz, apenas un aroma...

—¿Y el martes? —preguntó.

—El martes no fui.

Maigret frunció el ceño, permaneció un momento inmóvil, con la mirada perdida, y de repente exclamó en tono triunfal:

—¡Curry! Apuesto cualquier cosa a que contiene curry.

—¿No me cree?

—¿Con respecto a lo del martes? No sé nada, amigo mío. ¿Cómo quiere que lo sepa?

—Estoy dispuesto a jurarle...

Estaba claro que el comisario tenía ganas de creerle. De la misma manera que tenía ganas de creer al juez. O, de modo instintivo, creía a Albert. ¡Pero el cadáver no había llegado a la casa por su propio pie!

BAJO LA MIRADA DE LA REPÚBLICA

A fin de cuentas, Maigret no tuvo motivos de queja. Todo se desarrolló bien, por no decir muy bien, y, al acabar, Monsieur Bourdeille-Jaminet se había dignado dejar caer unas lánguidas sílabas que podían interpretarse como felicitaciones.

Maigret había elegido el Ayuntamiento porque la gendarmería estaba demasiado oscura, olía a cuero viejo, a sopa de col y a mocosos mal lavados. La sala del Ayuntamiento era en cambio espaciosa, y tenía las paredes enjalbegadas, de una blancura deslumbrante. Había una bandera en un rincón, un busto de la República en la repisa de la chimenea y un montón de libros de familia encima del paño verde de la mesa.

Los caballeros habían llegado en dos coches: primero el fiscal, Monsieur Bourdeille-Jaminet, tan alto que parecía que su mirada no llegaría nunca al suelo, y su sustituto; después apareció un juez de instrucción cuyo nombre Maigret no entendió, y un secretario, el médico forense y un teniente de la gendarmería.

Habían llegado algunos gendarmes de Luçon que consideraron necesario establecer un auténtico cordón policial en la calle, de modo que los transeúntes, aunque nada sabían, se agolparon en las aceras.

El cadáver ya estaba allí, en el patio. El médico forense había pedido permiso para trabajar al aire libre. Trajeron unos caballetes y unos tableros que utilizaban para los banquetes. Al fin llegó el doctor Brénéol, muy nervioso. Era pariente lejano del fiscal; los dos intercambiaron cortesías y hablaron del testamento de una prima lejana.

Todos fumaban. Más allá de la puerta acristalada estaba la sala de fiestas, que conservaba todavía las guirnaldas de papel del último baile y los bancos,

contra las paredes, para las madres.

—Discúlpenme, señores. Mi querido colega, ¿puedo pedirle que...?

Los matasanos en el patio; los magistrados en la sala; el secretario delante de un montón de papeles. En cuanto al alcalde, aguardaba en la puerta, dándose aires de importancia, y charlaba con un suboficial de la gendarmería.

En cierto momento Maigret se preguntó si llegarían a hablar del caso, tan ajenos al drama parecían todos. El juez relataba una cacería de patos que había realizado el invierno anterior en el cabo de L'Aiguillon.

—¿Y si comenzáramos nosotros dos? —le propuso Maigret al secretario.

Y empezó a dictarle en voz muy baja, bajísima, para no molestar a aquellos señores. ¿Qué novedades había desde la mañana? Nada, en definitiva, salvo que, gracias a la fotografía, Thérèse había identificado al viajero que el martes se había apeado del autobús. El conductor del autobús también lo había reconocido de inmediato, pero no conseguía recordar si el hombre había subido en Luçon o en Triaize.

Habían enviado fotografías de la víctima a todas partes. Ahora estarían en poder de todos los gendarmes, y éstos debían de mostrárselas a los dueños de fondas y de hoteles. A la mañana siguiente los periódicos publicarían la foto. En suma, la rutina habitual.

—¿Nos ofrecerá una buena investigación, comisario? —preguntó el juez con amabilidad, como pidiéndole que no les defraudara.

Regresaron los médicos, que no parecían impresionados, y se lavaron las manos en la pila que estaba detrás del despacho del alcalde. «Agente contundente», como estaba previsto. El golpe había sido muy violento. La cavidad craneal había estallado. A continuación procederían al examen de las vísceras.

Un tipo con buena salud. El hígado un poco voluminoso. Debía de estar acostumbrado a comer bien.

—Estoy seguro, querido fiscal, de que mi amigo Forlacroix, con quien estuve jugando al bridge aquella noche, nada tiene que ver con el crimen.

—¿Y si fuéramos hacia allí, señores?

Se dirigieron en comitiva, a pie, porque no merecía la pena subir a los coches. ¡Y toda la población tras ellos! ¡Y el alegre sol dominándolo todo!...

—Usted primero, señor fiscal.

La puerta se abrió sin necesidad de llamar. La vieja Elisa les hizo pasar a todos. El juez Forlacroix esperaba discretamente en un rincón de la gran biblioteca y su presencia resultaba molesta; se preguntaban si tenían que saludarle, estrecharle la mano...

—He puesto las llaves de todas las puertas, caballeros.

En un sillón, Maigret descubrió a la joven, Lise, que los miraba, asombrada, con sus grandes ojos; un rayo del sol poniente le iluminaba un mechón de la melena pelirroja. ¡Vaya! De noche, Maigret no se había fijado en que era pelirroja, de un rojo intenso.

—Si quiere guiarnos, comisario... —suspiró el fiscal como un hombre de mundo que se disculpa por meterse en casa ajena y que pretende acabar cuanto antes.

—Por aquí. Éste es el dormitorio de la joven. El del juez está al fondo del pasillo. El maduradero, aquí...

Seis hombres con abrigo, tocados con sombrero, miraban a su alrededor, se agachaban, rozaban un objeto, meneaban la cabeza.

—Este armario contiene algunas herramientas. Hay un martillo que pudo ser utilizado por el asesino, pero no he descubierto ninguna huella.

—¿Llevaba usted guantes? —dejó caer el fiscal desde lo alto, como si dijera algo muy inteligente.

La escena recordaba un poco a la venta forzosa de una vivienda particular. ¿Visitarían el dormitorio del juez? Maigret abrió la puerta. La habitación era de medianas dimensiones, amueblada sobriamente pero con gusto. Poseía también esa mezcla de sencillez casi campesina y de refinamiento.

El inspector Méjat se había quedado en el exterior. Maigret le había confiado la tarea de observar a los curiosos, de espiar las reacciones de determinadas personas, de escuchar conversaciones. Didine estaba en primera fila, moviendo la cabeza, despechada por verse relegada a permanecer con la multitud; a fin de cuentas, ¡ella lo había hecho todo!

El juez de instrucción y el fiscal conversaron en voz baja en un rincón. El fiscal asentía con la cabeza. Se acercó a Maigret.

—Me dicen que usted desea que, por lo menos durante dos o tres días, se le deje en libertad provisional. Asunto delicado, claro, muy delicado, porque

como mínimo la ocultación del cadáver ha quedado demostrada. Pero, en fin, si usted asume la responsabilidad... Su reputación... Le dejaré una orden de detención, y quizá también otra orden en blanco, ¿qué le parece?

Satisfecho, el comisario arrugaba los párpados; ésa era su manera de sonreír.

—Bien, señores...

Se iban. Las diligencias habían terminado. Brénéol se excusó por quedarse en la casa, junto a su amigo Forlacroix. A los demás sólo les restaba subirse a los coches. Sombrerazos. Apretones de manos.

Gran suspiro de Maigret.

Uf, ¡al fin podía comenzar su investigación!

La mujer se plantó delante de él, muy seca, con los labios contraídos.

—Cuando se digne usted venir a verme, quizás yo tenga algo que contarle.

—¡Claro que sí, Madame Hulot! Mire, pasaré por su casa antes de la noche.

Didine se alejó ciñéndose el chal en torno al pecho. Había grupos de gente por los alrededores. Todos miraban a Maigret. Los niños le seguían y uno de ellos imitaba los pesados andares del comisario.

Un pequeño universo se cerraba. Terminadas las formalidades, desaparecidos los magistrados, el pueblo reanudaría su vida de siempre, con la única diferencia de que Maigret quedaría como pegado a él. No valía la pena alejar a los niños. ¡Ya se acostumbrarían a él!

Al ver al alcalde de pie en la puerta del Ayuntamiento, se acercó a saludarle.

—Acaba de ocurrírseme, señor comisario, que... como usted tendrá que trabajar, ¿quiere que le dé la llave del Ayuntamiento?

Excelente idea. La blanquísima habitación era encantadora y Maigret se instaló en ella de inmediato, como para acostumbrarse al ambiente y sentirse cómodo. La estufa, a la derecha; tendría que pedir que la encendieran todas las mañanas y mantuvieran el fuego. Un lugar para la pipa y para el tabaco.

Al otro lado de la ventana, un patio con un tilo, y, pasada una verja, la calle que llevaba al mar.

¿Quién era ese que caminaba con tanta prisa? ¡Vaya! Se trataba de Méjat, que entró jadeando.

—Jefe, creo que hay novedades. Marcel Airaud...

—¿Qué sucede?

—Son rumores que he oído por casualidad, en los grupos. Parece que después de hablar con usted, hace un rato, subió a su barca, que dispone de motor. Algunas personas han visto cómo la barca se alejaba en dirección al fondo de la bahía, hacia Pont du Brauk. Sin embargo, el muchacho no tiene nada que hacer por esos lugares, ni es el momento de la recogida.

Encima de la mesa había un teléfono. Maigret descolgó el auricular.

—Sí, señorita. ¿Hay teléfono en Pont du Brault? Vaya, allí sólo hay una casa... ¿Una fonda? ¿Quiere ponerme con ella?... Sí, el comisario Maigret. Estoy en el Ayuntamiento y la molestaré con cierta frecuencia. —Contempló la bombilla, que difundía una luz amarillenta—. Tráeme una bombilla de cien vatios, Méjat... ¿Sí? ¿La fonda de Pont du Brault? Quería pedirle una información, señora... No, no soy el vendedor de cerveza. ¿Ha visto esta tarde una barca con motor?... Sí, de L'Aiguillon... ¿Dice que está amarrada delante de su fonda?... ¿Una bicicleta?... ¡Sí! No cuelgue. ¿Ha tomado una copa de vino en la fonda?... ¿No sabe adónde ha ido?... ¿Hacia Marans? Gracias, señora... Sí. Si volviera, comuníquelo urgentemente al Ayuntamiento de L'Aiguillon.

Corrió hacia la puerta. A la luz del crepúsculo, acababa de ver al teniente de la gendarmería, que se disponía a regresar a Luçon.

—Teniente, ¿quiere entrar un momento? Supongo que conoce Pont du Brault, ¿no? ¿Qué aspecto tiene?

—Está al fondo, en plena marisma. Un canal comunica el fondo de la bahía con Marans, situado a diez kilómetros tierra adentro. Como máximo, habrá una cabaña cada tres kilómetros.

—Me interesaría que sus hombres batieran la zona. Necesito encontrar a un tal Marcel Airaud, un mocetón de un metro ochenta con una espléndida cabeza de pescador; es difícil que pase desapercibido. Salió de aquí con su

barca y la ha dejado amarrada cerca de la fonda de Pont du Brauk, Llevaba consigo una bicicleta.

—¿Sospecha usted que...?

—Es demasiado pronto para sospechar, teniente. ¿Cuento con usted?

¿Iría a ver a Didine antes o después de la cena? Mejor antes. Ya había anochecido. Las poleas empezaban a chirriar y las luces de los dos faros se cruzaban.

Una parra retorcida corría a lo largo de la pared. La puerta y los postigos estaban pintados de verde.

—Pase, señor comisario. Empezaba a preguntarme si le había ofendido en algo.

Un gato saltó de una butaca de mimbre. Justin Hulot se levantó de su rincón y, dando muestras de respeto, se quitó de la boca una larga pipa de espuma.

—Siéntese, señor comisario. Se tomará una copita, ¿no? Justin, saca las copas del armario.

Didine les quitó el polvo. Había un hule sobre la mesa, y una cama muy alta en un rincón, cubierta con un enorme y pesado edredón rojo.

—Déjale el sillón al comisario. No faltaba más. Vaya, con todas estas historias, he dejado apagar el fuego. No es preciso que se quite el sombrero.

La mujer hablaba por hablar, pero se notaba que pensaba en otra cosa y que sabía muy bien adonde quería llegar. No volvió a sentarse. No sabía qué hacer con las manos, que movía sin cesar. Y, dado que Maigret no la ayudaba, se vio obligada a preguntar de manera brusca:

—¿Ha encontrado al niño?

¿Cómo? ¿Había un niño en este caso?

—Ya me imaginaba que no se lo contarían. Las gentes de aquí no hablan mucho, y menos aún con los extraños. Dentro de un tiempo, cuando se hayan acostumbrado a usted, tal vez... Yo, como ya le he dicho a mi marido, estoy a su favor. He visto que interrogaba a Thérèse.

¿Cómo lo había visto? ¿Españaba a Maigret a través de las cortinas? ¡Era muy capaz! Ella y su marido debían de seguir los pasos del comisario, y

estaban enterados de sus idas y venidas.

—Unos viejos como nosotros, sin nada que hacer en todo el día, tienen mucho tiempo para reflexionar, ¿me entiende? ¿Otra copita?... Claro que sí, eso nunca ha hecho daño a nadie. Tú no, Justin; sabes de sobra que no te sienta bien —dijo, y alejó la botella de su marido—. ¿Cuántos años le echa usted a Thérèse? A primera vista parece muy jovencita, sin embargo debe de andar por los veintitrés. No me sorprendería que tuviera veinticuatro. ¡Pues bien! A los dieciséis empezó a perseguir a Marcel. Sí, ya he visto que él también se ha acercado para hablar con usted. Con lo buen mozo que es, y bien acomodado, dos casas en propiedad, los viveros y todo lo demás, no le cuesta nada encontrar chicas. Thérèse, en cambio, es una pobretona; en verano, su madre vende mejillones y ostras de puerta en puerta por las casitas de la otra orilla.

»¡El caso es que la chica lo consiguió! Todo el mundo se dio cuenta, hace tres años, de que estaba embarazada. Pero esa gente tiene su orgullo. Ella se marchó diciendo que se iba a trabajar a la ciudad. Cuando regresó, unos meses después, ¡le juro que estaba mucho más delgada! Y yo sé adónde va cada mes, cuando se toma sus dos días de vacaciones: va a Luçon, a la casa de una guardabarrera que le cría el niño. ¿A usted qué le parece?

Bueno, todavía no le parecía nada. Thérèse y Marcel... ¡Bien! Thérèse tenía al joven a su merced.

—¡Fíjese en que le hablo de tres años atrás! Pero después Marcel empezó a pasar las noches en la casa del juez. Supongo que esto ya lo ha descubierto. Hubo otros muchachos antes que él, y tal vez también después. Pero le diré lo que pienso: él era otra cosa. Los demás se aprovechaban de ella, ¿me entiende? Los hombres son así. —Dirigió una miradita malintencionada a su aduanero, quien, intentando adoptar aires de inocencia, bizqueó aún más—. Estoy segura de que Marcel estaba enamorado, y apuesto a que, si hubiera podido, se habría casado con ella, pese a que no sea como las demás.

»Suponga ahora que Thérèse haya hecho venir de Luçon a algún conocido suyo, un hombre capaz de vengarla. En casa del juez uno entra como Pedro por su casa. Mire por ahí: está oscuro, pero se distingue el blanco de la terraza. Cualquiera puede subir a ella; desde allí, pasando por el saliente de piedra, se llega al maduradero, cuya ventana está casi siempre

entornada. Por mucho que encierre a su hija con llave, es como si yo intentara conservar agua en mi mano.

Maigret se estremeció al darse cuenta, de súbito, del desarrollo de sus propias ideas. En los últimos instantes, mientras escuchaba la voz de la vieja, un poco como se oye un ruido monótono, ¿no se había sentido arrastrar de manera casi insensible a evocar unas imágenes extravagantes, sin duda todavía borrosas, pero que, si no intervenía, acabarían por tomar cuerpo?

«En casa del juez uno entra como...». Recordaba a la vieja Didine en su oficina de Luçon, oía su voz clara, y la precisión casi alucinante con la que había descrito la tragedia, ¡una tragedia que, sin embargo, la buena mujer no había visto!

Su razonamiento impecable, su cálculo minucioso de las mareas... En suma, un trabajo que habría enorgullecido a un policía profesional. Y la vigilancia organizada por ambos, encargándose el uno de la parte trasera de la casa y el otro de la fachada. ¡Sin olvidar los prismáticos!

No, eso no era lo menos verosímil. Había que expulsar esas ideas, fijarse en esa habitación de campesinos pobres, en la cama, el edredón, las gruesas copas sobre el mantel de hule de la mesa, la cofia blanca de Didine.

—Madame Hulot, ¿conocía usted al juez antes de que él viniera a vivir aquí?

Algo se removió en el interior de la vieja, no cabía duda. Un respingo apenas perceptible, un estremecimiento de los músculos a flor de piel.

—Eso depende de lo que oiga usted por ahí. Le conocí de muy pequeña. Verá, yo nací en la casa que está delante del Ayuntamiento; el juez venía a pasar las vacaciones en casa de su primo. Cuando el primo murió, heredó la casa.

—¿Siguió viniendo una vez casado?

—No todos los años —contestó, de repente lacónica.

—¿Conoció usted a su esposa?

—De vista, como todo el mundo. ¡Una mujer muy guapa!

—Si no me equivoco, usted tiene la misma edad que Forlacroix, ¿no es así?

—Soy, más o menos, un año menor que él.

—Usted se fue a vivir a Concarneau con su marido, y el juez se instaló en Versalles. Cuando usted volvió a L’Aiguillon, él estaba en la casa y ya era viudo.

—No es viudo —le corrigió.

Maigret estuvo a punto de saltar de la butaca de mimbre, que crujió.

—Su mujer le abandonó, pero no es viudo.

—¿Está usted segura?

—Estoy segura de que hace un mes todavía no era viudo, porque la vi con mis propios ojos, tal como le estoy viendo a usted. Bajó de un coche y llamó a la puerta de la casa. Hablaron unos instantes de pie en el pasillo; luego ella se fue.

Por un momento el comisario creyó que le daría la matrícula del coche. ¡Habría sido demasiado bonito!

—Es culpa suya que no se haya enterado de todo esto mucho antes. Si en lugar de ir de un lado a otro hubiera venido a verme o hubiese dirigido la palabra a mi marido... Ahora puedo confesárselo. El pobre se sentía muy desanimado, ¿verdad, Justin? Cuéntaselo al comisario; él sabe lo que es hablar sin rodeos y que las personas que no tienen nada que reprocharse son las que pueden irse de la lengua. Tómese la copa, señor comisario. ¿Qué más le gustaría saber? Todavía me queda mucho por contarle; podría seguir hablando hasta mañana, pero tiene que salirme poco a poco.

¡Era suficiente! ¡Incluso demasiado! La viejecita poseía una sutileza diabólica.

—Por ejemplo, el médico, el doctor Brénéol. No sé si eso le interesa, pero es el mejor amigo del juez. ¿Ha visto a su esposa? Alta, morena, muy maquillada, vestida siempre con trajes extravagantes. Tiene una hija de un primer matrimonio, como dicen ahora. Ya verá a la hija, una chica con muy mala presencia; pero eso no impide que el doctor Brénéol esté loco por ella y que la lleve continuamente en su coche sin su mujer. Se van lejísimos. Aun así, alguien de aquí, cuyo nombre podría darle, les vio salir de un hotel de La Rochelle.

Maigret se había puesto en pie, y se sentía agotado como después de una larga caminata.

—Volveré a visitarles. Gracias.

Ella debía de considerar que ahora eran un poco cómplices, porque le tendió la mano e indicó a su marido que la imitara.

—No tenga miedo de venir a vernos. Y, sobre todo, puede estar seguro de que sólo le cuento la verdad.

En la casa del juez había una ventana iluminada, la del dormitorio de Lise. ¿Estaría ya acostada? Dio la vuelta a la casa. A esa hora las sirvientas ya se habían ido. Dos seres a solas dentro de aquellas paredes.

Al entrar en la sala ya familiar del Hôtel du Port, le sorprendió la mirada que le lanzaba Thérèse. La verdad es que la chica estaba preocupada e intentaba leer en la cara del comisario si se sabía algo nuevo. Méjat, con los codos apoyados en el mostrador, tomaba un aperitivo en compañía del dueño.

—Dígame, Thérèse, ¿sabía usted que Marcel tenía que ir a Marans?

—¿A Marans? —repitió ella como quien está sobre aviso y no quiere delatarse.

—Como ustedes se llevan tan bien, pensé que quizás él se lo habría contado.

—No hay ninguna razón para que me dé explicaciones.

—¿Qué hay para cenar?

—Sopa, gallos y, si quiere, una chuleta de cerdo con col.

—¡A la mesa, Méjat!

Éste tenía noticias. La víctima, cuya fotografía había sido mostrada a todos los hoteleros de Luçon, no había dormido en esa ciudad. Había que esperar un poco más; sobre todo, a que salieran los periódicos.

—¿No tiene sueño, jefe?

—Me acostaré en cuanto acabe de cenar y te aseguro que no me levantaré antes de las ocho de la mañana.

Tenía hambre. Para no pensar demasiado en ello, contemplaba las idas y venidas de Thérèse. Era una chica bastante corriente, de aspecto ligeramente enfermizo. La clásica empleadita de hotel que suele pasar inadvertida, con vestido negro, medias negras y delantal blanco. La sala estaba vacía. Los hombres se habían ido a cenar a sus casas, y regresarían después de la cena, para pasar otra hora allí.

Sonó el timbre del teléfono. El aparato estaba debajo de la escalera. Lo descolgó Thérèse.

—¿Sí?... Sí. ¿Qué te...?

—¿Es para mí? —preguntó Maigret.

Thérèse siguió pegada al auricular.

—Sí, sí... No lo sé... No, no han dicho nada.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el dueño desde la cocina.

Y ella, colgando a toda prisa, contestó:

—Nada. Era para mí.

Maigret ya estaba junto al aparato.

—¿Sí?... Comisario Maigret, señorita. ¿Puede decirme de dónde procedía la llamada que acaba de pasar?... ¿Qué? ¿De Marans?... Pregunte el número exacto, sí. Vuelva a llamarme.

Se sentó de nuevo a la mesa. Thérèse, muy pálida, le sirvió sin decir palabra. El teléfono volvió a sonar al poco rato.

—¿De un café?... ¿El Café Arthur? Póngame con la gendarmería de Marans, señorita... ¿Sí? ¿El brigada? Aquí, el comisario Maigret. Corra al Café Arthur, ¿lo conoce?... Tanto mejor. Un hombre acaba de telefonar desde allí, un tal Marcel Airaud. Lléveselo a la gendarmería y avísame en seguida.

Un tenso silencio. Las chuletas. La col. Thérèse iba y venía sin mirar a Maigret.

Pasó una media hora. Timbrado de teléfono.

—¡Sí!... ¿Sí?... ¡Ah!... No. Espere instrucciones. Eso es...

Hubo una pausa. Thérèse seguía sin atreverse a mirar a Maigret, cuyo enorme torso se veía junto al teléfono, debajo de la escalera. El comisario cortó la comunicación, pero siguió hablando:

—¿Está herido? Llévelo de todos modos a la cárcel de Luçon... Gracias. Buenas noches, brigada.

Regresó pesadamente a su asiento, suspiró, se preguntó si tomaría queso, dirigió un guiño a Méjat y después, aprovechando que Thérèse estaba en la cocina, susurró al inspector:

—El bribón ha desaparecido inmediatamente después de la llamada telefónica. Me gustaría saber qué le ha preguntado a Thérèse.

ALGUIEN QUIERE IR A LA CÁRCEL

¿Era en verdad cruel? Estaba claro que Thérèse le detestaba. En ocasiones le dirigía una mirada tan sombría que Maigret se veía obligado a sonreír, y entonces la empleadita no sabía qué hacer, si abalanzarse sobre él para arañarle la cara o sonreír a su vez.

Durante más de una hora el comisario la tuvo en vilo. La chica ya podía ir y venir, entrar en la cocina, intentar comer en una esquina de la mesa o acudir a las llamadas de los clientes: siempre se tropezaba con la mirada tranquila de Maigret.

¿Acaso, a fin de cuentas, esa mirada la atraía? Ese hombre grueso y plácido, que fumaba en pipa con mirada distraída, ¿no era tal vez un amigo, más que un enemigo? Oscilaba ella de un extremo a otro: del nerviosismo exagerado a la furia o a un atisbo de amabilidad. Por primera vez, quitada ya la mesa, acudió a preguntarle:

—¿Qué quiere tomar?

Sin embargo, después de servir los calvados, no pudo aguantar más y se precipitó al pasillo. Regresó con los ojos enrojecidos y sonándose la nariz. Al servir a unos hombres que jugaban a las cartas, rompió una copa. Fue a cenar a la cocina, pero se levantó de la mesa sin probar bocado.

Al fin se decidió a hablar con la dueña. Desde lejos no se oían las voces, pero lo que decían se adivinaba por las actitudes. Thérèse gesticulaba como si se encontrase enferma y miraba el techo. La dueña se encogía de hombros.

—Vete, hija mía.

Thérèse se quitó el delantal, salió a la sala para ver si faltaba algo y dirigió una insistente mirada a Maigret.

—Antes de acostarte, Méjat, asegúrate de que habrá un gendarme de guardia delante de la casa del juez y otro detrás, y un tercero vigilando la casa del joven Forlacroix.

Se levantó y subió por la escalera, donde tocaba a la vez el pasamanos y la pared. Toda esa parte de la casa era nueva: la madera era demasiado clara y las paredes, sin revocar, manchaban de blanco la ropa.

Maigret entró en su habitación y dejó la puerta abierta. Al cabo de unos minutos empezó a extrañarse. Luego se sintió casi ofendido; lanzó una mirada al pasillo y sonrió. Los demás clientes, abajo, seguirían charlando una o dos horas más. ¡Daba igual lo que pensara Méjat al oír la voz del comisario en el cuarto de la empleada! Entró. Ella le esperaba de pie. Se había soltado el moño que llevaba en la nuca, y la melena oscura que le enmarcaba ahora el rostro le afinaba los rasgos y la nariz, pero también le daba un matiz menos sincero a su mirada.

Sentado al borde de la cama de hierro, Maigret contemplaba todo a sus anchas, y ella se vio obligada a romper el silencio.

—Le aseguro que se equivoca al meterse con Marcel. Yo le conozco mejor que cualquier otra persona. —Buscaba el tono justo, como un actor, y no lo encontraba—. La prueba está en que teníamos que casarnos este verano.

—¿A causa del niño?

No mostró ningún asombro.

—A causa del niño y de todo. Porque nos queremos. ¿Tan extraño le parece?

—Lo que sí me parece bastante extraño es que hasta ahora, cuando el niño tiene ya tres años, no se hayan decidido a regularizar la situación. Míreme, Thérèse. Puedo asegurarle que mentir no sirve de nada. ¿Qué le ha preguntado Marcel por teléfono?

Ella le miró prolongadamente y lanzó un suspiro.

—Mala suerte si cometo una estupidez. Marcel quería saber si había aparecido un papel en los bolsillos.

—¿En los bolsillos de quién?

—¡Del muerto, supongo!

—¿Y es a esa pregunta a la que usted ha contestado que no lo sabía?

—Creo que si hubiera aparecido algo importante, lo habría oído decir por ahí. Que Marcel me haya preguntado eso no significa que sea un asesino. Le repito que íbamos a casarnos.

—Sin embargo, iba casi todas las noches a la habitación de Lise Forlacroix.

—¡No la quería!

—¡Curiosa manera de no querer a alguien!

—Ya sabe cómo son los hombres. No tenía nada que ver con el amor; me lo dije cientos de veces. Era como un vicio, y me había jurado que se curaría de él.

—¡No es verdad!

Ella se estremeció y volvió a comportarse con dureza y vulgaridad.

—¿Cómo se atreve a decir que no es verdad? ¿Acaso estaba usted allí? ¿Tampoco es verdad que a veces le he visto salir de la casa del juez, no por la ventana, sino por la puerta principal? ¿Y que el juez le hacía cumplidos, y además estaba al corriente de todo? Dígame, ¿quién está limpio en todo eso? Yo he tenido un niño, es cierto. Pero no me llevo a los hombres al dormitorio.

—Discúlpeme. ¿Cuándo vio a Marcel en compañía del juez?

—Hace más o menos un mes. Espere, era un poco antes de Navidad.

—¿Y dice que parecían entenderse? ¿Qué le contestó Marcel cuando usted le pidió explicaciones?

Ella se disponía a mentir de nuevo. Se le notaba por el temblor de la nariz.

—Me dijo que no me preocupara, que todo iba bien, que dentro de cuatro o cinco meses nos casaríamos y buscaríamos una casa al otro lado del estrecho, por Charron, para no volver a ver a esa gente. Me ama, ¿lo entiende? No tenía ningún motivo para matar a un hombre al que ni siquiera conocía.

Unos pasos en la escalera, en el pasillo. Una puerta. Era Méjat, que entraba en su habitación y se desnudaba silbando.

—¿No tiene nada más que decirme, pequeña? Piénselo. En todo lo que me ha contado, hay casi más verdades que mentiras. Por culpa de las mentiras, me resultará difícil tener en cuenta las verdades.

Se había levantado. Era demasiado alto y demasiado ancho para aquella habitación. De repente, en el momento en que menos se lo esperaba, Thérèse se arrojó contra el pecho del comisario y comenzó a sollozar con desconsuelo.

—Vamos, vamos —la calmó como a una chiquilla—. Cuénteme lo que le preocupa.

Sus sollozos eran tan sonoros que Méjat entreabrió la puerta de su habitación, situada frente a la de Thérèse.

—Cálmese, pequeña. Despertará a toda la casa. ¿No tiene ganas de hablar?

Ella, sin apartar el rostro del pecho de Maigret, negó con la cabeza.

—Se equivoca, pero en fin... Acuéstese. ¿Quiere que le dé algo que la ayude a dormir?

Comportándose como una chiquilla, asintió con la cabeza. Entonces él echó un somnífero en el vaso de lavarse los dientes y lo llenó de agua.

—Mañana por la mañana se sentirá mejor.

Ella bebió, con los ojos y las mejillas humedecidos, y él lo aprovechó para retirarse sin dar la espalda.

—¡Uf! —suspiró al echarse por fin en su cama, que, al igual que la habitación de Thérèse, no estaba hecha a su medida.

A la mañana siguiente, helaba y lucía el sol. Thérèse, al servirle el desayuno, se mostró más hosca que nunca. Méjat, que había descubierto brillantina en la peluquería de L'Aiguillon, apestaba bastante.

Maigret, con las manos en los bolsillos, salió a dar un paseo; contempló el regreso de los mejilloneros, las cestas de mejillones, el mar, de un azul verdoso, a lo lejos el puente que jamás había recorrido hasta el final y más allá del cual había una especie de urbanización, unas cuantas casitas para burgueses dispersas entre los pinos.

El gendarme apostado delante de la casa del juez golpeaba el suelo con los pies para entrar en calor. Las contraventanas estaban abiertas. En conjunto, el pueblo formaba un mundo pequeño y sabroso que empezaba a resultarle familiar. Algunas personas le saludaban y otras lo seguían con

mirada desconfiada. Se encontró al alcalde, que cargaba mejillones en un camión.

—Han llegado varios telegramas para usted. Los he dejado encima de su mesa, en el Ayuntamiento. Creo que el teniente de la gendarmería está esperándole.

Era tarde. A Maigret se le habían pegado las sábanas. Con andares tranquilos se dirigió a su despacho, de la misma manera que antes, durante los períodos de sosiego, caminaba hasta el *Quai des Orfèvres* pasando por el barrio de Saint-Antoine y L'Île Saint-Louis.

La República de yeso seguía en su sitio. La estufa zumbaba. Alguien, sin duda el alcalde, había tenido el detalle de dejar una botella de vino blanco, lacrada, y unas copas sobre el escritorio.

El teniente de la gendarmería entró en compañía de Maigret. Tras quitarse el abrigo y el sombrero, el comisario se disponía a hacerle una pregunta al teniente cuando se sintió agradablemente sorprendido por una algarabía de gritos infantiles. Debajo de las ventanas del Ayuntamiento, al sol, vio a un animado grupo de niños jugando. Como los charcos de agua se habían helado, los chiquillos se deslizaban sobre ellos con un sordo rumor de zuecos. Se veían bufandas rojas, azules, verdes, chubasqueros, chales.

—Le escucho, teniente. ¿Qué hay de Marcel Airaud?

—Todavía no lo hemos encontrado. Las marismas son inmensas; hay que registrar todas las cabañas, una por una. En esta época del año hay caminos casi impracticables, y algunas cabañas aisladas sólo son accesibles en barca.

—¿Alguna novedad en casa del juez?

—Tranquilidad absoluta. Nadie ha salido ni entrado en la casa, a excepción de las dos sirvientas.

—¿Y Albert Forlacroix?

—Esta mañana salió a pescar, como de costumbre. Uno de mis hombres le vigila de cerca, sobre todo porque se dice que es un mozo violento que se enfada por cualquier nadería.

¿No era una exquisitez poder calentarse de espaldas a la estufa, y encender lentamente la pipa ante los telegramas recién llegados, que le esperaban encima de la mesa? ¿O sólo era una preocupación por no liar nada,

por hacer cada cosa en el momento oportuno, y acabar primero con L'Aiguillon antes de saber qué había ocurrido fuera?

Como si de una ironía se tratara, el primer telegrama procedía de Madame Maigret.

«HE PUESTO EN AUTOBÚS ROPA INTERIOR Y TRAJES REPUESTO STOP ESPERO NOTICIAS STOP BESOS STOP»...

—¿A qué hora llega el autobús?

—Dentro de unos minutos.

—¿Sería tan amable de pedir que recojan una maleta que está a mi nombre y la dejen en el Hôtel du Port?

El segundo telegrama, más extenso, procedía de Nantes.

Brigada Móvil Nantes a Comisario Maigret.

CADÁVER DESCONOCIDO L'AIGUILLON IDENTIFICADO STOP DOCTOR JANIN, 35 AÑOS, DOMICILIADO RUE DES EGLISES, NANTES STOP ABANDONÓ MARTES 10 ENERO SU DOMICILIO SIN EQUIPAJE STOP PROSIGUE INVESTIGACIÓN STOP TELEFONEE PARA DETALLES COMPLEMENTARIOS STOP.

El teniente acababa de regresar. Maigret le pasó el telegrama, comentando con indiferencia:

—Aparentaba más edad de la que dicen.

Después giró la manivela del teléfono, saludó amablemente a la telefonista y le pidió comunicación con la Brigada Móvil de Nantes.

Todo eso formaba parte del trabajo habitual. Veamos, un tercer telegrama, de Versalles, en respuesta a un telegrama de Maigret.

SEGÚN ÚLTIMAS NOTICIAS, ESPOSA FORLACROIX, DE SOLTERA VALENTINE CONSTANTINESCO, DOMICILIADA ACTUALMENTE EN CASA DE LES ROCHES GRISES, RUE COMMANDANT-MARCHAND, NIZA STOP.

—¿Sí? ¿La Brigada Móvil de Nantes? Aquí, Maigret. Póngame con él... ¿Guillaume? Claro que sí, amigo mío... Bien. Se ha dado prisa. Le escucho, sí. —Maigret jamás tomaba notas. Si tenía un lápiz en la mano y un papel frente a sí, trazaba arabescos sin ninguna relación con el caso—. Emile Janin, Facultad de Medicina de Montpellier, familia muy modesta del Rosellón. Un

detalle interesante: dos años como médico interno en el hospital Sainte-Anne... Así que despuntó en psiquiatría, ¿eh? Carácter bastante independiente... Lo contratan como médico naval... ¿En qué barco?... El *Vengeur*, que dio la vuelta al mundo hace tres o cuatro años. Eso explica las prendas compradas en Panamá... Siempre excesivamente independiente. Informes bastante malos... Reanuda la vida civil. Se instala en Nantes, donde se especializa en psicoanálisis...

»Señorita, desearía hacer otra llamada, por favor. ¿Puede ponerme urgentemente con la Sûreté de Niza, Alpes-Maritimes?... Muchas gracias. Claro que sí, ya sé que usted hace lo que puede; antes de irme, le llevaré bombones. ¿Le gustan los *marrons glacés*?... Tomo nota. —Y, dirigiéndose al teniente de la gendarmería, comentó—: Me pregunto si voy a tener que utilizar la orden de detención en blanco...

¿Intuición? Todavía no había terminado la frase cuando de nuevo sonaba, insistente, el teléfono. Todavía no era Niza, claro está.

—¿Comisario Maigret?... Un momento. Al aparato el fiscal Bourdeille-Jaminet.

Se oyó la voz siempre distante, como ajena a las contingencias, del alto magistrado:

—Tiene la identificación del hombre, ¿verdad? Me pregunto si en tales condiciones... He tomado una seria decisión. ¿Conserva todavía su orden de detención? Pues bien, señor comisario, de acuerdo con el juez de instrucción, creo que sería prudente que...

Méjat había entrado y se había instalado discretamente en un rincón, desde donde miraba de reojo la atractiva botella de vino blanco.

—¡Niza!

—Gracias... ¿Sûreté Nationale?

Dio instrucciones en pocas palabras; cuando terminó, contempló de manera maquinal la hoja de papel que tenía sobre su escritorio; y vio que había dibujado una boca carnosa con labios perfilados y sensuales, como las de los cuadros de Renoir. Rompió en pedacitos la hoja de papel y los arrojó al fuego.

—Creo... —comenzó a decir.

Alguien cruzaba el patio: la hija de la vieja Elise, que trabajaba con su madre en casa del juez.

—Hágala pasar, Méjat.

—Traigo una carta para Monsieur Maigret.

Tomó la carta, despidió a la muchacha y abrió lentamente el sobre.

Por cierto, era la primera vez que veía la escritura del juez; caligrafía delicada, apretada, paciente, de una elegancia tal vez demasiado refinada. Ni una línea sobresalía de las demás. El papel era sobrio, pero de calidad excepcional y formato poco corriente.

Señor comisario,

Discúlpeme por escribirle esta nota en lugar de hablar con usted en su despacho del Ayuntamiento o en su hotel, pero usted no ignora cuán penoso me resulta dejar a mi hija sin vigilancia.

He reflexionado mucho desde nuestra última conversación y he llegado a la conclusión de que es necesario que realice nuevas declaraciones.

Estoy dispuesto a presentarme ante usted donde y cuando me diga. Sin embargo, confieso que preferiría, aunque esta petición no sea del todo correcta, que me conceda el honor de venir a visitarme de nuevo.

Es inútil añadir que estoy en casa todo el día y que la hora que usted elija me irá bien.

Agradeciéndole de antemano lo que usted decida hacer, le ruego que acepte, señor comisario, mis más respetuosos saludos.

Maigret se metió la carta en el bolsillo sin mostrársela al teniente ni a Méjat, que no ocultaban su curiosidad.

—¿Han llegado ya los periódicos? —preguntó.

—Ahora empiezan a repartirlos. El autobús que los trae, junto con el correo, ha pasado mientras usted hablaba por teléfono.

—¿Quieres ir a buscarme uno, Méjat? Comprueba una vez más que el juez no ha recibido ninguna visita esta mañana, a excepción de la de sus sirvientas.

El comisario estaba menos alegre que un instante antes. Su mirada se hacía por momentos más grave. Cambiaba las cosas de lugar sin motivo mientras iba y venía por la habitación. Después se quedó mirando el teléfono y acabó por girar la manivela.

—Soy yo de nuevo, señorita. Tendré que duplicar la cantidad de *marrons glacés*. ¿Ha terminado de clasificar el correo?... ¿Todavía no ha comenzado

el reparto? ¿No hay ninguna carta para el juez Forlacroix?... Dígame, ¿ha pedido o recibido el juez esta mañana alguna llamada telefónica?... ¿No? ¿Ningún telegrama?... Gracias... Sí, sigo esperando una llamada muy urgente de Niza.

Méjat regresó acompañado de tres personas, que se quedaron en el patio, y al entrar anunció:

—Periodistas.

—¡Ya veo!

—Uno de Luçon y dos de Nantes. Aquí tiene la prensa de la región.

Si bien todos publicaban la foto del cadáver, lógicamente ninguno de ellos informaba que ya lo habían identificado.

—¿Qué les digo?

—Nada.

—Se pondrán furiosos. Los tendrá a su lado a la hora de comer, porque se han instalado en el Hôtel du Port.

Maigret se encogió de hombros, echó carbón a la estufa y después miró la hora, porque vio que los chiquillos salían ya de la escuela. ¿Qué diablos hacían los de Niza, con su sol de cinc recortado?

Había un pequeño detalle que le molestaba, un punto que no conseguía aclarar. ¿Por qué el juez había escrito esa carta en el preciso momento en que el cadáver era identificado? ¿Sabía que lo habían identificado? Y, si lo sabía, ¿cómo se había enterado?

Teléfono. No era Niza. Era Marans, que informaba que no había ni rastro de Marcel Airaud y que seguían buscándole por toda la marisma.

Vaya, en ese mismo instante llamaban de Niza. Tres voces en la misma línea.

—Cuelgue, Marans. Cuelgue, diantre. ¿Sí? ¿Niza?... Aquí, Maigret... ¿Dice que esa persona no ha abandonado Niza en las tres últimas semanas? ¿Está seguro?... ¿Ningún telegrama ayer ni esta mañana?... ¿Cómo? No entiendo bien el nombre... ¿Luchet? ¿Van Uchet?... Deletree... V de Víctor... Van Usschen... Sí, le oigo. Un holandés. Cacao... ¡Sí! Hágame llegar toda la información que tenga. Si yo no estoy, dicte el mensaje a mi inspector. —Al colgar, dijo a media voz, más para sí mismo que para los demás—: La mujer del juez vive desde hace años en Niza con un tal Horace

Van Usschen, un acaudalado holandés que se ha enriquecido comerciando con cacao. —Después descorchó la botella de vino blanco, bebió una copa, dos, y miró a Méjat como sin verlo—. No te muevas de aquí hasta que yo vuelva.

Los tres periodistas intentaron cerrarle el paso, pero él les mostró su expresión más huraña. Al pasar ante el Hôtel du Port, los hombres que tomaban el aperitivo se asomaron a la puerta para ver adónde iba. Saludó con la mano al gendarme que estaba de guardia delante de la casa del juez y tiró de la campanilla.

—Por aquí —le indicó Elisa—, el señor juez le espera.

¡En aquella amplia habitación, tan tranquila y confortable! Maigret observó que el juez se estrujaba las manos con tal fuerza que impedía la circulación de la sangre.

—Siéntese, señor comisario. Quítese el abrigo, porque es posible que la conversación se alargue bastante rato y la habitación está muy caldeada. No le ofrezco un oporto, pues estoy seguro de que lo rechazará —dijo con cierta amargura.

—¡Claro que no!

—¿Y si, después de oír lo que tengo que decirle, lamenta haber bebido conmigo?

Maigret se sentó en la misma butaca de la noche anterior, estiró las piernas, llenó una pipa y le preguntó:

—¿Conoce a un tal doctor Janin?

El juez rebuscó en su memoria. No fingía.

—¿Janin? Espere. No, no recuerdo...

—Es el hombre que usted quería hacer desaparecer en el mar.

Un extraño ademán, como queriendo decir: «No pensaba hablarle de ese asunto. Eso no tiene importancia». Sirvió el oporto.

—¡A su salud, pues! —exclamó—. Luego no diga que no le he avisado. Bueno, en primer lugar, me gustaría hacerle una pregunta. —Se puso muy serio. Su rostro se animaba bajo los cabellos de color gris claro, rizados como los de una mujer—. Si yo no pudiera cuidar de mi hija durante cierto tiempo, ¿estaría usted dispuesto a prometerme, de hombre a hombre, que se ocupará de que no le ocurra nada malo?

—Supongo que puedo prometérselo, pero si sucediera lo que usted teme, la custodia de su hija sería confiada a su madre.

—Por ahora está excluido confiarla a su madre. Así que...

—En la medida en que eso no se salga de la legalidad, me ocuparé de que viva en las mejores condiciones.

—Se lo agradezco. —Apuró lentamente su copa de oporto y fue a buscar cigarrillos a un cajón—. Usted sólo fuma en pipa, ¿verdad? Por favor. —Al fin, después de exhalar la primera bocanada de humo, Forlacroix murmuró—: En tales condiciones, y después de pensármelo mucho, he decidido que tal vez lo mejor sea que pase algún tiempo en la cárcel.

Resultó inesperado. Y en ese momento unas notas de piano revolotearon por encima de sus cabezas. El juez miró al techo. Su voz, cuando abrió de nuevo la boca, estaba cargada de emoción, como si reprimiera un sollozo.

—He asesinado a un hombre, comisario.

En el exterior se oían las botas claveteadas del gendarme al golpear las duras piedras de la acera.

—¿Piensa beberse el oporto? —le preguntó al comisario. Sacó de su bolsillo un antiguo reloj de oro y pulsó el resorte de la tapa—. Las doce. Para mí, eso carece ya de importancia, pero si usted prefiere almorzar antes de que... No me atrevo a invitarle a mi mesa.

Se sirvió otra copa y después se sentó frente a Maigret, delante de la chimenea, donde el fuego chisporroteaba.

LAS DOS INGLASAS DE VERSALLES

Hacia la una de la tarde, el gendarme que vigilaba la casa del juez empezó a ponerse nervioso y, cada vez que pasaba por delante de las ventanas, se acercaba más a la fachada e intentaba escudriñar el interior. A la una y media pegó la cara al cristal y tardó un instante en descubrir a dos hombres sentados en unas butacas, frente a la chimenea, cuyas cabezas surgían extrañamente de una nube de humo.

Más o menos a esa misma hora se oyó en una habitación contigua un rumor de cubiertos y un murmullo de voces femeninas, y Maigret supuso que Lise Forlacroix almorzaba.

A veces el comisario cruzaba las piernas. Al poco, las descruzaba para golpear la cazoleta de su pipa en el tacón. Las baldosas del suelo estaban cubiertas de ceniza. ¿Qué importaba eso ahora? El juez, por costumbre, apagaba sus cigarrillos en un cenicero de porcelana verde, y todas aquellas colillas blancas y marrones hablaban por sí solas.

Las voces se alzaban tranquilas. Maigret planteaba una pregunta o hacía una objeción. El juez Forlacroix contestaba con voz tan clara y, por decirlo de algún modo, tan minuciosa como su caligrafía.

A las dos y cuarto el timbre del teléfono les sobresaltó, como si los dos se hubieran olvidado del mundo exterior. Forlacroix interrogó al comisario con una mirada. ¿Tenía derecho a ponerse al teléfono? Maigret contestó que sí.

—¿Sí?... Sí, se lo paso. Es para usted, señor comisario.

—Hola, jefe. Discúlpeme, puede que haya hecho mal, pero empezaba a inquietarme. ¿Seguro que no le ha ocurrido nada?

El juez se había sentado de nuevo y jugaba con sus manos mientras contemplaba los troncos.

—Pídeme un coche... Inmediatamente, sí. Que esté aquí antes de media hora. No, nada especial —concluyó, y se sentó a su vez.

Cuando el taxi se paró delante de la puerta, y Méjat llamó, Maigret estaba a solas en la gran habitación y caminaba devorando un bocadillo de *pâté*. En la mesa había una botella de borgoña añejo casi vacía. Habían fumado tanto que la atmósfera era casi irrespirable.

Al mirar a su jefe, Méjat puso cara de idiota.

—¿Le detiene? ¿Se ha terminado? ¿Me voy con usted?

—Tú te quedas aquí.

—¿Qué debo hacer?

—Toma un papel y anota: Thérèse, la empleada del hotel; los dos Hulot, Didine y su aduanero; Albert Forlacroix. Que localicen de una vez, cueste lo que cueste, a Marcel Airaud.

—A los demás que ha citado, ¿los vigilo?

Pasos en la escalera.

—Puedes irte.

Méjat se retiró de mala gana. Apareció el juez con el abrigo y el sombrero puestos, muy correcto, como un burgués meticuloso.

—¿Me permite que llame al doctor Brénéol para hablarle del sanatorio?

Lise Forlacroix iba y venía, acompañada de las dos sirvientas, por la habitación de encima.

—¿Es usted, Brénéol?... No, nada grave. Sólo querría que me dijera si existe por los alrededores de La Roche-sur-Yon un buen sanatorio... Sí. ¿La clínica Albert I?... ¿Inmediatamente antes de entrar en la ciudad? Gracias. Hasta la vista.

La vieja Elisa fue la primera en bajar; cargaba con dos maletas que llevó hasta el coche. Después bajó la hija de Elisa, con el equipaje de mano. Y, por último, Lise, casi invisible dentro de un mullido abrigo de pieles con el cuello levantado.

Fue muy rápido. Lise y su padre se instalaron detrás. Maigret ocupó el asiento al lado del taxista. Didine contemplaba la escena desde la calle. La gente se detenía al paso del taxi. Había que recorrer toda la calle principal, pasar por delante del hotel, de la oficina de correos, del Ayuntamiento. Las cortinas se movían. Los chiquillos corrían detrás del coche.

Maigret veía a Lise y a su padre por el retrovisor, y le pareció que estuvieron todo el viaje tomados de la mano. La noche caía cuando llegaron a La Roche-sur-Yon.

Hubo que preguntar varias veces la dirección de la clínica Albert I. Y después esperar al director, visitar las habitaciones. Todo era blanco, demasiado blanco, como las batas de las enfermeras y del médico.

—La siete, muy bien.

Entraron cinco: Lise, una enfermera, Maigret, el juez y el director del centro. En el pasillo eran tres. Lise se había quedado al otro lado de la puerta con la enfermera. No había llorado. Padre e hija no se habían abrazado.

—Dentro de una hora se instalará un inspector en el pasillo.

Tres kilómetros más y aparecía la ciudad, la puerta de la prisión, el registro de encarcelamiento, algunas formalidades. Por casualidad, sin duda, el juez y Maigret no tuvieron tiempo de despedirse.

Una cervecería. Una cajera gorda. La guía de ferrocarriles. Una cerveza muy fresca.

—Deme papel de escribir y póngame un bocadillo de jamón. ¡Ah, y otra cerveza!

Redactó un informe oficioso para el fiscal, escribió varios telegramas y el tren no se le escapó por un pelo. En la estación de Saint-Pierre tuvo que esperar desde medianoche hasta las dos de la madrugada.

Gare d'Orsay. A las ocho de la mañana, salía, recién afeitado, de su piso, situado en el Boulevard Richard-Lenoir. El sol se alzaba sobre París. Cambió de autobús a dos pasos de la Policía Judicial y pudo ver de lejos las ventanas de su antiguo despacho. A las nueve, siempre bajo el agrisulce sol de enero, se apeaba del autobús en Versalles y recorría a pasos lentos, con la pipa en la boca, la Avenue de Paris.

A partir de ese instante tuvo la impresión de desdoblarse, de vivir en dos planos diferentes. Era un comisario más o menos caído en desgracia, exiliado en Luçon; llevaba las manos en los bolsillos del abrigo de Maigret, y fumaba la pipa de Maigret. El decorado era asimismo el de Versalles esa mañana concreta, y no muchos años atrás. La avenida estaba tranquila, sobre todo en la parte inferior, donde vastos pórticos y muros elevados ocultan al paseante las más maravillosas casitas del mundo.

Pero, por otra parte, le parecía estar viendo una película, o, por ejemplo, un documental, en el que las imágenes desfilaban por la pantalla mientras una voz, la de algún locutor, iba comentándolas.

La voz era la sorda vocecilla del juez Forlacroix, y resultaba imposible no superponer a la imagen de Versalles la de la amplia biblioteca de L'Aiguillon, los leños, las cenizas de la pipa en el suelo y las colillas de cigarrillos en el cenicero de porcelana verde.

«Somos versalleses desde hace tres generaciones. Mi padre era abogado y vivió toda su vida en la mansión de la Avenue de Paris que había heredado de su padre... Un muro blanco; una puerta cochera flanqueada por sus guardacantones de piedra; el rótulo dorado; nuestro apellido grabado en una placa de cobre...». Ahí estaba. Maigret vio la casa, pero ni el rótulo ni la placa existían ya. La puerta estaba abierta. Un mayordomo con chaleco a rayas sacudía las alfombras sobre la acera.

«Franqueado el pórtico, un patio no muy grande, con esos pequeños adoquines redondos que se encuentran en el gran patio de Versalles y que llaman los adoquines del rey. Hierba entre los adoquines; una marquesina acristalada; altas ventanas con cristales pequeños; luz por todas partes. Cruzado el vestíbulo, en cuyo centro hay una fuente de bronce, se abre un jardín del estilo del Trianon: césped, rosales... Yo he nacido allí, al igual que mi padre. Allí viví durante años sin pensar en otra cosa que en el arte y la literatura, y disfrutando de un poco de buena vida y de buena mesa. Carente de ambiciones, me contenté con ser juez de paz». ¿Acaso no comprendía mejor al juez aquí que en la soledad de L'Aiguillon?

«Unos cuantos buenos amigos. Viajes a Italia y Grecia. Una fortuna suficiente. Muebles hermosos y buenos libros. Cuando murió mi padre, yo tenía treinta y cinco años y estaba soltero». ¿No habría en las casas de los alrededores otros Forlacroix, preocupados sólo por vivir una existencia tranquila y agradable?

El mayordomo empezó a echar miradas de reojo al hombre del abrigo grueso que observaba con tanta atención la casa de sus amos. Y Maigret se planteó la posibilidad de postergar un poco la visita.

Lentamente, desanduvo parte de la avenida, torció a la derecha y después a la izquierda, leyendo el nombre de las calles, hasta que al fin se detuvo ante

un edificio grande, de cuatro pisos, que debía de estar lleno de inquilinos.

—¿Vive aquí Mademoiselle Dochet? —preguntó al portero.

—Mire, es esa mujer que sube la escalera con la bolsa de la compra.

La alcanzó en el primer piso, cuando empujaba el pomo de cobre de una puerta; la mujer era tan vieja como la casa.

—Perdone, Mademoiselle Dochet. Es usted la propietaria del edificio, ¿verdad? Busco información sobre alguien que vivió aquí tiempo atrás, hará unos veinticinco años.

Ella tenía setenta.

—Entre, espere a que apague el fuego de la cocina. Se me va a quemar la leche.

Vidrieras en las ventanas. Tapices carmesíes.

—Se trata de un artista, un gran virtuoso llamado Constantinesco.

—¡Oh, sí, lo recuerdo! Vivía precisamente en el piso de abajo.

De modo que era verdad. Y ahora la voz del juez le llegaba de nuevo como sobreimpresa:

«Un bohemio que posiblemente estuvo a punto de ser genial. Al comienzo de su carrera cosechó grandes éxitos. Había dado conciertos en Estados Unidos y en algunas ciudades europeas. Se había casado, no sé dónde, había tenido una hija y se la había llevado consigo sin preocuparse por la madre. Fue a dar con sus huesos en Versalles, en un piso muy viejo donde daba clases de violín. Unos amigos lo trajeron a mi casa una noche en que nos faltaba una viola para tocar música de cámara».

El juez casi se había sonrojado al mirarse sus blancas manos y añadir: «Yo toco un poco el piano».

La anciana le contaba:

—Estaba medio loco. Le daban unas crisis de histeria terribles. Se le oía bajar la escalera corriendo y gritando.

—¿Y su hija?

La propietaria adoptó un aire afectado.

—Ahora está casada, ¡y bien casada, por lo que he oído decir! Con un magistrado, ¿no es cierto? Las hay con suerte, y éstas no son siempre las más...

Las más ¿qué? Maigret nunca lo sabría, porque la mujer enmudeció.

Aquí ya no averiguaría nada más, estaba seguro. La voz del juez no mentía.

Valentine Constantinesco: una joven de dieciocho años, ya bastante desarrollada, de ojos grandes, que se iba todas las mañanas a París, con sus partituras en la mano, a seguir los cursos del Conservatorio. Estudiaba piano. Su padre, a su vez, le daba clases de violín.

Y he aquí que un juez menudo, soltero y epicúreo la espiaba por las esquinas, la seguía a distancia, subía al tren tras ella.

Avenue de Paris. Vaya, el mayordomo se había metido en la casa y había cerrado la puerta, aquella puerta que Valentine había franqueado meses después, con el vestido blanco de novia.

Unos años magníficos: el nacimiento de un niño, después de una niña; a veces, en verano, unas semanas de vacaciones en el viejo caserón familiar de L'Aiguillon.

«Le aseguro, comisario, que no soy un ingenuo. No soy de esos a los que les ciega la felicidad. Más de una vez la miré con preocupación. Pero cuando usted vea sus ojos, que no han debido de cambiar, me entenderá: no hay nada más puro, nada más claro. Posee una voz musical. Con sus vestidos color verde mar, azul pálido, siempre muy claros, muy neutros, parecía salida de una pintura al pastel... No me atrevía a asombrarme de haber engendrado un muchacho corpulento, sarmentoso, hirsuto, la viva imagen de un campesino. Mi hija, en cambio, se parecía a su madre. Después supe que el padre de mi mujer, Constantinesco, que se pasaba el día en nuestra casa, estaba al corriente.

»Espere, espere. En la época de la que le voy a hablar, Albert tenía doce años y Lise ocho. Yo tenía previsto ir a un concierto, que empezaba a las cuatro, con un amigo que ha escrito varios libros sobre la historia de la música. Como él estaba en cama con una bronquitis, volví a casa.

»Tal vez vea usted la casa. En la gran puerta cochera hay una puertecita. Yo tenía la llave. En lugar de entrar por el vestíbulo, subí por la escalera de la derecha que lleva al primer piso, donde están los dormitorios. Quería proponer a mi mujer que me acompañara al concierto».

Cuando Maigret pulsó el timbre de cobre, sonó una gran campana, grave como la de un convento. Unos pasos. El asombrado mayordomo.

—Me gustaría hablar con las personas que viven en esta casa, por favor.

—¿Con cuál de las señoras?

—Con la que sea.

En ese momento, a una ventana de la planta baja se asomaron dos mujeres ataviadas con batas de agresivos colores. Una de ellas fumaba un cigarrillo con una larga boquilla, y la otra una minúscula pipa que hizo sonreír a Maigret.

—¿Qué ocurre, Jean?

Marcado acento inglés. Las dos mujeres tenían entre cuarenta y cincuenta años. En la habitación convertida en taller de pintura, y que debió de ser el salón principal de los Forlacroix, se veían caballetes, telas de una modernidad extravagante, copas, botellas, objetos africanos y chinos, todo un batiburrillo muy al estilo Montparnasse.

Maigret mostró su tarjeta.

—Adelante, señor comisario. No hemos hecho nada malo, ¿verdad? Mi amiga, la señora Perkins. Yo soy Angelina Dodds. ¿Tras cuál de las dos anda usted?

Mucha desenvoltura y una pizca de humor.

—¿Puedo preguntarles cuánto tiempo llevan viviendo aquí?

—Siete años. Antes que nosotras vivía un viejo senador que murió. Y, antes que él, nos han contado que residía un juez.

¡Lástima que el viejo senador hubiera muerto! Seguro que él no debió de cambiar tanto esta casa que Forlacroix le había cedido con los muebles y parte de los objetos artísticos. Ahora un sofá rojo y dorado, sobrecargado de dragones, desentonaba con un delicadísimo espejo Luis XVI. ¡Qué se le iba a hacer! Se trataba de dos inglesas excéntricas, evidentemente, apasionadas de la pintura y atraídas por el prestigioso marco de Versalles.

—¿Tienen jardinero?

—Claro. ¿Por qué?

—¿Puedo pedirles que ustedes o alguien me acompañe al jardín?

Las dos, intrigadas, le acompañaron. Era también un jardín de época, que trataba de imitar en miniatura los jardines del Trianon.

«Yo mismo me ocupaba de los rosales», había dicho el juez. «De ahí que pensara en el pozo». Tres pozos, y en los lugares que le había descrito. El del centro, inutilizado, debía de contener en verano geranios u otras flores.

—Señoras, ¿tendrían ustedes inconveniente en que hiciera cavar en este pozo? Sin duda se producirán algunos daños. No dispongo de los documentos necesarios para obligarlas a aceptar este saqueo pero...

—¿Hay un tesoro? —preguntó riendo una de las inglesas—. ¡Urbain, venga con un pico!

En L'Aiguillon el juez había hablado tranquilamente, con voz monocorde, como si lo que contaba no le hubiera sucedido a él.

«“Usted sabe lo que es un delito flagrante, ¿verdad? Habrá visto casos ocurridos en habitaciones de hotel, en esos hoteles de paso más o menos sórdidos. A veces... Creo que todo se debió a que el hombre tenía un rostro vulgar y me miraba con expresión desafiante. Su aspecto, medio desnudo, desgredado, con una mancha de carmín en la mejilla izquierda, resultaba ridículo, odioso. Lo maté”.

»“¿Llevaba usted un revólver encima?”.

»“No, pero guardaba uno en una cómoda del dormitorio, en un cajón que en ese momento tenía a mi alcance. Confieso que lo hice con absoluta frialdad; mire, estaba más tranquilo que ahora. Pensaba en los niños, que estaban a punto de regresar de la escuela. Después me enteré de que el hombre se dedicaba a cantar en los cafés-concierto. No era guapo. Tenía una abundante cabellera grasienta que se le apelmazaba en la nuca”.

Maigret se acercó rápidamente al jardinero.

—Quite primero el mantillo. Supongo que habrá una capa de unos veinte centímetros, y debajo...

—Piedras y cemento —contestó Urbain.

—Pues cave en esas piedras y en el cemento.

La voz tranquila se volvía alucinante:

«Pensé en el pozo. Arrastré hasta allí al hombre, con la ropa y todo lo que llevaba encima. El pozo no era muy ancho y, por más que lo intenté, sólo

conseguí doblar el cuerpo. Después lo cubrí con pedruscos, y eché encima varios sacos de cemento. Pero no es eso lo importante».

Más o menos en ese momento, el gendarme de guardia había pegado su rostro al cristal, y el juez, al verlo, se encogió de hombros.

«En un instante, mi mujer se convirtió en una especie de furia. En menos de media hora, comisario, oí de su boca todas las aventuras que había tenido antes de nuestro matrimonio, las artimañas que había utilizado, la complicidad de su padre; después habló de sus muchos amantes, los lugares en que los veía. Estaba irreconocible. Incluso babeaba.

»“¡Y a éste yo le quería, ¿me oyes?, le quería!”, gritaba, sin preocuparse de los niños, que acababan de regresar del colegio y habrían podido oírla. Supongo que mi obligación era llamar a la policía y contarles la verdad. Me hubieran absuelto. Pero mi hijo, y sobre todo mi hija, habrían vivido toda su vida sabiendo que su madre...

»Créame, reflexioné profundamente, y muy rápido. Es increíble la claridad con que en esos momentos se ven las cosas. Esperé a que anoheciera. Era junio... Tuve que aguardar hasta muy tarde... Soy más fuerte de lo que parezco; al menos, antes lo era».

Las once. La tierra, helada durante la noche, comenzaba a humedecerse tibiamente bajo los rayos del sol.

—¿Qué hay? —preguntó Maigret.

—Mire usted mismo.

El comisario se inclinó. El pico había perforado una cosa blanquecina. Un cráneo.

—Señoras, les ruego que me disculpen por todo este alboroto. Pueden estar seguras de que nadie las molestará. Se trata de un crimen muy antiguo. Pagaré de mi bolsillo los daños hasta que se realicen las estimaciones oficiales.

El juez no había mentado: había asesinado a un hombre. Y durante casi quince años nadie había sabido nada, salvo su mujer, que vivía ahora en la Costa Azul, en Niza, en una casa de Les Roches Grises en compañía de Horace Van Usschen, el holandés que comerciaba con cacao.

—¿Quiere un whisky, comisario? —le ofrecieron.

Le horrorizaba el whisky, más aún que hablar del caso que le ocupaba.

—Antes del mediodía tengo que entrevistarme con las autoridades judiciales de Versailles.

—¿Volverá?

¡Claro que no! Maigret no se ocupaba de ese crimen, sino de la muerte, en una casa de L'Aiguillon, de un tal doctor Janin.

Diríase que alguien arrojaba polvos de oro sobre la Avenue de Paris, tan fino y penetrante era el sol. Pero ahora tenía que darse prisa. Vio un taxi.

—Al Palacio de Justicia.

—Está a dos pasos.

—¿Y a usted qué le importa?

Hacerse anunciar. Hablar con gente que le observaba con un escepticismo mezclado de mal humor. ¡Una historia tan antigua! ¿Era realmente necesario...?

Almorzó, a solas, una *choucroute* en la Brasserie Suisse. Leyó el periódico sin leerlo.

—¡Camarero! Póngame con el número 41 de La Roche-sur-Yon. Prioridad, policía. Un momento: póngame también con la cárcel.

La cerveza era buena, la *choucroute* comestible, muy comestible, y pidió dos salchichas más. ¡Qué más daba que eso no fuera muy del siglo Luis XIV!

—¿Oiga?... Sí. ¿Cómo se encuentra? ¿Tranquila? Muy bien... ¿Cómo dice? ¿Que ha pedido un piano? Pues alquilen uno... ¡Claro que sí! Bajo mi responsabilidad. Su padre pagará todo lo que haga falta. Sin embargo, le advierto que si usted abandona alguna vez el pasillo, o si ella se escapa por la ventana...

En la cárcel, nada digno de mención. El juez Forlacroix había recibido a las once la visita de su abogado, y ambos habían conversado sosegadamente durante una media hora.

«PREGÚNTESELO AL COMISARIO»

Daba gusto bajar, a las ocho de la mañana, la escalera demasiado estrecha, cuyo pasamanos de pino de Virginia brillaba al sol, encontrar el hotel vacío, sentarse en el lugar de siempre ante los cubiertos ya colocados y un tazón de loza gruesa, salchichón casero y gambas recién pescadas.

—¡Thérèse! —gritó al sentarse—. Mi café.

Se lo sirvió la dueña.

—Thérèse ha ido a la carnicería.

—Dígame, señora. No veo a nadie en el puerto, aunque la marea está baja: ¿a la gente de aquí le asusta el frío?

—Hay bajamar —contestó.

—¿Y qué?

—Cuando hay bajamar no se puede llegar a los viveros.

—¿Así que los mejilloneros sólo trabajan media jornada?

—En absoluto. La mayoría tiene también tierras, marismas, ganado...

Incluso Méjat, a pesar de la brillantina y de una ridícula bufanda de un verde en exceso desvaído, fue bien acogido.

—Siéntate y come. Y dime qué has descubierto en casa de esa pobre vieja. —Se refería a la madre de Marcel. A decir verdad, a Maigret no le había molestado delegar en el inspector esta misión—. Una antigua casa de pueblo, ¿verdad? Muebles viejos que huelen a tiempos antediluvianos, una caja de reloj con un péndulo de cobre que desprende perezosamente un reflejo...

—No ha acertado ni una, jefe. Repintan la casa cada año. Han cambiado la puerta antigua por una moderna de falso hierro forjado, y los muebles proceden de unos grandes almacenes del Boulevard Barbès.

—Para empezar, te han ofrecido una copa, ¿verdad?

—Sí.

—Y no fuiste capaz de rechazarla.

El pobre Méjat se preguntó qué falta había cometido al aceptar una copa de aguardiente de la región, un perfumado aguardiente de ciruelas.

—No te pongas colorado. Estaba pensando en otra persona. —¿Tal vez en él, cuando bebía y comía en casa del juez?—. Unas personas son capaces de rechazar y otras no. Tú ibas a casa de esa vieja para arrancarle información contra su hijo y comenzaste por beberte su aguardiente. El juez, en cambio, es un hombre capaz de rechazar..., ¡de rechazar cualquier cosa, incluso de rechazarse a sí mismo! No trates de entenderlo. ¿Lloró?

—¿Sabía que es casi tan alta y fuerte como su hijo? Empezó fanfarroneando y después se enfadó. Me dijo que, si continuaba acosándola, iría a buscar un abogado. Al preguntarle si su hijo se había ausentado estos últimos días, me di cuenta de que dudaba.

»“Creo que ha ido a Niort para ocuparse de sus cosas”.

»“¿Está segura de que está en Niort? ¿Ha pasado la noche allí?”.

»“No lo sé”.

»“¿No lo sabe, y viven los dos en la misma casa? ¿Me permite inspeccionar las habitaciones? No llevo orden de registro, pero si se niega...”.

»Subimos al primer piso. Allí estaba la vieja casa de tiempos antediluvianos y los muebles viejos, como decía usted hace un momento, los grandes armarios, los arcones y las fotografías ampliadas.

»“¿Qué traje se pone su hijo cuando va a la ciudad?”, le pregunté, y ella lo descolgó del armario. Era un traje de sarga azul, y busqué en los bolsillos. Encontré esta factura de un hotel de Nantes. Mire la fecha: el 5 de enero, días antes de la llegada a L’Aiguillon del doctor Janin.

—¿No te ha sentado mal la copa de aguardiente? —preguntó Maigret levantándose para ir a hacerle una visita al telegrafista.

Volvió con varios telegramas y los dejó delante de él, pero, siguiendo su costumbre, no se apresuró a abrirlos.

—A propósito —se dirigió a Méjat—, ¿sabes por qué la vieja Didine y su marido Hulot odian tanto al juez? He indagado a conciencia y la verdad es

muy sencilla, sencilla como este pueblo, como ese faro que reluce bajo el sol. Cuando los Hulot se jubilaron y vieron que el juez se había instalado en L'Aiguillon, Didine fue a visitarle y le recordó que se habían conocido de niños. Le propuso entrar a su servicio: ella de cocinera, y el aduanero, de jardinero. Forlacroix, que debía de conocerla bien, se negó. Eso es todo.

Abrió un telegrama y se lo pasó a Méjat.

ALISTADO EN LA MARINA, MARCEL AIRAUD PRESTO SERVICIO A BORDO DEL CONTRATORPEDERO *VENGEUR STOP*.

—¡Pero si el juez ya ha confesado! —exclamó Méjat.

—¡Ah! ¿Ha confesado?

—Lo dicen todos los periódicos.

—Y tú te crees todo lo que dicen los periódicos, ¿verdad?

Tuvo la paciencia de esperar hasta las diez, por decirlo de algún modo, sin hacer nada: merodeando entre las barcas varadas, mirando la casa; si en dos ocasiones entró en el hotel para tomar una copita, fue porque realmente hacía mucho frío.

Esbozó una sonrisa al ver llegar los dos coches, uno tras otro, pues tanto respeto por las formas resultaba enternecedor, por no decir cómico. Los dos hombres que habían salido de La Roche-sur-Yon casi de madrugada eran viejos amigos. Se tuteaban desde los bancos de la escuela. Habría sido mucho más agradable viajar en un solo coche, pero uno de ellos era el juez de instrucción encargado del caso de L'Aiguillon, y el otro el abogado contratado por el juez Forlacroix. La víspera habían discutido largo y tendido sobre si sería conveniente o no...

Los dos estrecharon la mano de Maigret. El abogado Courtieux era un hombre de mediana edad que pasaba por ser el mejor letrado de la región.

—Mi cliente me ha dicho que le entregó a usted todas las llaves.

Maigret las hizo tintinear en su bolsillo, y los tres se dirigieron a la casa, que seguía custodiada por un gendarme. El juez de instrucción, como sin darle importancia pero con el prurito de demostrar que no se le escapaba nada, comentó:

—Deberían haber sellado las puertas, pero, ¡en fin!, dado que Monsieur Forlacroix en persona entregó las llaves al comisario y le rogó que...

Les asombraba ver a Maigret entrar allí como en su casa, colgar su abrigo en el perchero, cuyo emplazamiento conocía, y dirigirse a la biblioteca.

—Como nos va a llevar un rato, encenderé la chimenea. —No sin cierta emoción, volvió a ver las dos butacas delante del hogar, las cenizas de la pipa, que no habían sido barridas, y las colillas de cigarrillos—. Les aconsejo que se quiten los abrigos y se pongan cómodos, caballeros.

—Mi cliente me ha dicho —comenzó a decir el abogado, que se sentía un poco ofendido—: «Pregúnteselo al comisario». Así que, señor comisario, cuéntenos lo que hizo Forlacroix después de matar a aquel hombre y, en cierto modo, de enterrarlo en el pozo.

—Pase usted delante, señor juez —murmuró Maigret, como si fuera el dueño de la casa—. Tenga en cuenta que no confío en encontrar nada sensacional. He pedido este registro fundamentalmente para ayudarme a reconstruir la vida del juez Forlacroix en estos últimos años. Vean con qué gusto exquisito ha sido elegido cada uno de estos muebles y cómo todo, hasta el más pequeño objeto, ocupa el lugar que le corresponde.

Forlacroix no había abandonado Versalles de inmediato. Había echado a su mujer, simple y fríamente, tras entregarle un cheque bastante cuantioso. Maigret se lo imaginaba: menudo, glacial, con sus cabellos en aureola y sus dedos precisos y nerviosos. Era, como había dicho el comisario esa mañana, de los que no aceptan lo que no desean aceptar. Didine sabía algo de eso, pues no había podido olvidar, pese a los años transcurridos desde entonces, con qué tranquila frialdad sus proposiciones habían sido rechazadas, o, mejor dicho, ni siquiera rechazadas: ¡ignoradas!

«¿No intentó su mujer seguir a su lado y al de los niños?», le había preguntado Maigret con insistencia cuando los dos se hallaban sentados delante de la chimenea.

¡Claro que sí! ¡Y montó escenas bastante desagradables! Se había arrastrado ante él, y después, durante meses, le había escrito. Había suplicado, amenazado.

«Yo jamás contesté a sus cartas. Un día me enteré de que vivía en la Costa Azul con un holandés». Había vendido la casa de Versalles. Se había

instalado en L'Aiguillon. Y entonces...

—¿Perciben ustedes la atmósfera de esta casa, en la que todo respira comodidad y alegría de vivir? —murmuró Maigret—. Durante años, un hombre ha pasado aquí sus días observando atentamente a esos dos niños y preguntándose si eran suyos. El muchacho, por su parte, a medida que crecía trataba de desvelar el misterio que le rodeaba: hacía preguntas sobre su madre, sobre su nacimiento...

Acababa de abrir la puerta de una habitación donde juguetes de todo tipo seguían en su sitio, así como un pupitre de colegial de encina clara, colocado en un rincón. Más allá estaba el antiguo dormitorio de Albert, que contenía todavía sus trajes en el ropero. Un armario, en otro lugar, estaba lleno de las muñecas de Lise Forlacroix.

—A los diecisiete o dieciocho años —prosiguió el comisario—, Albert comenzó, Dios sabe por qué, a odiar a su padre. No entendía que tuviera encerrada a su hermana: Lise acababa de sufrir su primera crisis. Fue también por aquella época cuando Albert descubrió una de las antiguas cartas de su madre, escrita poco después del drama. Miren, debe de estar en este escritorio. Aquí tengo la llave.

No sólo parecía tener la llave del escritorio Luis XIV, sino las llaves que abrían y desvelaban las vidas de todos esos personajes que se habían enfrentado entre sí durante tantos años. Fumaba su pipa. El juez y el abogado le seguían. Para hablar de determinadas cosas, para rozar ciertos temas, utilizaba un tacto insospechado en aquel hombre grueso de manos torpes.

—Puede usted incluirla en el atestado —dijo sin leerla—. Me sé de memoria cada una de sus palabras: en ella amenaza a su marido con la cárcel.

Albert pidió explicaciones, pero Forlacroix no quiso dárselas. Desde entonces vivieron como dos extraños. Después del servicio militar, Albert quiso vivir a su aire, pero una extraña curiosidad le retenía en L'Aiguillon, y se instaló aquí como mejillonero. Ya le han visto: a pesar de su físico, es inquieto, violento, y podría convertirse fácilmente en un rebelde. En cuanto a la joven...

Llamaron a la puerta. El comisario bajó a abrir. Era Méjat, que traía un telegrama; el inspector ardía en deseos de entrar, pero su jefe no le invitó a hacerlo. Cuando Maigret subió de nuevo, anunció:

—Ha contestado al telegrama que le envié. Viene hacia aquí.

—¿Quién?

—Madame Forlacroix. Salió de Niza en coche ayer al mediodía.

Impresionaba observar a Maigret. Se producía, en efecto, un curioso fenómeno. Mientras iba y venía por una casa que no era la suya, mientras evocaba unas vidas que no había vivido, ya no era del todo el Maigret pesado y plácido, esculpido a hachazos, sino que, a su pesar, había en sus actitudes y en el tono de su voz algo de Forlacroix. Aunque sólo Dios sabía cuán diferentes eran los dos hombres, en algunos momentos el parecido resultaba tan evidente que el abogado se sentía molesto.

—Cuando visité la casa por primera vez, Lise estaba acostada. Miren, tenía encendida esa lamparilla, en la cabecera de la cama. Forlacroix adoraba a su hija; la adoraba y sufría por ella porque, pese a todo, no conseguía salir de la duda. ¿Qué demostraba que era hija suya y no la de un amante de paso, como el cantante de pelo grasiento? La adoraba también porque no era como las demás, porque ella le necesitaba, porque era como un cachorro vivaracho y mimoso. Me la imagino, salvo durante las crisis, con su mentalidad de chiquilla de seis años, sus asombros, sus gracias.

»Su padre llamó a especialistas de todas partes. Puedo decirles, caballeros, que por lo general las jóvenes como Lise no suelen superar los dieciséis o los diecisiete años. Si sobreviven, las crisis se hacen más frecuentes; después quedan abatidas, suspicaces. Los del pueblo exageran, pero es seguro que varios hombres, dos por lo menos, se aprovecharon de ella antes que Marcel Airaud. Cuando apareció éste...

—Discúlpeme —le interrumpió el juez de instrucción—. Todavía no he interrogado al detenido. ¿Cree usted que Forlacroix desconocía las visitas nocturnas de Marcel Airaud a su hija?

Maigret miró un instante por la ventana y se volvió.

—No.

Un silencio incómodo.

—Así pues, Forlacroix... —continuó el magistrado.

El abogado empezaba a preguntarse cómo presentaría esa monstruosidad a los jurados de La Roche-sur-Yon.

—Forlacroix lo sabía —contestó Maigret—. Todos los médicos consultados coincidieron: «¡Cásela! Es la única posibilidad de...».

—Entre casarla y tolerar que un individuo como Airaud...

—¿Cree usted, señor juez, que una joven víctima de tal enfermedad resulta fácil de casar? Forlacroix prefirió no darse por enterado. Se informó sobre Marcel Airaud. Comprobó que era un muchacho bastante honrado, a pesar de su historia con Thérèse... Se la contaré en otra ocasión. De momento les diré tan sólo que tampoco Marcel tenía la seguridad de que el niño de Thérèse fuera suyo. Además, Thérèse lo acosaba. Y Airaud estaba realmente enamorado de Lise, enamorado hasta el punto de querer casarse con ella, pese a todo. —Se tomó una pausa, golpeó la cazoleta de su pipa contra el talón y anunció con voz suave—: Iban a casarse dentro de poco.

—¿Qué dice?

—Digo que Marcel y Lise iban a casarse en un plazo de dos meses. Si conocieran mejor a Forlacroix, lo entenderían. Un hombre que tiene la paciencia de vivir durante años y años como él ha vivido... Observó largo tiempo a Marcel, y un día, cuando éste pasaba por delante de la casa, se abrió la puerta. Forlacroix, en el umbral, murmuró al joven asustado: «¿Le importaría pasar un instante?». —Maigret, de manera maquinal, empezó a darle cuerda a un reloj de pared parado—. Sé que ocurrió así porque también yo me he sentado junto a él delante de la chimenea. Debió de hablar con mucha tranquilidad; llenó cuidadosamente de oporto las copas de cristal y dijo..., dijo lo que tenía que decir: la verdad sobre Lise.

»Airaud, alterado, no supo qué contestar. Pidió unos días para pensarlo. Iba a aceptar, no cabe la menor duda. ¿Conoce a las personas sencillas y robustas como él, señor juez? ¿Las ha visto en las ferias de ganado? ¿Las ha oído cerrar un trato? Yo añadiré que Airaud se acordó del antiguo médico del *Vengeur*, con el que tiempo atrás había trabado amistad. Y se dirigió a Nantes.

La bocina de un coche. Sonidos muy largos e inesperados. Por la ventana vieron un automóvil de lujo, conducido por un chófer de uniforme que se apeaba del coche y se disponía a abrir la portezuela. Maigret y sus acompañantes estaban en el tocador de Lise, donde se hallaba el piano. Los tres presenciaron la escena desde la ventana.

—¡Horace Van Usschen! —exclamó Maigret señalando a un anciano que fue el primero en salir con movimientos secos y automáticos, como si sus articulaciones estuvieran sin engrasar.

Los del pueblo se agruparon en la esquina de la calle. Van Usschen lo reunía todo para divertirlos: traje de franela clara, zapatos blancos, enorme abrigo a cuadros y gorra de tela blanca. Vestido de esa guisa, podía pasar desapercibido en la Costa Azul, pero resultaba todo un espectáculo en L'Aiguillon, donde en los meses de verano sólo veían a turistas muy corrientes.

Era tan flaco y tenía tantas arrugas como Rockefeller, a quien en cierto modo se parecía. Tendió la mano hacia el interior del coche, y entonces apareció una mujer de gran estatura, envuelta en pieles, que recorrió la fachada de la casa con la mirada. Le dijo algo al chófer. Éste hizo sonar la bocina.

—¿Están de acuerdo, caballeros, en que dejemos al holandés en la calle? Al menos, por el momento.

Abrió la puerta, y la primera mirada le bastó para reconocer que el juez no había mentado: Valentine Forlacroix, de soltera Constantinesco, había sido bellísima, y seguía teniendo unos ojos admirables y unos labios sensuales que recordaban, a pesar de las comisuras caídas, los de Lise.

—¡Hola! Ya estoy aquí —anunció—. Adelante, Horace.

—Lo siento, señora, pero por ahora preferiría hablar a solas con usted. Es posible que también usted lo prefiera, ¿no?

Horace, ofendido, se metió de nuevo en el coche, se cubrió con una manta de viaje y permaneció inmóvil, indiferente a los chiquillos que acudían a contemplarle por las ventanillas.

—Ya conoce la casa. Si le parece, pasaremos a la biblioteca, donde está encendida la chimenea.

—Me pregunto en qué puede atañerme el asesinato de ese hombre —protestó al entrar en la habitación—. Es mi marido, de acuerdo. Pero llevamos demasiados años viviendo separados como para que sus andanzas actuales puedan interesarme.

El juez y el abogado ya habían bajado.

—El señor juez de instrucción le explicará que no se trata de sus andanzas actuales, sino de algo que les ocurrió a ustedes dos cuando todavía vivían juntos.

Un penetrante perfume invadió poco a poco la habitación. Con una mano llena de sortijas, y las uñas pintadas de color rojo sangre, Valentine Forlacroix abrió una pitillera que estaba sobre la mesa y buscó unos fósforos.

Maigret le ofreció uno ya encendido.

El juez de instrucción estimó que era ya hora de intervenir y de interpretar su papel.

—Sin duda usted no ignora, señora, que la justicia puede acusar de complicidad a cualquier persona que, sin participar en un crimen, lo haya presenciado sin denunciarlo a las autoridades.

¡La mujer tenía valor! Forlacroix no había mentido. Se tomó el tiempo de dar varias chupadas al cigarrillo. Con el abrigo de visón abierto sobre un traje de seda negra, adornado con un broche de brillantes, paseó por la amplia habitación, se detuvo delante del fuego, se agachó, empuñó las tenazas y levantó un tronco.

Cuando se dio la vuelta, ya no hacía teatro. Estaba dispuesta a luchar. Todo lo que su mirada había perdido en resplandor, lo había ganado en agudeza. Tenía los labios tensos.

—¡Muy bien! —dijo sentándose en una silla y apoyando un codo en la mesa—. Escucharé lo que tengan que decirme. En cuanto a usted, comisario, menuda trampa me ha tendido, ¿eh?

—¿Qué trampa? —preguntó, sorprendido, el juez de instrucción volviéndose hacia Maigret.

—No llega ni a trampa —masculló éste apagando la pipa con su pulgar—. Mandé un telegrama a la señora pidiéndole que viniera a dar explicaciones sobre la visita que realizó a su marido hace más o menos un mes. Ésta es, por otra parte, si me permite, señor juez, la primera pregunta que me gustaría que le hiciera.

—Ya lo ha oído, señora. Le informo que, debido a la ausencia de mi secretario, este interrogatorio no tiene carácter oficial, y que Monsieur Courtieux, aquí presente, es el abogado de su marido.

Ella exhaló una bocanada de humo con aire despreciativo y se encogió de hombros.

—¡Quería conseguir el divorcio! —exclamó.

—¿Por qué ahora y no antes?

Se produjo el fenómeno que había mencionado ya Forlacroix: en un segundo esa mujer cargada de joyas adquirió una vulgaridad molesta.

—Porque Van Usschen ya tiene setenta y ocho años, ¿me entienden? —confesó con crudeza.

—¿Y quiere casarse con usted?

—Lo decidimos hace seis meses, cuando su sobrino vino a sablearle después de perder centenares de miles de francos a la ruleta.

—Así pues, vino usted aquí. Y su marido, ¿la recibió?

—Sí, en el pasillo.

—¿Qué le dijo?

—Que no me conocía y que, por tanto, no había motivo para divorciarse.

Maigret estuvo a punto de aplaudir, porque le pareció una respuesta digna de Forlacroix. Escribió unas palabras a lápiz en un papel y se lo pasó al juez, porque ahora debía desempeñar un papel secundario.

—¿Qué hizo a continuación?

—Regresar a Niza.

—Disculpe, pero ¿no vio a nadie en L'Aiguillon?

—¿Qué quiere decir?

—A su hijo, por ejemplo.

Dirigió al comisario una mirada cargada de odio.

—Veo que este caballero es un auténtico soplón. Me encontré con mi hijo, en efecto.

—¿Se lo encontró?

—Fui a su casa.

—¿La reconoció, después de tantos años?

Se encogió de hombros.

—Eso no importa. En fin, le dije que no era hijo de Forlacroix.

—¿Está usted segura de eso?

—¿Puede una estar del todo segura de algo así? Le expliqué que yo quería el divorcio, pero que mi marido me lo negaba; y le dije que el juez era

un hombre cruel, que no tenía la conciencia limpia y que si él, Albert, conseguía convencerle de que se divorciara...

—En suma, se puso a su hijo de su parte. ¿Le ofreció dinero?

—Lo rechazó.

—¿Le prometió él ayudarle?

Señal de asentimiento.

—¿Le reveló usted el crimen de antaño?

—No. Me limité a decirle que, si yo quería, Forlacroix iría a la cárcel por largo tiempo.

—¿Le escribió después?

—Sí, para preguntarle si había avanzado algo.

—¿Ha oído hablar del doctor Janin?

—¡Jamás!

El juez de instrucción miró a Maigret con expresión interrogante, y el comisario murmuró:

—Si la señora está cansada, tal vez podríamos permitirle que fuera a almorzar. Tengo la sensación de que Monsieur Van Usschen se aburre en el coche.

—¿Estoy detenida?

—Todavía no —manifestó el juez de instrucción—. Pero le ruego que permanezca a disposición de la justicia. Si fuera tan amable de darme una dirección en La Roche-sur-Yon, por ejemplo...

—Bien. Pues el Hôtel des Deux Cerfs. Creo que es el mejor.

Todos se levantaron. Al salir, ella dirigió una sonrisa al juez de instrucción y otra al abogado, pero tuvo que contenerse para no sacarle la lengua o hacerle una mueca a Maigret, quien volvió a encender su pipa con regocijo.

LOS DEVORADORES DE PATATAS

—Veinte en corazones.

—Eso no es nada, amigo mío. Las cuarenta.

—¡Enséñalas! La de veces que te he hecho saltar esas cuarenta.

¿Qué hora era? El reloj de propaganda colgado de la pared estaba parado. Las bombillas llevaban un buen rato encendidas. Hacía calor. Las copas habían sido llenadas tres o cuatro veces y el olor a *marc* se mezclaba con el de las pipas.

—¡Mala suerte! ¡Juego triunfo! —exclamó Maigret echando una carta.

—Es lo mejor que puede hacer, comisario. Aunque a veces se encuentre con el nueve.

Era la cuarta o quinta partida a mil puntos. Maigret fumaba ligeramente recostado en la silla. Tenía de pareja al dueño del hotel, y los otros dos eran pescadores, uno de ellos el abuelo Bariteau, el viejo pescador de anguilas. A horcajadas sobre una silla, el inspector Méjat seguía la partida.

—Ya sabía yo que el nueve lo tenía usted.

—Dime, Méjat, ¿te acuerdas de cómo se llama el forense?

—Lo tengo anotado en el cuaderno.

—Pues llámalo, pregúntale si puede averiguar cuándo comió la víctima por última vez antes de morir. Y si fue una verdadera comida, ¿entiendes?

—¿Quién llevaba las cuarenta? Treinta y seis más.

El dueño contaba. Maigret parecía sumido en una placidez cálida y vulgar, y, si los demás le hubieran preguntado de repente en qué pensaba, la respuesta les habría asombrado mucho.

Se trataba de un viejo recuerdo, de la época del caso Bonnot, cuando Maigret era delgado y llevaba largos bigotes puntiagudos y perilla, cuellos

postizos almidonados, de diez centímetros de altura, y chistera.

«Fíjate, querido Maigret», le decía en aquella época su jefe, el comisario Xavier Guichard, quien llegaría a ser director de la Policía Judicial, «todas esas historias del olfato», siguió, pues la prensa acababa precisamente de mencionar su olfato infalible, «sólo sirven para la galería. En un caso criminal, lo más importante consiste en aislar el hecho, o los dos o tres hechos rigurosamente comprobados, aquellos que, suceda lo que suceda, permanecerán en su sitio y servirán de base. Después basta con ir empujando, lentamente y con seguridad, como se empuja una carretilla. Es un problema de profesionalidad, y lo que la gente llama olfato no es más que la casualidad». Por extraño que pueda parecer, a causa de ese recuerdo había aceptado jugar a las cartas, con gran estupor de Méjat.

Después del coche de Valentine Forlacroix y del holandés, se habían ido los otros dos vehículos, el del juez de instrucción y el del abogado. Maigret se había quedado solo por un momento, como desamparado, en medio de la calle. Forlacroix estaba en la prisión; su hija Lise, en un sanatorio. Antes de marcharse, el juez de instrucción había sellado la entrada principal de la casa.

Este último se había ido satisfecho, como si se llevara un botín. ¡A partir de ahora el caso era suyo! Sería él, en su despacho del Palacio de Justicia de La Roche-sur-Yon, quien ordenaría los interrogatorios, los careos...

«¡Vamos!», había mascullado Maigret de regreso al hotel. ¿Por qué se sentía como con el estómago revuelto? ¿Acaso no era siempre así? ¿Y no resultaba ridículo ese sentimiento que se parecía a los celos?

«¿Qué vamos a hacer ahora, jefe?». «¿Dónde tienes la lista que te di?». «Didine y su marido, Marcel Airaud, Thérèse, Albert Forlacroix... ¿Por quién comenzamos?». Había comenzado por jugar a cartas.

—Díganme, ¿aquí se arrastra?

—Sólo en triunfos. ¿Y en París?

—Depende. Ahí va el ocho.

En cierto momento, mientras su pareja contaba los puntos, sacó un lápiz y un cuaderno del bolsillo, él que casi nunca tomaba notas, y escribió, apretando con tal fuerza que rompió la punta del lápiz: «El doctor Janin llegó a L'Aiguillon el martes entre las cuatro y cuarto y las cuatro y media de la tarde».

Era el primer dato seguro, como habría dicho Xavier Guichard. ¿Y qué más? Estuvo a punto de añadir que, en el curso de la tarde, Janin había sido asesinado en la casa del juez. Pero eso ya no era seguro. El forense, al cabo de tres días, sólo había podido determinar de manera muy aproximada el momento de la muerte. Y nada demostraba...

«El miércoles por la mañana el cadáver de Janin estaba tendido en el suelo del maduradero de la casa del juez».

—Triunfo corazones. ¿Le vale? —le preguntaron, al ver su mirada perdida.

—¡Valen corazones! ¿A quién le toca abrir?

El dueño, respetuoso, se abstuvo de replicar con el tradicional: «Al imbécil que lo pregunta».

A partir de ese momento, Maigret echaba de vez en cuando una mirada a esas dos frasecitas que constituían los únicos datos seguros del caso. Méjat telefoneaba desde el aparato situado debajo de la escalera; cuando le tocaba hablar, adoptaba una horrible voz gutural.

—¿Y bien?

—El forense ha tenido que releerse el informe. Por el contenido del estómago, deduce que ingirió una comida normal. Había residuos bastante considerables de alcohol.

Méjat no acababa de entender la satisfacción de Maigret; éste echó su silla tan atrás que a punto estuvo de caerse y tuvo que agarrarse a la mesa.

—¡Vaya! —exclamó después de haber examinado sus cartas—, ¡así que el tipo comió!

Tal vez no fuera gran cosa. Sin embargo... Janin no había comido en el Hôtel du Port ni en el hotel de enfrente, y no había otros en L'Aiguillon.

—Escalera.

—¿A qué?

—Al rey. A propósito, el joven Forlacroix tiene un camión, ¿verdad?

—Sí, pero lleva quince días averiado.

Ningún conductor había declarado que hubiera acompañado a Janin a ningún sitio. De modo que si había comido...

—Méjat, ve a la carnicería y... Decidme: aquí sólo hay un carnicero, ¿verdad?

—Sí, y sólo mata un día a la semana.

—Pregúntale si aquel martes, entre las cuatro y las siete de la tarde, alguien le pidió una pieza buena.

—¿Quién?

—Da igual.

Méjat se puso el abrigo y se alejó rezongando. La puerta, al abrirse y cerrarse, dejó pasar una corriente de aire frío que se deslizó entre las piernas. Thérèse hacía punto sentada cerca de la estufa. Muy poco después de que la puerta se cerrara, se abrió de nuevo. Era Méjat, que hacía señas al comisario.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo decirle una palabra, jefe?

—Un momento. ¡Triunfo! ¡Mandan tréboles! Y tengo un as de diamantes que no me pillarán. ¡Les he ganado, señores! —Después se dirigió a Méjat—: ¿Qué ocurre?

—Didine está fuera. Quiere que salga usted inmediatamente; al parecer es muy urgente.

—Thérèse, dame mi abrigo y mi sombrero. Tú, sustitúyeme mientras tanto.

Encendió la pipa antes de salir. La noche era oscurísima. Helaba intensamente. Sólo se veían unas pocas luces en la calle y el escaparate, cubierto de anuncios, de la tienda de comestibles. La menuda silueta de Didine se pegó a la del comisario.

—Acompáñeme. No caminemos juntos; le basta con seguirme, que no se vea que yo le guío.

En una mano llevaba un saco medio lleno y en la otra una pequeña podadera, como las viejas cuando van a cortar hierba para los conejos. A los pocos metros pasaron por delante de la casa de Albert Forlacroix, y una silueta se movió en la oscuridad: el gendarme de guardia hizo el saludo militar.

De vez en cuando Didine se volvía para comprobar que el comisario la seguía, y de repente desapareció, como engullida por un negro vacío que se

abría a modo de boquete entre dos casas. Maigret se internó por el boquete. Una mano helada tocó la suya.

—¡Cuidado! Hay alambre de espino.

De día, el lugar debía de ser de lo más corriente. Pero en la oscuridad, conducido por aquella extraña brujita con su saco y su podadera, a Maigret le costaba captar la topografía. Tropezó con unas valvas de ostras, y después un fuerte olor a desperdicios le golpeó el olfato.

—Salte por encima. Hay una alambrada.

Unas coles heladas: estaba en un huerto, en la parte trasera de las casas. Había otros huertos parecidos, separados por viejas rejas. Se movió algo vivo: unos conejos en una jaula.

—Vine a buscar forraje para mis conejos —le dijo ella sin detenerse.

El pueblo, a fin de cuentas, no era más que una hilera de casas situadas a lo largo de la calle principal. Detrás de esas casas se hallaban los huertos; después se abría un foso que se llenaba de agua salada a la hora de las mareas, y, por último, estaba la marisma, que se extendía hasta el horizonte.

—No haga ruido, no hable. Vigile dónde pisa.

Sin soltarle la mano, instantes después rodeó una pared enjalbegada. El comisario adivinó una silueta cerca de un tragaluz débilmente iluminado. Y reconoció al aduanero, que se llevaba un dedo a los labios.

Le habría resultado muy difícil decir qué esperaba ver. En cualquier caso, no el espectáculo que un segundo después tenía ante sus ojos, tranquilo e inmóvil como esos decorados rústicos que permanecen inmutables durante generaciones y generaciones.

Justin Hulot había retrocedido para dejarle sitio en el tragaluz. Como estaba un poco bajo para el comisario, éste tuvo que agacharse. Al otro lado del cristal, una linterna colocada encima de una barrica arrojaba una luz amarillenta.

Maigret ya había calculado que debían de hallarse justo detrás de la casa de Albert Forlacroix. Y lo que escrutaban era el interior de una especie de cobertizo, que se alzaba al fondo del patio y que servía de almacén, como los que se encuentran en cualquier zona rural; estaba atestado de barricas vacías, cacharros de cocina, viejas herramientas oxidadas, sacos, cajas, botellas...

En una chimenea donde debían de preparar la comida de los animales, y en la que sin duda cocinaban también la matanza del cerdo en Navidad, ardían algunos troncos.

En el cobertizo había dos hombres, uno sentado encima de una caja y otro sobre un cesto puesto del revés. Llevaban las altas botas de goma dobladas a la altura de las rodillas, cosa que a Maigret le recordó a los tres mosqueteros.

Los dos eran altos, fuertes y jóvenes. Dos colosos extrañamente vestidos. Se trataba de la indumentaria típica de los mejilloneros pero, bajo esa luz, los dos hombres recordaban más bien a personajes salidos de algún cuadro de museo.

Uno sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo ofreció a su compañero, quien a su vez agarró un tizón del fuego. Hablaban. Se les veía mover los labios, pero por desgracia no se oía lo que decían.

Uno de los dos hombres, el que había sacado un cigarrillo del bolsillo y que ahora tomaba otro para él, era Albert Forlacroix. El segundo, sentado y de espaldas a la chimenea, era Marcel Airaud; era difícil reconocerlo, porque una barba rubia de varios centímetros le cubría el rostro.

Didine, cuyo flaco cuerpo rozaba el de Maigret, murmuró:

—Ya estaban ahí hace por lo menos una hora, cuando miré por primera vez. Empezaba a oscurecer. El joven Forlacroix salió un momento para buscar unas patatas.

Maigret no entendió la alusión a las patatas, que le parecía extravagante en un momento como ése.

—No quise entrar en el café. Di unos golpecitos en el cristal, pero usted jugaba a las cartas y no se fijó.

¡Vaya personaje! Así pues, a pasitos cortos y rápidos, se había ido a su casa y había enviado a su marido a que les vigilara.

¿Se debía a una casualidad que, al ir a cortar hierba para los conejos, hubiera descubierto a Albert Forlacroix? En caso contrario, ¿qué razonamiento la había llevado a ese lugar? Sin embargo, eso no era lo menos inquietante de la historia. Su marido se había alejado dos o tres metros y esperaba.

—Ya me imaginaba yo que Airaud volvería —añadió Didine.

—¿Y que buscaría a Albert Forlacroix?

—Cállese.

Como Maigret no sabía hablar en voz baja, era preferible que se callara.

—¿Piensa detenerlos a los dos? —preguntó ella en un murmullo.

El comisario no contestó. Siguió inmóvil. A sus espaldas, el faro de la Pointe des Baleines giraba en el cielo a un ritmo regular y a veces una vaca mugía en las marismas. La partida continuaba en el Hôtel du Port, y, sin duda, Thérèse estaría preocupada por la ausencia de Maigret.

En cuanto a los dos hombres... Hasta ese momento el comisario no había podido apreciar hasta qué punto se parecían físicamente. El mismo tipo de vida, el agua salada, las brumas y la brisa marina habían dado a su piel el mismo tono rosa subido, a la vez que decoloraban sus cabellos. Ambos tenían aspecto cachazudo, con esa pesadez de los que sostienen un combate incesante contra las fuerzas pacientes de la naturaleza.

Fumaban. Hablaban lentamente. Sus ojos estaban fijos en el fuego, y en cierto momento Marcel, con la punta de una barra de hierro, removi6 algo en la ceniza, mientras su rostro expresaba una sana alegría. Dirigió unas palabras al otro, que se levantó, alcanzó una puerta baja y se agachó para cruzarla. Cuando regresó, poco después, llevaba en la mano dos grandes vasos que fue a llenar en una barrica que estaba en un rincón.

¡Vino blanco! Maigret no había sentido en toda su vida tantos deseos de tomar vino blanco, tan sabroso le parecía éste. En cuanto a las patatas... Porque, en efecto, había patatas.

Todo eso le devolvía a los recuerdos de infancia, a los grabados que aparecen en los libros de Fenimore Cooper o de Julio Verne. Estaban en Francia, en el corazón mismo de una aldea francesa, y, al mismo tiempo, estaban muy lejos. Esos hombres podían ser unos tramperos, o unos náufragos en una isla desierta. Sus ropas de trabajo no pertenecían a ninguna época concreta. La barba espesa e informal de Marcel se sumaba a la ilusión.

Pues bien, lo que sacaba de las cenizas con su barra de hierro eran unas enormes patatas ardientes y ennegrecidas, cuya piel calcinada hacía saltar con sus gruesos dedos, dejando al descubierto la pulpa, amarilla y humeante, que se llevaba a la boca. Entonces su compañero se levantó, y casi rozó el techo

con la cabeza. Se sacó una navaja del bolsillo y cortó dos longanizas de una ristra que se secaba encima del hogar.

—¿Qué hacen? —murmuró Didine.

No le contestó. ¡Habría dado cualquier cosa por compartir esa cena improvisada, esas patatas asadas en la ceniza, esas longanizas resacas por el tiempo, ese vino que parecía tan refrescante!

Lo más desconcertante era la desenvoltura y la tranquilidad de los dos buenos mozos, que estaban lejos de suponer que tanto sus gestos como el movimiento de sus labios eran espiados.

¿De qué podían hablar? Estaban allí, confiados en sí mismos, confiados el uno al otro. Casi agachados, comían, cada uno con la navaja que había sacado del bolsillo, a la manera de los campesinos y los marineros. Hablaban sin prisas. De vez en cuando pronunciaban una breve frase, y después dejaban que regresara el silencio.

—¿No los detiene?

Maigret se estremeció, porque algo acababa de rozarle la pierna. Sólo era un perro, un pequeño cachorro de caza que debía pertenecer a algún vecino y que, en silencio, se frotaba contra él.

—¡Justin! —llamó Didine.

Le señaló el perro, pues podía ladrar de un momento a otro. El aduanero lo agarró por el pescuezo y se alejó con él.

Al otro lado del tragaluz no se veía ninguna alegría. Ni preocupación ni alegría. Una densa tranquilidad. Albert se levantó para cortar más longanizas y por un instante, cuando se dio la vuelta, Maigret pensó que lo descubriría a través del cristal. Pero no fue así.

Al fin se limpiaron la boca y encendieron sendos cigarrillos. Airaud bostezó. ¿Cuánto tiempo llevaba, acosado como estaba por la gendarmería, sin dormir en paz? Se limpió los dientes con la punta de la navaja y apoyó la cabeza en la pared.

Una vez más, el joven Forlacroix desapareció. En esta ocasión se ausentó por más tiempo y Maigret empezó a preocuparse. Empujó al fin la puerta con el pie. Venía cargado. Llevaba un colchón doblado en dos sobre la cabeza, y mantas y una almohada debajo del brazo. Marcel le ayudó. Demostraron incluso una inesperada preocupación por la limpieza. Antes de extender el

colchón en el suelo, Airaud sacó de un rincón una vieja escoba de cuadra y barrió el suelo de tierra batida.

El aduanero, que se había librado del perro, había regresado a su puesto y esperaba sin impaciencia.

—¿No los detiene? —murmuró una vez más Didine, que tenía escalofríos.

Airaud se quitó el chaquetón de hule y se sentó en el suelo para desabrocharse las botas. Después se quitó los calcetines y se frotó largo rato, con una extraña dedicación, los pies tumefactos. El otro le hizo una pregunta. ¿Quería agua caliente para lavarse los pies?, hubiera jurado Maigret que le preguntaba. Marcel se desperezó una vez más y acabó por tenderse cuan largo era sobre el colchón, con un suspiro tan sonoro que desde fuera tuvieron la impresión de oírlo.

Albert Forlacroix agarró la linterna, echó una mirada a su alrededor y frunció el ceño al ver el tragaluz. ¿Lo había olvidado? ¡No! ¡Se tranquilizó! Sabía que daba a las marismas.

Un extraño gesto: una fuerte palmada en la pelambreira de su compañero. Inmenso y pesado, con la linterna balanceándose en el brazo, se alejó y cerró la puerta tras de sí.

—¿Se puede salir de la casa por ahí? —preguntó Maigret después de haber alejado a Didine del tragaluz.

Ella señaló un murete que limitaba el patio de Forlacroix.

Maigret dejó al aduanero vigilando. Y se enredó de nuevo con los restos de ostras, las basuras y los cascotes de botellas; abandonó a Didine en la calle y se dirigió a la gendarmería.

Después de sustituir a Hulot por un gendarme, volvió de nuevo a la calle. Didine seguía allí, con su saco medio lleno de hierba y su podadera. Le pareció que le miraba con aire burlón.

—Vamos, ¿qué me dice? Creo que si no fuera por la vieja Didine... ¿Cuántos gendarmes lanzó usted tras él? ¡Vaya con los gendarmes! —rió con desprecio—. Pero nadie se toma la molestia de venir a verme, cuando yo podría...

—Vuelva a su casa —le aconsejó Maigret—. Esta noche, o mañana...

—... ¡o cuando las ranas críen pelos! —exclamó ella, desilusionada—. Ven, Justin. Para colmo, apuesto lo que sea a que inventarán el modo de no meterles en la cárcel.

El gendarme apostado delante de la casa de Albert Forlacroix ya no estaba escondido en las sombras, sino en medio de la calle.

—¿Ya ha salido? —preguntó Maigret.

—Mire, ¿ve esa silueta, detrás de la tercera farola de gas? Es él. Está abriendo la puerta del hotel.

Maigret la abrió a su vez al cabo de unos minutos. La partida de cartas proseguía. Como era de esperar, Méjat discutía todas las jugadas.

—Yo le digo que si usted me hace una indicación indirecta... Al fin ha vuelto, comisario. Resulta que si juego corazones cuando...

Albert Forlacroix se había sentado a solas ante una larga mesa donde cabían diez personas. Seguía de lejos la partida. Thérèse había dejado delante de él una botella de vino blanco, pero el joven no parecía tener prisa en saborearlo.

—¡Vaya! —gruñó Maigret, acordándose del vino escanciado de la barrica, de las patatas y las longanizas.

—¿Recupera su sitio, jefe?

—Ahora no. Sigue tú.

No se había quitado el abrigo. Se palpó espiondo al joven, que había estirado sus largas piernas.

¿Se sentía en forma? ¿Tenía el valor suficiente? Si empezaba, no tendría más remedio que llegar hasta el final. El reloj de propaganda seguía parado. Consultó el suyo: eran las siete. Thérèse ponía los cubiertos.

¿Cenaría primero o bien...?

—¡Deme media botella de blanco, Thérèse! —ordenó.

¡Seguro que no se parecería al vino blanco que los otros habían bebido!

Albert Forlacroix, ensimismado, le seguía con la mirada.

—Dime, Méjat...

—Sí, jefe. Lo siento, me olvidaba de anunciar mi escalera...

—¡Buena es!

—¿Y el carnicero?

—Acaba de pasar. Se lo he preguntado, pero no se acuerda. Si hubieran ido a pedirle una pieza de calidad a esa hora, dice que se acordaría.

Maigret giró en redondo. Seguía palpándose. Bajó los dos escalones que le separaban de la cocina y levantó la tapa de las cacerolas.

—¿Qué nos ha preparado hoy para la cena, señora?

—Guisado de hígado de ternera. Espero que le guste. No se me ocurrió preguntárselo.

En vista de ello, se decidió. Le horrorizaba el hígado de ternera en todas sus variantes.

—Méjat, cuando hayas terminado, date una vuelta por el Ayuntamiento. ¿Está encendida la estufa?

—Lo estaba hace un momento.

Al fin se plantó delante de Albert Forlacroix.

—¿Qué le parece si charlamos un momento? Aquí no; en mi despacho. ¿Ha cenado, por lo menos?

El otro se levantó sin decir palabra.

—En marcha, entonces.

Y los dos se alejaron en la noche.

INTERROGATORIO

Alguien del *Quai des Orfèvres*, por ejemplo Lucas o Janvier, no habría necesitado observar largo rato a Maigret para entenderlo. ¡Incluso de espaldas era elocuente! ¿Era tal vez porque se redondeaba? ¿O porque los hombros se estrechaban? El caso es que si hubieran visto perfilarse esa espalda por el largo pasillo de la Policía Judicial, y si Maigret hubiera hecho pasar, sin decir palabra, a un hombre en su despacho, los inspectores habrían cruzado una mirada. «¡Hum! Ahí va un testigo que sabe cuándo entra pero que no sabe...». Y sin mostrar el menor asombro, dos o tres horas después, habrían visto llegar al camarero de la Brasserie Dauphine con bocadillos y cervezas.

Aquí nadie seguía con la mirada a Maigret ni a su acompañante mientras caminaban por la calle oscura.

—¿Le importa esperarme un segundo?

El comisario entró en la pequeña tienda de comestibles, llena de extraños olores, y compró tabaco de pipa y fósforos.

—Deme también un paquete de cigarrillos. ¡No, dos paquetes!

En un tarro vio, pringosos, los caramelos que tanto le gustaban cuando era niño, pero no se atrevió a comprarlos. Durante el camino, Albert Forlacroix callaba, esforzándose a todas luces por adoptar un aire desenvuelto.

La verja, el patio del Ayuntamiento y después, en el despacho, una densa bocanada cálida y una estufa al rojo vivo en la oscuridad.

—Pase, Forlacroix. Póngase cómodo.

Maigret encendió la luz, se quitó el sombrero y el abrigo, echó más carbón en la estufa y dio dos o tres vueltas a la habitación; en momentos como aquéllos, le cruzaba por el rostro una especie de destello de

nerviosismo. Iba, venía, miraba aquí y allá, cambiaba un objeto de sitio, fumaba y gruñía, como si esperara algo que no acababa de llegar. Ese algo era sentirse a sus anchas en su piel, como solía decir para evitar la palabra inspiración.

—Siéntese. Puede fumar.

Esperó el gesto de Forlacroix, quien, como muchos campesinos, sacaba los cigarrillos directamente del bolsillo de su chaqueta, donde guardaba el paquete abierto; le dio fuego y después, antes de sentarse a su vez, recordó el tragaluz; se fijó entonces en la ventana del Ayuntamiento y quiso cerrar los postigos, pero no consiguió abrir la ventana y se limitó a correr una cortina polvorienta.

—¡Ya está! —suspiró sentándose con evidente satisfacción—. ¿Qué me cuenta, Forlacroix?

El interrogatorio iba a comenzar. Albert estaba suspicaz. Con el cuerpo echado un poco hacia atrás, porque sus piernas eran demasiado largas para la silla, espiaba al comisario sin intentar ocultar su rencor.

—¿Es usted quien ha hecho venir a mi madre? —preguntó tras un instante de silencio.

Así pues, la había visto, bien cuando bajó del vehículo, bien cuando subió a él. También había visto al holandés, a Horace Van Usschen.

—El testimonio de su madre era indispensable —contestó Maigret—. Ahora está en La Roche-sur-Yon. Sin duda pasará allí unos días. ¿Piensa ir a verla? —Y, contemplando al joven, pensaba: «Tú, muchacho, odias tanto a tu padre, o a quien pasa por serlo, como adoras irracionalmente a tu madre». Después, de repente, sin pausa, añadió—: Cuando se vieron por última vez, ella le confirmó que Forlacroix no era su padre, ¿verdad?

—Yo ya lo sabía —refunfuñó Albert mirándose las botas.

—Apuesto a que desde hace mucho tiempo. Veamos, ¿a qué edad lo descubrió? Debió de ser penoso para usted, ¿no?

—Al contrario.

—¿Ya detestaba al juez Forlacroix antes de saberlo?

—No le quería.

Un tipo prudente. Sopesaba sus palabras, como un campesino en la feria de ganado, y, fueran cuales fuesen sus sentimientos, procuraba controlarlos,

tal vez porque conocía la fuerza de su ira.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Unos dieciséis años. Estaba interno en el instituto de Luçon, y me sacaron de allí por unos días. Mi padre, quiero decir Forlacroix, había llamado a un famoso médico de París. Al principio pensé que era para mi hermana, pero también era para mí.

—¿Su hermana ya era... un poco rara?

—No era del todo como las demás.

—¿Y usted?

Albert se estremeció y le miró a los ojos.

—Nadie me dijo jamás que yo fuera anormal. En el instituto era un alumno excelente. El médico me examinó durante horas, me sacó sangre, hizo análisis... El juez estaba detrás de él, preocupado, excitadísimo, hablando de cosas que yo no entendía; o, mejor dicho, hablaba de tipos de sangre, yo qué sé, de sangre A y de sangre B. Durante varios días esperó con impaciencia los resultados de los análisis y, cuando llegó un papel con el membrete de un laboratorio de París, me miró fríamente, con una especie de sonrisa glacial, como si se liberara al fin de un gran peso. —Albert hablaba lentamente, sopesando sus palabras—. Pregunté a los chicos mayores del instituto, y me enteré de que un niño tiene, inevitablemente, el mismo tipo de sangre que sus padres y que en algunos países esa prueba es admitida por los tribunales para establecer la paternidad. Pues bien, mi sangre no era del mismo tipo que la del juez. —Pronunció la última frase casi con aire de triunfo—. Pensé en escaparme, pero no tenía dinero. Me habría gustado irme con mi madre, pero no tenía su dirección, y el juez callaba en cuanto yo la mencionaba. Proseguí mis estudios, luego hice el servicio militar, y cuando me licenciaron decidí vivir como la gente de aquí.

—Su temperamento le empujaba preferentemente a las actividades violentas, ¿no es cierto? Pero, dígame, ¿por qué se quedó en el mismo pueblo que el juez?

—A causa de mi hermana. Alquilé una casa y empecé a trabajar en los viveros. Fui a ver al juez y le pedí que me entregara a Lise.

—¡Se negó, evidentemente!

—¿Por qué dice «evidentemente»? —preguntó, y la suspicacia apareció de nuevo en su mirada.

—Porque el juez parece adorar a su hija.

—¿Adorar? ¡Yo diría más bien odiar! —masculló Albert entre dientes.

—¿Usted cree?

—Sea como sea, a mí me odiaba. —Se levantó de repente—. ¿Qué tiene que ver todo esto con su caso? Usted ha querido tirarme de la lengua, ¿verdad?

Su mano buscó en el bolsillo, no encontró ningún cigarrillo y Maigret le ofreció el paquete que había comprado para él.

—Siéntese, Forlacroix.

—¿Es cierto que el juez ha confesado?

—Confesado, ¿el qué?

—Sabe muy bien a qué me refiero.

—Ha confesado un antiguo crimen. Tiempo atrás, en Versalles, sorprendió a su madre con un hombre y lo mató.

—¡Ah!

—Dígame, Forlacroix... —Un silencio. Una grave mirada de Maigret—. ¿Era usted amigo de Marcel Airaud?

Nuevo silencio. El alcalde había dejado, como de costumbre, unas botellas de vino en la mesa y Maigret se sirvió una copa.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada. O poca cosa, en efecto. Ustedes dos tienen casi la misma edad. Él es mejillonero, como usted, y deben de encontrarse en todas partes, en el mar, en el baile, ¿qué sé yo? Me refiero a la época en la que él todavía no entraba en la habitación de su hermana por la ventana.

—Éramos amigos, sí.

—Usted vive solo, ¿verdad? Resulta bastante extraño, a su edad, este gusto por la soledad. Y su casa es bastante grande.

—Viene una mujer todos los días a hacer la limpieza.

—Ya lo sé. ¿Y para comer? ¿No me dirá que cocina usted mismo?

Con la mirada sombría, Albert Forlacroix se preguntaba adonde quería llegar el comisario.

—A veces; pero no como demasiado: una loncha de jamón, unos huevos, algunas ostras como entrante. De vez en cuando voy a comer al Hôtel du Port.

—Es curioso...

—¿Qué es curioso?

—Nada, ¡usted! En fin, vive en L'Aiguillon como si viviera en plena selva. ¿Ha pensado alguna vez en casarse?

—No.

—¿Y su amigo Airaud?

—No es amigo mío.

—Ya no es amigo suyo, es cierto. Por lo que parece, ustedes dos se pelearon cuando comenzó a correr el rumor de que él pasaba las noches con su hermana, ¿no?

Ahora el malestar de Forlacroix se hizo visible. Al comienzo, a pesar de su desconfianza, no había concedido demasiada importancia a las preguntas de Maigret. Y ahora, de repente, tenía la sensación de estar apresado en una red de malla estrecha. ¿Adónde quería llevarle el comisario? Le servía copas, le ofrecía un paquete de cigarrillos... «Beba, fume, póngase cómodo. Todavía tenemos para rato». Entonces Forlacroix se prometió, y esa idea pudo leerse en su rostro: «¡No diré nada más! ¡Ya no contestaré a sus preguntas!».

Maigret dio unos pasos por la habitación y contempló el busto de la República.

—¿No tiene hambre?

—¡No!

—¿Ya ha cenado? Yo, en cambio, tengo un hambre canina. ¡Lástima que no se me ocurriera traer unas cuantas patatas!

«¡Anda, vamos! ¡Estremécete, amigo mío! No cabe duda de que tienes sangre fría».

—En suma, Airaud y usted, con lo buenos mozos que son, deben de ser como los dos gallitos del pueblo. Todas las muchachas les persiguen...

—No me interesan las muchachas.

—¡Pero a Airaud sí le interesan! ¡Llega incluso a dejarlas embarazadas! Cuando usted se enteró de que era el amante de su hermana, supongo que se

indignó. No comprendo cómo no hubo más incidentes.

—Bueno, nos peleamos.

—Más de una vez, imagino. Porque él continuó. Es bastante desconcertante. Yo conozco poco a Marcel. Usted, que le conoce mucho mejor que yo, ¿no cree que el chico está sinceramente enamorado de su hermana?

—No lo sé.

—En cualquier caso, eso dicen algunos. También se rumorea que tenía la intención de casarse con ella y que había llegado a un acuerdo con el juez. Si eso es cierto, ustedes dos se habrían reconciliado, ¿verdad? Él se habría convertido en su cuñado. Lástima que Marcel haya huido, porque eso no habla demasiado en su favor. Es más, le confesaré que tengo una orden de detención contra él. ¿Qué motivo le ha empujado, si no es culpable, a desaparecer de esa manera y ocultarse en las marismas?

Albert fumaba un cigarrillo tras otro. A veces se oían unos sonoros pasos en la calle, gente que iba a jugar su partida al café del Hôtel du Port.

Y el interrogatorio continuaba. En ocasiones, cuando estaba de cara a la pared, Maigret dejaba asomar a su rostro una expresión de desánimo. Había tenido a otros delante de él durante horas; los había habido listos, retorcidos, y algunos que contestaban de inmediato. El más famoso de sus interrogatorios en el *Quai des Orfèvres* había durado veintisiete horas, y tres personas se habían relevado para no dejar al hombre ni un minuto de reposo. Pero tal vez jamás se había enfrentado a una masa tan inerte y difícil de irritar como Albert Forlacroix.

—Creo que Marcel es hijo único. Y su madre es viuda, ¿no? ¿Posee algunos bienes? Se lo pregunto porque, si le declaran culpable, la vida de esa pobre mujer...

—No se preocupe por ella. Es más rica que la mayoría de los habitantes de L'Aiguillon.

—¡Menos mal! Porque cuanto más lo pienso... Mire, ¿quiere que le cuente, así, en confianza, cómo han ocurrido las cosas? Discúlpeme un momento, tengo que hacer una llamada. Estaba a punto de olvidarme, y habría podido ser grave. Sí, señorita, soy yo, sí. Mi deuda en bombones... ¡No! Es cierto, usted prefiere los *marrons glacés*. En fin, mi deuda es cada

vez mayor... Ya sé que la oficina está cerrada. ¿Le importaría, sin embargo, ponerme con Nantes?... La Brigada Móvil, sí. Gracias, señorita. — ¡Adelante! Ahora no podía aflojar el hilo; había que mantener a Forlacroix en vilo—. Al principio Marcel sólo pensó en divertirse, cosa que, a su edad, es bastante comprensible; poco le importaba entonces que Lise no fuera del todo como las demás. Pero después se enamoró, e incluso concibió la posibilidad de casarse con ella. ¿No se lo contó a usted, en aquel momento?

—¡No nos hablábamos!

—Lo había olvidado. Si Marcel habló con el juez, también habría podido ir a verle a usted, decirle que no era lo que usted creía, que tenía buenas intenciones. Pero, ¡en fin!, si me dice que no lo hizo... ¿Sí? ¡Sí!... Aquí, Maigret. Dígame... Sí, tengo que pedirle un favor... ¿Tienen ustedes la dirección de la sirvienta del doctor Janin?... ¡Bien! Sería un encuentro oficioso. Es preciso que ella acepte declarar voluntariamente; si no, tendríamos que esperar a mañana para que la citara el juez de instrucción... Me gustaría que la trajeran aquí. Esta noche, sí. No son más de veinte kilómetros... ¿Dónde? Probablemente estaré en el Ayuntamiento... ¡No! No le diga nada. ¡Gracias! —Colgó y adoptó su expresión más cordial—. ¿Me disculpa? Una formalidad que había olvidado. Imagine que la gendarmería le eche el guante de un momento a otro a Airaud; acabarán por encontrarle, ¡qué diablos! La marisma no es el desierto. Bien, voy a contarle cuál es mi hipótesis. Marcel decide casarse, pero su madre se empeña en disuadirle de contraer matrimonio con una muchacha anormal. Él mismo, pese a que la ama, está un poco preocupado.

La verdad es que hacía calor, y la estufa zumbaba. Pero ¿era el calor lo que llenaba de gotas de sudor la frente de Forlacroix?

—Entonces Marcel recuerda que uno de sus antiguos compañeros, de cuando navegaba a bordo del *Vengeur*, ejerce de médico en Nantes. Acude a verle y le pide consejo, pero Janin no puede decir nada sin ver antes a la joven. Los dos deciden que el médico vendrá a L'Aiguillon para examinarla.

Albert aplastó su cigarrillo con la suela de la bota y encendió otro.

—Confiese que esa hipótesis se sostiene desde un punto de vista psicológico. Aunque no le conozco tan bien como usted, su antiguo amigo Airaud es fundamentalmente un campesino, así que por naturaleza actúa con

prudencia. Quiere casarse, pero antes le gustaría asegurarse de que su futura esposa no está loca de remate. ¿Qué le parece?

—¡No lo sé! —exclamó secamente Albert.

—Tómese su copa. ¿Sigue sin tener hambre? En mi opinión... Tal vez me equivoque, pero, en mi opinión, Marcel no se atrevía a confesarle sus dudas al juez. En pocas palabras, y hablando sin tapujos, el juez le entrega su hija, pero se la entrega tal como es. Por lo demás, si estuviera sana y normal, probablemente jamás se le ocurriría casarla con un mejillonero. —De repente Maigret se volvió vulgar, y rió con la risa grosera de un viajante de comercio que cuenta chistes obscenos—. ¿Se imagina a nuestro Airaud diciéndole a su futuro suegro: «¡De acuerdo! Es usted muy amable. Me quedo con su hija, pero después de someterla a un examen médico»?

Una mirada de Albert, una mirada llena de odio. El comisario fingió no verla.

—Así que decide que alguien examine a la joven a espaldas del juez. Esto explica, en mi opinión, que eligiera un martes. Los martes por la noche, Forlacroix se encierra durante horas en el gran salón de la planta baja con sus amigos; charlan animadamente, beben, ríen. Por lo tanto, nadie se enterará de lo que ocurre arriba. Pero hay algo que me preocupa, Albert. ¿Me permite que le llame así? Sí, me preocupa un detalle. Aunque Janin es un extravagante y, hablando claro, un cabeza loca, existen, de todos modos, ciertas reglas que el cuerpo médico tiene la costumbre de respetar de manera escrupulosa. Sin embargo, piense en cómo se encadenaron los acontecimientos, y dígame: ¿no hay algo que no acaba de encajar?

También él tenía calor. Se secó la frente y llenó una pipa. En esos momentos comprendía el esfuerzo de, por ejemplo, un artista de *music-hall*, que debe sostener a su público a pulso, mantener, cueste lo que cueste, durante muchos minutos, a una multitud en vilo.

Delante de él sólo había un hombre. Pero ¡qué mal público! El espectador era de los que proclaman de antemano: «¡Menuda estupidez! ¡A mí no me engaña!».

—Preste atención, querido Forlacroix. Janin baja del autobús. Airaud debe de haberle citado en algún lugar, no lejos del Hôtel du Port. No quiere

que nadie se entere de esa visita. ¿Por qué Janin siente la necesidad de entrar en el café y avisar de que irá a cenar?

»En fin, el caso es que sale del hotel y se encuentra a Marcel. Es demasiado pronto para ir a casa de los Forlacroix, pues los invitados del juez todavía no han llegado. Imposible ver a la joven a solas antes de las nueve de la noche. Dígame, ¿qué pudieron hacer los dos hombres durante todo ese rato? Llovía, y no me los imagino paseándose en la oscuridad durante horas. Es curioso que nadie de L'Aiguillon les viera.

»¡Además, cenaron! Por lo menos Janin. Tenemos la prueba, y se lo cuento aunque sea uno de los secretos del sumario. Al hacerle la autopsia, aparecieron en su estómago los restos de una comida bastante abundante. ¿Dónde cenaron, eh? —Maigret, que paseaba, se detuvo un instante y dio una fuerte palmada en el hombro de Forlacroix—. ¡Y eso no es todo, amigo mío! Llegan los invitados a la casa: Brénéol, su mujer, su hija, después los Marsac. Es el momento propicio. Pero hay que llegar hasta su hermana Lise, que está en su habitación, en el primer piso.

»Marcel está acostumbrado a trepar por el muro. Me pregunto si también el doctor Janin, por muy original que fuera, accedió a encaramarse por la terraza. Es la única hipótesis posible. ¿Airaud le acompañó? La verdad es que el drama se produjo con toda probabilidad antes de la medianoche, como usted mismo demostró.

—¿Yo?

—¡Claro que sí, amigo mío! ¿Olvida sus declaraciones? Tenga en cuenta que el juez las confirmó de cabo a rabo. Cuando el juez subió al primer piso, después de que los invitados se marcharan, es decir, a medianoche, le encontró a usted sentado en el último peldaño de la escalera. —Un silencio. Una nueva pipa. Más carbón en la estufa—. De hecho, ¿por qué, después de pelearse con el juez, conservó usted una llave de la casa?

—Para poder ver a mi hermana.

—¿Y aquella noche la vio?

—¡No!

—¿Y no oyó ningún ruido, ni en el dormitorio ni en el maduradero, a cuya puerta estaba casi pegado? Por esta razón sostengo que en ese momento ya había ocurrido todo. —Bebió a grandes sorbos una copa entera de vino y

se secó los labios—. Eso parece excusar al juez Forlacroix, pero no es así. ¿Cuánto rato pasó usted en la casa antes de que se despidieran los invitados? No mucho, supongo, porque usted conocía la hora habitual de su marcha.

—De cinco a diez minutos.

—De cinco a diez minutos. Ahora bien, estaban jugando al bridge... En el bridge, siempre hay uno que no juega... A lo largo de la velada, Forlacroix pudo aprovechar el rato en que no jugaba para subir arriba y comprobar que todo seguía tranquilo. Se topa con un desconocido, tiene al alcance de la mano un martillo, golpea...

—¿Adónde quiere usted llegar? —preguntó Albert Forlacroix.

—A ninguna parte. Simplemente, hablamos. Hace mucho que quería charlar con usted de todas estas cosas. Ahora se impone una pregunta: ¿entró Marcel Airaud en la casa al mismo tiempo que el doctor Janin?

—¿A mí me lo pregunta?

—¡Claro que no! ¿Cómo podría usted saberlo? Marcel pudo haber entrado con él y asistir a la consulta. También es posible que se limitara a anunciar esa visita a su hermana Lise, quien, salvo durante las crisis, es bastante razonable. Como ve, amigo mío, caben todas las hipótesis. Si Airaud entró en la casa, no es inverosímil que se peleara con Janin. ¿Y si éste le dijo, por ejemplo: «No se puede casar con esta muchacha»? ¡Él la quiere! Le ha pedido consejo. Pero quién sabe si, en el momento en que le revelaron... Hasta su propia hermana pudo...

—¿Cree usted que mi hermana habría sido capaz de...?

—¡Cálmese! ¡Le repito que sólo estamos charlando! Examinamos todas las posibilidades. Janin la ausculta, le formula las preguntas precisas, e incluso indiscretas, que un médico se cree con el derecho de formular. Ella sufre una crisis, o simplemente le aterra que el médico impida que Marcel se case con ella. —¡Uf! Se le habían encendido los pómulos y le brillaban los ojos—. Por eso es tan importante saber si Airaud había entrado en la casa o esperaba fuera. Es evidente que su huida no habla en su favor. Quien no tiene nada que reprocharse no suele correr a ocultarse. A no ser que... —Parecía reflexionar profundamente y, una vez más, propinó una palmada en el hombro de su interlocutor—. ¡Sí, claro! Nos dará una buena respuesta... cuando se le detenga. De momento, supongamos que Marcel se queda fuera.

Espera, y ve que su amigo no regresa. Avanzada la noche, trepa hasta la terraza, entra en el maduradero y descubre el cadáver del médico. Piensa que lo ha matado Lise. Comienza la investigación, y teme que sospechen de ella. La quiere. Entonces, para alejar las sospechas de su novia, finge escapar. ¿Es una manera de ganar tiempo, de conseguir quizá que se archive el caso? ¿Qué le parece?

—¡Yo no digo nada!

—Usted, claro está, no tiene la más remota idea del lugar en que se oculta Airaud. No, no me conteste todavía. Usted ha sido amigo suyo, y ahora iba a convertirse en su cuñado: sería fácil comprender que no quisiera entregarlo a la justicia. Digo que sería fácil entenderlo en el plano humano, pero no ocurriría lo mismo en el plano policial. ¿Ve la diferencia? Supongamos que usted ha visto a Marcel después de su fuga y que no lo delata; sólo es una suposición. Quizá Marcel merodee por el pueblo. Sería difícil no sacar de todo ello determinadas conclusiones.

—¿Qué conclusiones? —preguntó Albert con voz cansada, descruzando las piernas y cruzándolas en el otro sentido, mientras la ceniza del cigarrillo le caía sobre la chaqueta.

—Podríamos pensar, por ejemplo, que también usted intenta exculpar a su hermana. Usted pasó de cinco a diez minutos en el rellano, pero no tenemos la prueba. Aquella noche no entró en el café, ¿verdad?

—Salí del café a las nueve y no volví.

—Es indudable que tenía la llave de la habitación de su hermana. Lo ha admitido usted mismo al decir que había conservado, para poder verla, la llave de la puerta de entrada. Esa llave habría sido inútil si para entrar en el dormitorio... Pero también es indudable que extravió esta segunda llave, porque cierta noche le vi reventar la puerta del dormitorio de un empujón... ¿Estaba usted demasiado nervioso o pretendía engañarme?

Silencio. El joven reflexionaba con la mirada fija en el suelo polvoriento. Cuando alzó la cabeza, había tomado una decisión.

—¿Se trata de un interrogatorio?

—Se trata de lo que usted quiera.

—¿Estoy obligado a contestar?

—¡No!

—En ese caso, no tengo nada que decir —replicó, y aplastó el cigarrillo con su bota.

Maigret recorrió la habitación dos o tres veces más, comprobó que ya no quedaba vino en la botella y giró la manivela del teléfono.

—¡Ah! ¿Todavía está levantada, señorita? ¿Puede ponerme con el café del Hôtel du Port? ¡Gracias!... ¿Es usted, Thérèse? Avise al inspector Méjat, hija mía... ¿Méjat? Escucha, amigo mío, ¿te importaría pasar por casa de Albert Forlacroix?... Cruza el patio y, al fondo, encontrarás una especie de cobertizo. Hay un hombre durmiendo en un jergón... ¡No! No creo que sea peligroso. De todos modos, sé cauto... Sí, ponle las esposas, es más seguro. Y tráemelo... Muy bien... ¿Forlacroix? No protestará, no... Lo tengo delante de mí, y está de acuerdo. —Maigret colgó con una sonrisa—. El inspector Méjat temía que usted interpusiera una querrela por violación de domicilio. Es evidente que no tenemos ningún derecho a entrar, sobre todo en plena noche, sin orden judicial. ¿Un cigarrillo? Sin cumplidos, ¿eh? Si hubiera ido yo en persona, creo que no habría resistido la tentación de descolgar una de esas succulentas longanizas que cuelgan encima de la chimenea. —Y después, amablemente, añadió—: ¿Hace mucho de la matanza del cerdo?

LOS GUISOS DE DIDINE

En los minutos siguientes, Maigret pareció haber olvidado a su interlocutor. Comenzó por sacar el reloj de su bolsillo; le dio cuerda lentamente, con un cuidado exagerado, lo soltó de su cadena y lo dejó sobre la mesa como si, desde ese momento, el paso del tiempo cobrara importancia.

Después esperó. Albert Forlacroix no se movió ni suspiró. Debía de sentirse incómodo en su poco confortable silla. Sin duda tenía ganas de moverse, quizá de rascarse la mejilla o la nariz, o de cruzar y descruzar las piernas. Pero, precisamente porque Maigret mantenía una absoluta inmovilidad, su orgullo le obligó a imitarle.

Desde donde estaba no podía ver que el comisario fingía estar absorto en la contemplación de la estufa. De lo contrario habría sorprendido una leve sonrisa que sonaba casi a travesura. ¡Bah, todo eso no era sino un viejo truco, pequeñas artimañas para desconcertar a un pobre tipo!

Pasos en el exterior. Maigret se dirigió tranquilamente a abrir la puerta. Marcel Airaud estaba delante de él, con las esposas en las muñecas, y el inspector Méjat, consciente de su importancia, sostenía esas esposas; un gendarme le seguía en la oscuridad.

Marcel no parecía alterado, y si parpadeaba, se debía únicamente a que la luz le sorprendió. Se quedó de pie mientras Forlacroix permanecía sentado.

—Llévate a ése al otro lado —ordenó Maigret al inspector, señalándole a Albert.

El «otro lado» era la sala de fiestas, con sus paredes blancas, guirnaldas de papel colgando del techo, y los bancos dispuestos alrededor para las madres. Una puerta acristalada separaba las dos piezas.

—Siéntese, Airaud. Estaré con usted dentro de un momento.

Pero el muchacho prefirió seguir en pie. Maigret dio instrucciones, apostó al gendarme junto a Forlacroix y envió a Méjat en busca de bocadillos y botellines de cerveza.

Todo se desarrollaba como a cámara lenta. Forlacroix y Airaud debían de asombrarse de la conducta del comisario. Sin embargo, el engranaje los había engullido desde hacía un buen rato.

¿Tenía Marcel Airaud sentido del humor? Cabía pensarlo. No parecía dejarse impresionar en lo más mínimo por la flema aplastante del comisario. Seguía con la mirada sus idas y venidas, y permanecía de pie, con una vaga sonrisa flotando en los labios.

Al otro lado de la puerta acristalada, Forlacroix se había sentado en un banco, de espaldas a la pared, con las piernas estiradas, y el gendarme, que se tomaba su papel en serio, estaba sentado frente a él y no despegaba los ojos del muchacho.

—¿Lleva mucho tiempo oculto en casa de su amigo Albert? —preguntó de repente Maigret, mirando a otra parte.

De inmediato, sólo con escuchar su propia voz, tuvo la sensación de que era inútil. Esperó un momento y se volvió hacia su prisionero.

—¿Estoy detenido? —preguntó éste echando una mirada a las esposas.

—Aquí hay una orden firmada por el juez de instrucción.

—En ese caso, sólo contestaré a las preguntas que me haga el juez, y en presencia de mi abogado.

Maigret le miró de pies a cabeza, sin mostrar sorpresa alguna.

—¡Entra! —le gritó a Méjat, que llamaba a la puerta con los brazos llenos de paquetitos.

Y colocó las provisiones sobre la mesa; *pâté*, jamón, pan y unos botellines de cerveza. Méjat quiso hablarle al oído.

—¡Habla en voz alta! —gruñó.

—Le decía que Thérèse está en el patio. Seguro que sospecha algo, porque acaba de preguntarme si lo han detenido.

Maigret se encogió de hombros, se preparó un bocadillo, se sirvió una cerveza y miró de nuevo a Airaud de arriba abajo; estaba convencido de que

no merecía la pena insistir.

—Méjat, llévalo a la habitación de al lado. Dile al gendarme que no les deje hablar entre sí. Después vuelve.

Caminaba. Comía. Mascullaba. Estaba cabizbajo. Cada vez que pasaba ante la puerta, podía verlos en el banco, en la gran sala blanca, ante el gendarme, que les vigilaba con el ceño fruncido.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Méjat al regresar a la habitación.

Una mirada del comisario bastó para hacerle callar. El inspector, que conocía poco a Maigret, no sabía dónde meterse. El comisario no paraba de comer, daba bocados demasiado grandes y, sin dejar de masticar, se iba hacia la puerta para contemplar a sus dos fieras a través del cristal.

De repente se volvió.

—Ve a buscar a Didine.

—No hay que ir muy lejos: cuando entré, estaba a diez metros de aquí.

—Hazla venir.

—¿Y a Thérèse?

—¿Te he hablado de Thérèse?

La viejecita no tardó en entrar en la sala de fiestas y se paró ante los dos hombres; los examinó con satisfacción, especialmente contenta por las brillantes esposas de Marcel Airaud.

—Pase, Didine. La necesito.

—Parece que al fin ha dado con él, ¿eh?

—Siéntese, Didine. No le ofrezco una cerveza... ¿O sí?

—No me gusta. En fin, veo que ha acabado por detenerle.

—Dígame una cosa, Didine. Y tómese tiempo para contestar, pues es muy importante. Tú, Méjat, siéntate o sal a pasear, pero no sigas ahí de pie mirándome con esa cara de idiota, ¿entendido? Veamos, buena mujer, supongamos que una tarde, de repente, le anuncian que alguien irá a cenar a su casa, alguien de la ciudad. ¿Qué haría usted?

Cabía pensar que se sobresaltaría ante la inesperada pregunta, pero esto hubiera significado conocer mal a Didine; sus facciones se aguzaron bajo el peso de la reflexión. Era inútil recomendarle que no se apresurara. Se tomaba su tiempo.

—Alguien, ¿cómo? —preguntó a su vez.

—Alguien importante.

—¿Y me enteraría por la tarde? ¿A qué hora?

—Digamos que a las cuatro y media o a las cinco.

Desde el otro lado del cristal, los tres hombres, Airaud, Forlacroix y el gendarme, miraban hacia la habitación, pero les ocurría algo semejante a lo que le había ocurrido a Maigret esa misma tarde: veían moverse los labios sin oír poco más que un murmullo confuso.

—No sé si me ha entendido bien. Usted conoce los recursos de L'Aiguillon, las costumbres del lugar. Sabe qué se puede encontrar en poco tiempo en materia de provisiones.

—Sería demasiado tarde para matar un pollo —dijo como para sus adentros—. No estaría tierno; además, lleva mucho tiempo desplumarlo y limpiarlo. ¿Se refiere a un día determinado, comisario?

Méjat escuchaba estupefacto. Maigret, por su parte, estaba de lo más serio.

—Un martes.

—Empiezo a entender. Se refiere a aquel martes, ¿verdad? Hay que ver lo que son las casualidades. Le comentaba lo mismo a mi marido, y le dije: «Ese hombre ha cenado en algún sitio. Y no ha sido en un restaurante, ni tampoco en casa del juez».

—Conteste a mi pregunta, Didine. ¿Qué le habría servido un martes?

—Carne, no; aquí matan el lunes, y el martes la carne está demasiado fresca. Habría estado durísima. ¡Espere! ¿Cómo estaban las mareas aquel martes? La pleamar fue a eso de las ocho de la noche, ¿no? Entonces Polyte estaba en su casa. Pues bien, yo habría ido a casa de Polyte. Siempre hace la traína con la marea de la mañana, de modo que habría vuelto hacia el mediodía. Si encontrara allí una bonita pieza...

—¿Dónde vive Polyte?

—No le encontrará en su casa; ahora está en el café. No en el del Hôtel du Port, sino en el de enfrente.

—¿Oyes, Méjat?

Méjat salió sin hacerse rogar. La vieja continuó:

—Cuando Polyte tiene un buen par de lenguados o un buen «san pedro»... Con eso ya se puede pensar en recibir a alguien. Basta con servir

además un poco de jamón de la casa. Pero ¡espere, comisario! No sólo está el recurso de Polyte. Depende de si a la visita le gustan las avefrías; si fuera así, haría una escapada a casa del tío Rouillon, que pasa todas las tardes al acecho.

Los tres hombres seguían al otro lado del cristal. La mirada de Forlacroix era sombría; Airaud, pese a las esposas, fumaba un cigarrillo entornando los ojos por culpa del humo.

—Aunque para preparar las avefrías se necesita...

Méjat cruzó la sala de baile acompañado de un pescador flaco, de nariz puntiaguda y piel tostada, que se paró con estupor delante de Marcel.

—¡No me digas que te has entregado!

—¡Adelante! —intervino Maignet—. ¿Se llama usted Polyte?

El pescador lanzó una mirada esquiva y preocupada a la vieja. ¿Qué había podido contar sobre él, para que le hubieran llamado?

—Veamos, Polyte, ¿se acuerda del martes pasado?

—El martes —repitió, como un hombre que no está del todo en sus cabales.

—¡Sí, el día de la feria de Saint-Michel! —precisó la vieja—. El día de la marea de ciento ocho.

—Sí, claro. ¿Qué hice aquel día?

—Seguramente pillaste una buena cogorza, como siempre —no pudo evitar murmurar Didine.

—¿Dónde pasó la tarde?

Y Didine, como siempre infatigable, contestó por él:

—¡En la taberna, claro! Si pudiera, dormiría allí. ¿No es así, Polyte?

—Lo que me gustaría saber es si esa tarde fue alguien a pedirle un buen pescado.

La mirada sombría de Forlacroix en la sala. Polyte reflexionaba y miraba a Didine como para pedirle consejo.

—El día de la marea de ciento ocho, ¿no te acuerdas? —le dijo ella con candor desarmante.

De repente Polyte se volvió hacia la puerta acristalada y se golpeó la frente con una mano, mientras una sonrisa triunfal iluminaba el rostro de la vieja.

—Vino Albert —declaró—. Me acuerdo porque iba con prisas. Yo jugaba a las cartas con Devaud y con Fraigne. «Espera un minuto», le pedí. Después, al ver que se impacientaba, le dije que fuera él mismo a recoger los lenguados a mi barca.

—¿Cuántos lenguados?

—Ni siquiera sé los que se llevó. Le dije que se sirviera él mismo. Todavía no me los ha pagado.

—Eso es todo lo que quería saber; ya puede irse. A propósito, dígame, Didine, ¿dónde vive la mujer de la limpieza de Albert Forlacroix?

—Es precisamente su hija.

—¿La hija de Polyte?

—Sí, pero no vive con su padre. Si quiere verla, dese prisa, porque se acuesta pronto. Sobre todo ahora que, para variar, espera una criatura. ¡Cada año le pasa lo mismo! Las tiene de todo el mundo.

—Méjat, ¿quieres ir a buscarla? No seas brusco, ¿eh?

Maigret iba poniéndose cada vez más nervioso. En la puerta, Polyte esperaba que le dieran permiso para irse y acabó por alejarse con el inspector, a quien señaló la cabaña de su hija.

—Me pregunto cómo es posible que no dé asco a los hombres. Ya la verá, aunque quizá se arregle un poco para venir. Si yo tuviera que comer lo que ella ha tocado...

La mujer se sorprendió al ver al comisario inmóvil en medio de la habitación, sin escuchar ni ver nada. A Maigret acababa de ocurrírsele una idea. Se precipitó de repente al teléfono.

—¿Todavía no está acostada, señorita?... ¡Sí! Póngame con la clínica Albert I, en La Roche-sur-Yon... El 41; llame hasta que le contesten, debe de haber por lo menos una enfermera de guardia... Sí, muchas gracias.

No prestó atención a Didine, que preguntaba con su voz tranquila:

—¿Cree que es Marcel? Si quiere que le dé mi opinión, yo, que conozco a los dos...

—¡Silencio! —gritó enfadado. No podía dejar de mirar el teléfono. Llevaba horas, días buscando...—. ¿Sí? ¿La clínica Albert I? ¿Quién está al aparato?... Dígame, señorita, ¿el médico sigue ahí?... ¿Dice usted que está en su casa? ¿Puede ponerme con él? —Tenía los pómulos enrojecidos y

mordisqueaba la boquilla de la pipa, mirando maquinalmente a Didine como sin reconocerla—. ¿Es usted, doctor? ¿Estaba cenando?... Discúlpeme. El comisario Maigret, sí. Quería preguntarle... Claro está, la ha examinado... ¿Cómo? ¿Más grave de lo que cabía pensar?... No se trata de eso, no. Quería preguntarle si ha descubierto usted algo inesperado... Sí, ¿eh?... ¿Está seguro? ¿Tres meses?... Gracias, doctor... Sí, claro, redacte un informe oficial... ¿La joven está más tranquila?... Gracias. Y perdón de nuevo por haberle molestado.

Estaba muy nervioso. Al ver que la vieja seguía en su silla, le soltó:

—Ahora váyase, querida Didine. Ha sido muy amable, pero ya no la necesito.

Ella se levantó de mala gana y remoloneó un rato.

—¿A que adivino lo que le ha dicho el médico?

—Mejor para usted, pero ¡váyase! O espere en la habitación de al lado, si lo prefiere, aunque...

—Está embarazada, ¿verdad?

Maigret no podía dar crédito a sus oídos. ¡Esa mujer casi empezaba a darle miedo!

—No tengo tiempo de contestarle. ¡Váyase! Y, sobre todo, cierre el pico.

Abrió la puerta. Cuando quiso cerrarla, llegó Méjat acompañado de una joven con el pelo mugriento que le caía sobre la nuca.

—No quería venir porque estaba a punto de acostarse.

En ese momento se produjo un pequeño incidente. Al ver allí a la mujer que le hacía la limpieza, Forlacroix se levantó como si quisiera intervenir. El gendarme cometió el error de tocarle el brazo, pues eso le devolvió la sangre fría, y Albert se sentó de nuevo.

—Vamos, pase un momento. Sólo tengo que hacerle una o dos preguntas. ¿A qué hora suele salir usted de casa de Albert Forlacroix?

—Unas veces a las tres, otras a las cuatro.

—¿Le prepara la cena?

—Yo no le preparo nunca las comidas. Él mismo cocina. ¡Le gusta! —dijo con ironía o desprecio.

—Supongo que usted lava los platos, ¿no?

—A mí siempre me tocan las porquerías, sí. ¡Y no faltan en la casa! Los hombres, fuera de sus casas, parecen una cosa, pero cuando hay que limpiar sus miserias...

—¿Recibe muchas visitas?

—¿Quién?

—Forlacroix.

—¡Ninguna! ¿Quién podría visitarle?

—¿No suele encontrar, por la mañana, varios cubiertos sucios?

—Eso ocurrió hace poco.

—La mañana del miércoles, ¿verdad?

—Puede que fuera el miércoles, sí. Y encontré ceniza por todas partes. Habían fumado puros.

—¿No sabe quién lo visitó?

Ella se volvió hacia la puerta acristalada y contestó sin malicia, sujetándose el vientre con ambas manos en un gesto maquinal:

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Muchas gracias. Ya puede ir a acostarse.

—¿Es el asesino? —preguntó. No estaba asombrada ni atemorizada. Sólo sentía cierta curiosidad. Y añadió, en efecto—: Se lo pregunto para saber si mañana tengo que ir...

En la calle, más allá de la verja del Ayuntamiento, se oían voces. Habían corrido rumores y se había formado un grupito de curiosos. Miraban hacia las cortinas de color crema, detrás de las cuales a veces veían pasar sombras, sobre todo la gruesa silueta de Maigret, cuya pipa, en determinados momentos, cuando se presentaba bajo cierto ángulo, parecía inmensa, casi tan grande como su cabeza.

—Creo que han detenido a los dos —les dijo la hija de Polyte cuando la dejaron ir y los curiosos la interrogaron.

Tenía tanto sueño que no se demoró, y el rumor de sus zuecos sobre las piedras endurecidas por el hielo fue alejándose. Se abrió la puerta: era Méjat, que intentaba identificar los rostros en la oscuridad.

—¿Está ahí Thérèse? —preguntó.

De una zona oscura, alejada, surgió una silueta.

—¿Qué quieren de mí?

—Venga. El comisario desea hablar con usted.

Al pasar junto a Marcel, le miró a los ojos, pero no endulzó la expresión.

—Adelante, Thérèse, no tenga miedo. Me gustaría hacerle una pregunta. ¿Sabía usted que Lise Forlacroix está embarazada?

Ella se volvió con rapidez hacia la puerta acristalada y pareció que iba a arrojar encima de Airaud, quien no entendía nada de lo que ocurría.

—¡No es cierto! —rectificó—. Quiere usted engañarme.

—Le aseguro, Thérèse, que Lise Forlacroix está embarazada de tres meses.

—Ya entiendo, ¡era por eso! —murmuró para sus adentros.

—Por eso, ¿qué?

—Por eso quería casarse con ella.

—¿Admite entonces que quería casarse? Sin embargo, él no le explicó los motivos. Ahora ya los conoce. ¿Sabe qué...?

—¿Y yo? ¿No tengo yo también un hijo? ¿Valgo menos que la hija del juez? ¿Se ha casado conmigo?

Debía de resultar curioso observarla a través del cristal: aunque se la veía colérica, resultaba difícil adivinar las razones.

—Esa misma noche, sin ir más lejos...

—Sí, ¿qué le dijo usted esa noche?

—Le dije que, si se casaba con ella, iría a misa con su hijo y montaría un escándalo.

—Vaya, así que usted habló con él la noche del martes. ¿Dónde?

Tras un momento de vacilación, se encogió de hombros y contestó:

—En la calle.

—¿Qué hora era?

—Quizá poco antes de medianoche.

—¿Dónde se lo encontró? ¿En la calle?

Ella se volvió una vez más, malhumorada, hacia el cristal.

—Se lo contaré. ¡No me importa! Cuando iba a acostarme, hacia las diez, vi luz en la ventana de la señorita.

—¿En la ventana de su dormitorio o en la del maduradero?

—En la de su dormitorio.

—¿Está segura de que no se equivoca?

Soltó una risita irónica.

—¿Que si estoy segura? ¡Con el tiempo que me he pasado espiándoles! Intenté dormir, pero no pude. Me levanté y decidí esperarle fuera.

—¿Con qué intención?

—Con la misma de siempre —confesó con voz cansina.

—¿Sólo le amenazó con montar un escándalo en la iglesia?

—También le dije que me suicidaría.

—¿Lo hubiera hecho?

—No lo sé. Salí de casa de puntillas. Llovía, y me cubrí la cabeza con el abrigo. Me pregunté si tardaría mucho. Si hubiera tardado mucho, habría entrado en la casa.

—¿Y qué ocurrió?

—Me paseé hablando a solas, cosa que hago a menudo. No miraba al frente porque no había nadie en la calle, y de repente me tropecé con alguien. Era él. Me quedé tan sorprendida que grité.

—¿Dónde estaba?

—Cerca del muro, justo detrás de la casa del juez.

—¿Qué hacía él allí? ¿Salía de la casa?

—No, no hacía nada. Parecía como si estuviera espiando. Le pregunté qué esperaba.

—¿Qué le contestó?

—Nada. Me retorció las muñecas. Estaba furioso. «Si vuelvo a pillarte espiándome», gruñó, «no sé lo que haré».

—¿Qué hora era?

—Ya se lo he dicho, cerca de medianoche. Quizás un poquito más tarde.

—¿Seguía habiendo luz en la habitación?

—No lo sé; desde donde estaba, no lo veía. El muro lo tapa. «¡Vete a la cama, zorra!», me gritó. «¿Me oyes? Y si alguna vez...». Nunca le había visto tan enfadado conmigo.

Una nueva mirada al otro lado del cristal. Allí, en la sala de baile, Airaud mantenía la calma. El gendarme debía de haberle dado otro cigarrillo, y lo sujetaba de lado debido a las esposas.

—¿Quiere esperar en la otra habitación, Thérèse? Es posible que vuelva a necesitarla.

Cuando se cerró la puerta, una voz, la de Méjat, exclamó:

—¡Oiga, jefe! Me parece...

—¿Te parece qué?

—Me parece que..., que...

¡Pobre tipo! Quería ser amable, felicitar a Maigret por los resultados alcanzados, y en cambio le devolvían una mirada feroz.

—¿Qué? ¿Qué te parece? ¡Contesta! No me digas que serás tú el que va a encontrar una prueba. Ve a buscar cerveza. O mejor, no; trae aguardiente, calvados, ron, lo que sea. ¿Qué hora es?

Era medianoche, y fuera sólo tres curiosos seguían dando vueltas con la esperanza de enterarse de algo.

LA SIRVIENTA DEL DOCTOR JANIN

Un ronroneo de motor, un frenazo y varios portazos. Al instante siguiente dos inspectores entraban en la sala de baile acompañados de una mujer de unos treinta años y aspecto asustado.

—Discúlpenos, comisario. Tuvimos un pinchazo y el gato no funcionaba.

—¿Es ella? —preguntó Maigret examinando a la joven, completamente desorientada, que, a fuerza de mirar a todas partes, no veía nada.

—No quería venir porque su cuñada está enferma. Tuvimos que prometerle que regresaría esta misma noche.

De repente, la mujer vio las esposas y lanzó un grito sofocado.

—¿Lo reconoce? —preguntó el comisario—. Mírelo bien. Dígame si ese hombre visitó hace poco al doctor Janin.

—Los reconozco, sí —dijo, recuperando el dominio de sí misma.

—¿Los...? ¿Qué ha dicho? ¿Los reconoce?

—¡Sí, claro! Reconozco a los dos, porque vinieron juntos.

—¿Y entraron los dos en la consulta del médico?

—Los dos, sí, pero no en seguida, porque el doctor no estaba. Les aconsejé que volvieran al día siguiente, pero prefirieron aguardar más de dos horas en la sala de espera.

—Muy bien —masculló Maigret—. Ya no la necesito.

—¿Podemos llevárnosla? —preguntaron los dos inspectores algo decepcionados.

—Como quieran. Pero esperen, veo que Méjat nos trae una botella, aunque no sé si hay bastantes copas.

Entonces, como estaba previsto, Didine se levantó y entró en el despacho; tocó el brazo del comisario.

—En el armario —murmuró.

—¿Cómo, en el armario?

—Copas. Siempre hay, para las sesiones del consejo municipal. ¿Quiere que las limpie?

¡Lo sabía todo! ¡Lo veía todo, lo oía todo!

Los policías brindaron. Como la sirvienta del médico tenía frío, también le ofrecieron un poco de licor, pero con eso sólo lograron que tosiera como una condenada.

Maigret estaba excitadísimo. Méjat lo veía tan tenso que lo miraba con notable preocupación. De repente el comisario abrió la puerta. Los inspectores se alejaron. El coche arrancó de nuevo.

—¡Tú, ven aquí! —gritó dirigiéndose a Airaud con una brutalidad inesperada—. Quítale las esposas, Méjat. Con ellas parece un idiota. ¡Pasa! Tú cierra la puerta, Méjat. Y a ti te aconsejo que no te hagas el listo, ¿me oyes? ¡Ya estoy harto! Sí, ya estoy harto.

Era tan inesperado que Marcel se inquietó.

—Apuesto a que te crees inteligente y que estás muy satisfecho de ti mismo, ¿verdad? ¡Claro que sí! ¡Mírate al espejo! Y, por favor, no te balancees de una pierna a otra como un oso. ¿Qué hacía tu padre?

Era tan sorprendente que, pese a su decisión de no contestar, Airaud no pudo dejar de murmurar:

—Era mejillonero.

—¡Y tú eres mejillonero! Y te imaginas que la hija de un juez es algo extraordinario, ¿verdad? Y no te das cuenta de que sólo eres un cretino del que se ríe la gente. ¿Cuándo hizo las paces contigo Albert Forlacroix?

Silencio obstinado.

—De acuerdo, no contestes. ¡Calladito estás más guapo!

Esta vez, en su arrebató, Maigret hablaba en tono tan elevado que era imposible que no le oyeran desde el otro lado de la puerta, si no todas las palabras, sí las suficientes como para reconstruir el sentido de las frases.

Y el comisario, mientras hablaba, mientras caminaba sin dejar de morderse la boquilla de la pipa, se servía licor con tal frenesí que Méjat estaba impresionado.

—¡Y, sobre todo, no contestes! Además, como eres demasiado estúpido, tampoco tendrías gran cosa que decir. ¿No te ha bastado la historia de Thérèse? Estuviste a punto de casarte con ella, ¿verdad? Lo sabe todo el mundo, sólo que todo el mundo sabía también lo que tú no sabías.

—Sí lo sabía.

—¿Qué?

—Que veía a otros hombres.

—¡Bien! Y no te casaste con ella. Claro, todo encaja: te diste cuenta de que te engañaba. Sólo que Thérèse no es más que una empleada de hotel, la hija de una mujer que vende pescado por las calles. Mientras que la otra...

Las facciones de Marcel se habían endurecido, y Maigret, a pesar de su aparente excitación, dirigió una mirada a sus puños, que se habían cerrado. ¿Acaso no se volvió un instante para borrar la sonrisa que le afloraba a los labios? ¿Acaso no necesitó beber un buen trago para mantener el temple?

—El señor estaba orgullosísimo de ser el amante de Mademoiselle Forlacroix, la hija de un juez, una chica que toca el piano.

—Oiga, comisario...

—¡Cállate! Sólo hablarás en presencia de tu abogado. Tú mismo lo has dicho. El señor está enamorado, el señor está hinchado como un pavo, y cuando papá Forlacroix, que lo acechaba detrás de su puerta, le hace entrar en su casa, el señor se convierte en un chiquillo tartamudo. «¡Cómo! ¿Ama usted a mi hija? ¡Fantástico! ¡Es suya! ¡Tómela! Cásese con ella». Así fue, ¿verdad? Y ese bobo que es capaz de matar un buey de un puñetazo no ve más allá de sus narices. «Sí, señor, me casaré con ella. Sí, señor, yo soy un hombre honrado y mis intenciones son puras». Está tan conmovido, tan desbordante de felicidad y de orgullo que no puede callárselo por más tiempo y se va a buscar a su enemigo, a Forlacroix hijo, el que le ha prometido cien veces partirle la cara. «Me tomas por lo que no soy. Quiero casarme con tu hermana. Hagamos las paces».

Desde el otro lado del cristal, Albert, con el cuello estirado, intentaba oír, y la vieja Didine se había deslizado hasta la punta del banco.

—Pues bien, muchachito, hay algo que puedo anunciarte, y es que los dos te han engañado. Sigues sin entenderlo, ¿eh? Tú creías que habían reconocido tus méritos y que te abrían los brazos. Sólo la buena de tu vieja madre

desconfiaba. Y estoy seguro de que la odiaste profundamente cuando te aconsejó que actuaras con prudencia, que no te precipitaras. «Te aseguro, madre, que Lise no está tan loca como dicen. Cuando sea feliz y esté bien cuidada...». ¡Toda la letanía! ¡Ay, pobre estúpido!

Miró de pies a cabeza a su jadeante interlocutor y dirigió un guiño a Méjat, que se preguntó qué podía significar.

—Estoy seguro de que tu madre tuvo esa chispa de sentido común. Pero ¿qué podía conseguir, la pobre, de un muchacho tan terco e impetuoso como tú? «Haz por lo menos que la examine un médico. ¿Y si estuviera completamente loca?». Entonces tú recuerdas a tu antiguo camarada Janin. Tomas a Albert como testigo de la pureza de tu corazón. Si Janin, después de haber examinado a Lise, decide que... ¿Cómo? ¿No ocurrió todo así? ¡No contestes! Sólo hablarás en presencia de tu abogado, ¿no es cierto? Albert, por su parte, sabe que su hermana está embarazada...

Fue tan brutal que Maigret no tuvo tiempo de retroceder. Aunque, por otra parte, tal vez prefiriera que las cosas ocurrieran así. Marcel le había agarrado por las solapas de la chaqueta y estaba a punto de derribarle.

—¿Qué dice? ¿Qué está usted diciendo?

—¿Quieres que te lo confirme el médico de la clínica de reposo? Ahora mismo te lo diré. No tienes más que llamarle por teléfono.

—¿Lise está...?

—... embarazada. ¡Sí, Dios mío, sí! ¡Son cosas que pasan! Y por esa razón el juez admitió tan fácilmente la perspectiva de un matrimonio con el patán que eres tú. Y de que Albert te acompañara a Nantes; desconfía, no quiere que su hermana y él mismo se conviertan en el hazmerreír de L'Aiguillon. Un detalle me preocupaba: ¿había accedido Janin a encaramarse hasta una terraza para ir a visitar a una paciente? ¡Está claro que no! ¡No hubo que hacer nada de eso! Tú no puedes recibirlo en tu casa porque tu madre se enteraría, y prefieres mantenerla al margen de esta historia.

»Así pues, los tres cenáis en casa de Albert. Puedo decirte incluso que comisteis lenguado. Después, cuando los invitados llegaron a casa del juez, empezó la partida de bridge y el camino quedó libre, Albert acompañó al médico. Tiene la llave; no es difícil llegar en silencio al primer piso. Yo desconfié cuando se creyó en la obligación, delante de mí, de descerrajar la

puerta de un empujón. Si tenía la llave de abajo, lo más probable era que... Pero eso no te concierne. Albert hace pasar al doctor Janin al dormitorio de su hermana. Y espera. Tú, tan bueno y tan estúpido, te paseas fuera, cerca del muro que tan a menudo saltabas.

Maigret se volvió hacia la puerta y vio a Albert Forlacroix de pie detrás de ésta, con aspecto amenazador.

—Has debido de pasar malos momentos, ¿verdad? Thérèse aparece en medio de todo ese trajín y te amenaza. Y tú, mientras, te preguntas por qué los dos hombres tardan tanto. Bien, voy a contártelo: después de examinar a la joven, el doctor Janin habla con Albert en el maduradero. No es difícil adivinar lo que le dice. Primero una mera observación: «Le advierto que su hermana espera un crío». Después..., mírale. No, al inspector no. Vuélvete hacia la puerta. Mírale la expresión.

Ahí estaba, con la mano en el pomo de la puerta, Albert Forlacroix, palidísimo, con una extraña humedad en los labios y la nariz arrugada.

—Pase, Forlacroix; así oírás mejor. Voy a decirle lo que el doctor Janin le contó a usted: que su hermana era incurable, que sería una canallada arrojarla a los brazos de un hombre honrado, que su lugar estaba en una clínica de reposo y que su deber como médico consistía en...

—¡Eso no es cierto! —exclamó el otro con indiferencia.

—¿Qué es lo que no es cierto?

—Yo no lo maté. Fue mi hermana.

Cabeceaba como para tomar impulso y embestir.

—Ésta es la historia que le contó a Marcel cuando poco después fue a verle a solas. Por desgracia, si Lise hubiera matado al médico con el martillo del maduradero, jamás se le hubiera ocurrido limpiar después el mango. ¿Ha oído hablar alguna vez de huellas digitales? ¡No! Mi buen amigo, le golpeó usted en un ataque de rabia como el que está a punto de sufrir si no se contiene. El médico le expresó su voluntad de confesar la verdad a su amigo Airaud. Usted insistió; quería que la boda se celebrara a toda costa. Entonces pilló uno de sus ataques de rabia habituales. Y, ¿sabe...? Sí, lo juraría. ¿Sabe usted lo que pensó el doctor Janin al ver cómo usted le golpeaba? Pensó que su hermana no era la única loca de la familia y que...

Albert Forlacroix se lanzó contra él con las facciones convulsas y los ojos brillantes. Se oía su respiración ronca, pero, antes de que pudiera alcanzar a Maigret, Marcel lo había agarrado por los hombros y los dos rodaban por el suelo.

Sin preocuparse por lo que ocurría, el comisario se acercó al escritorio, se sirvió una copa, encendió su pipa y se secó el sudor de la frente.

—Si puedes, ponle las esposas, Méjat. Será lo más seguro.

La tarea no era fácil, porque los dos hombres enfrentados tenían casi la misma fuerza. Forlacroix había conseguido atrapar un pulgar de su adversario entre los dientes y lo mordía como un salvaje. Marcel no pudo contener un grito. Sonó una esposa. Como Méjat no conseguía aprisionar la otra mano, torpe y asustado comenzó a golpear con los puños, brutalmente, la cara de Albert.

Didine pegaba el rostro al cristal; tenía la nariz aplastada, los ojos brillantes, y los finos labios esbozaban una sonrisa de placer.

—¿Qué tal, Méjat?

—Mire, jefe. Ya está.

En efecto, la otra muñeca aparecía finalmente prisionera del círculo de acero.

Marcel Airaud se incorporó tambaleante, apretándose con la mano derecha el pulgar izquierdo ensangrentado. Agarró también la botella de licor del escritorio, pero no era para beber. Era para derramarlo sobre la herida: el hueso estaba al desnudo.

El gendarme llamó a la puerta y la entreabrió.

—¿Me necesita para algo?

En ese instante Maigret los miró a todos, uno tras otro, con expresión embrutecida. Miró a Didine, que movía la cabeza con satisfacción; a Méjat, que tenía las manos ensangrentadas y se las miraba con repugnancia; al gendarme asustado; a Airaud, que se envolvía el pulgar en un pañuelo a cuadros.

Albert Forlacroix se incorporó con gran esfuerzo, o, mejor dicho, se sentó en el suelo y permaneció allí, atontado, con el cuerpo sacudido todavía por los espasmos.

El silencio era tan absoluto que se oyó con claridad el tictac precipitado del reloj, abandonado encima del escritorio. Maigret volvió a engancharlo en el extremo de la cadena. Marcaba las dos y diez.

—Me hizo creer que fue ella —murmuró Airaud, contemplándose estúpidamente el dedo—. Entonces, para desviar las sospechas...

Maigret se sentía tan cansado como si acabara de sostener el mundo en sus brazos.

—¿Te ocupas de ellos, Méjat?

Salió, encendió la pipa y caminó lentamente hasta el puerto. Oyó a sus espaldas unos pasitos rápidos y cortos. El mar se agitaba. Los pinceles de los faros se cruzaban en el cielo. La luna acababa de alzarse y la casa del juez emergía en la oscuridad, blanquísima, de un blanco violento, lívido, irreal.

Los pasos se detuvieron. Dos siluetas se unieron en la esquina de la calle. Didine se había reunido con su aduanero bizco, que la esperaba. Le hablaba a media voz.

—Me pregunto si le cortarán el cuello —dijo ciñéndose, friolera, el chal sobre los hombros.

Poco después se oyó chirriar una puerta. Habían regresado a su casa. Se encaramarían a la alta cama, bajo el edredón de plumas, y sin duda seguirían bisbiseando largo tiempo en la oscuridad.

A solas, Maigret se sorprendió murmurando ensimismado:

—¡Ya está!

Había terminado. Quizá jamás regresara a L'Aiguillon. El pueblo volvería a ser para él como uno de esos paisajes lejanos, minúsculos pero de minuciosa exactitud, que se contemplan en las bolas de cristal: un pequeño mundo, personas procedentes de todas partes; el juez junto a la chimenea; Lise en su cama, sus labios carnosos, sus pupilas de lentejuelas doradas, su seno lleno de savia; Constantinesco, en el piso de Versalles, y su hija que estudiaba en el Conservatorio; el viejo Horace Van Usschen y sus pantalones demasiado claros, su gorro de lana blanca; Thérèse, que acabaría casándose con alguien, al precio que fuera; la viuda Airaud, que ya se creía sola para siempre en su casa y que, de manera inesperada, se toparía con el coloso de su hijo.

Un rumor monótono, procedente de la oscuridad, le sobresaltó. Recordó que se trataba del viejo Bariteau, que iba a colocar sus nasas para anguilas.
¡Bien! ¿De qué magnitud era la marea?

Fin

Última revisión por UMDN: 18 de junio de 2022

